

LA NACION

MAGAZINE

AÑO I

BUENOS AIRES, DOMINGO 18 DE AGOSTO DE 1929

NÚM 7



ESPECIAL PARA LA NACION

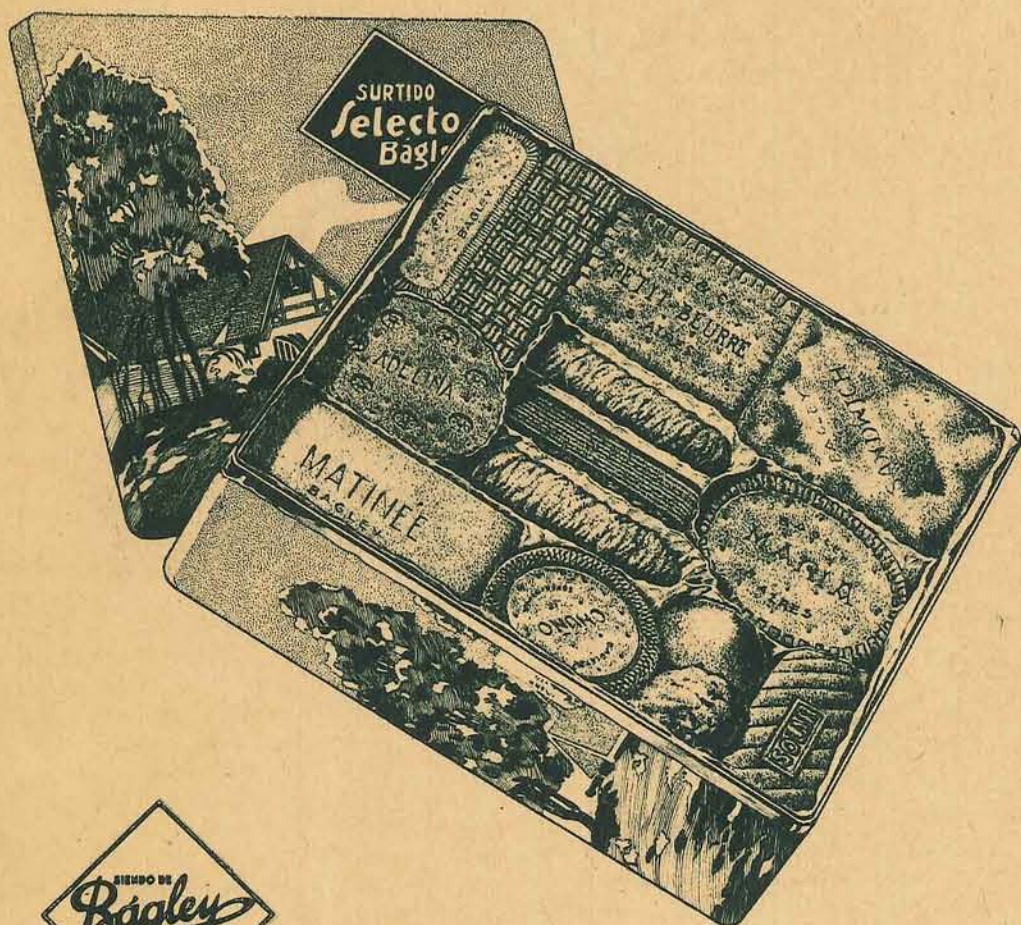
“ENTRE DOS LUCES”

por JUAN PELAEZ

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



¿Qué más puede desear?



Estando con salud, buen humor, buena compañía, y saboreando exquisitos bocados, ¿qué más puede usted desear?

Entre todas las cosas buenas para comer, es difícil hallar algo que supere las catorce variedades de famosas galletitas que encierra la lata de Surtido Selecto.

¡Piénselo! Catorce distintas variedades de las más finas galletitas, en una sola lata de Surtido Selecto.

¿Qué más puede desear?

¡Pruébelas!



Surtido *Selecto*

CERCANO ORIENTE Y LEJANO ORIENTE



ODOS los que hemos escrito sobre el problema de Oriente, incluso Henri Massis, somos culpables de un grave error: no haber distinguido entre el Oriente próximo y el lejano. Desde la primera vez que dije una palabra sobre "el problema elefante", tuve la intuición de que el Cercano Oriente no distaba mucho de Europa, en cuanto al espíritu. Ya durante mis estadas en los países orientales del Mediterráneo había sentido aquella verdad. Y no obstante, cometí el error de todos, englobando en una misma denominación a los pueblos del Lejano como del Cercano Oriente.

Sabemos lo que se entiende por Cercano Oriente: los pueblos musulmanes del Mediterráneo. Es decir, los pueblos donde predominan los musulmanes, pues también son orientales los coptos y otros pueblos cristianos que habitan en las regiones musulmanas. Igualmente son orientales los armenios, pueblo esencialmente cristiano. Pero, para no crear confusiones, voy a considerar como pueblos musulmanes los del Cercano Oriente.

Ante todo, establezcamos esta verdad: que quienes, al tratar del gran conflicto, reputan al cristianismo y al judaísmo como religiones orientales, pecan por ignorancia o incompreensión. El judaísmo y el cristianismo solamente son orientales en cuanto a su origen, pero no en cuanto a la esencia de sus doctrinas esenciales. Un abismo les separa de las doctrinas orientales típicas, que son las del lejano Oriente.

Todo el conflicto entre el Oriente y el Occidente es una cuestión teológica. Quien no lo comprenda así, no sabe de qué se trata. Lo que más separa al cristianismo de las religiones y doctrina del Este es la idea del Ser. El budismo, como el taoísmo y la religión de Confucio, niegan la personalidad. En una palabra: son doctrinas panteístas. Y la filosofía cristiana se funda, precisamente, en la idea esencial de substancia.

Lo mismo puede decirse del judaísmo, religión tan lejana de las orientales como la nuestra. No obstante, gran número de judíos, traicionando el fundamento de la religión mosaica, se acerca al Asia. Pero lo hace por razones políticas. El bolchevismo, enteramente judaico, ha buscado, por odio a Europa y a nuestra cultura romanogermánica, la alianza con el lejano Oriente. El sovetismo pretende constituirse en el caudillo de todos los pueblos orientales en su marcha—espiritual primero, y bélica después—, contra la civilización europea.

¿Cuál es, en el gran conflicto, la posición del mundo musulmán? Creo que nadie lo ha dicho, a pesar de su evidencia: la misma que la nuestra. La religión de Mahoma se basa en la idea del Ser, como que el Corán no es sino una mezcla de la Biblia y de los Evangelios. Alah no es sombra vaga como el dios de los panteístas, el dios del budismo, o el de Lao-Tsé. Tiene Alah existencia concreta y personalidad, como Javeh y como el Dios de los Evangelios.

Reducido, pues, el problema a sus términos teológicos, es evidente de toda evidencia que los musulmanes están más cerca de los europeos que de los chinos, los japoneses o los hindúes. Esto mismo lo comprueba

Por MANUEL GALVEZ

la historia de la filosofía. Aristóteles, cuyas ideas fundamentales fueron recogidas por Santo Tomás y por otros filósofos cristianos y constituyeron la base de la escolástica, pasó a Europa, en buena parte, conservado e interpretado por los árabes. Es tan grande la infiltración de Aristóteles en la cultura árabe, que Renan

y una dinastía griega gobernó durante 300 años el país de los faraones. El Africa del Norte, desde el Egipto hasta Marruecos, fué romana, y ya sabemos que los romanos imponían su espíritu a las comarcas que dominaban. Durante varios siglos la misma civilización unió a todas las regiones del Mediterráneo. Tan latinas como Marsella, como Tarragona o como Taomina, lo fueron Leptis Magna y Cesarea. Las mismas leyes, el mismo idioma (1), la misma religión, reemplazada luego por el cristianismo.

Hay quien cree que los árabes, en hordas formadas por centenas de millares de hombres, poblaron las regiones del Africa latina. Nada de esto debió ocurrir. El Africa del norte estaba, cuando la primera invasión de los árabes, tan poblada como hoy. Había ciudades magníficas: Leptis Magna, entre ellas. El Africa había producido figuras tan excelsas como las de San Agustín, San Cirilo de Alejandría y muchas otras. Y los invasores no eran mangas de langosta, sino multitudes relativamente reducidas. Estos árabes nómadas, habitantes de tiendas, conquistaron a las poblaciones romanizadas del norte de Africa y se mezclaron con ellas. De ahí surgió el moro: habitante de las ciudades, descendiente de los nativos que se mezclaron con los invasores. (2).

Todo esto quiere decir que los moros tenían algo de la civilización romana, del mismo modo que los pueblos latinos recibieron un poco de sangre árabe por las invasiones a España, Portugal, Francia y sur de Italia. La vida en el Mediterráneo ha sido siempre la misma. Luis Bertrand dice, comentando la animación callejera en las ciudades del norte de Africa: "Estas callejuelas estrechas, de muros untados de cal, es la exacta decoración de las comedias de Plauto y de Terencio. He aquí la taberna, oliente y grasosa, con sus guirnalda de rosas y de jazmines, la "uncta popina" de las sátiras de Horacio y de Juvenal. He aquí la tienda del barbero, donde se viene a oír las noticias o las historias maravillosas de los contadores de cuentos de las encrucijadas. He aquí, en las escenas de la calle, toda la bufonería de los mimos y de las atelanas, la comicidad ingenua de los antiguos en su simplicidad infantil: bofetadas, puntapiés y garrotazos, gestos obscenos, conversaciones crapulosas, graciosos que son apaleados, viejos que son manteados, parásitos golpeados y contentos. Los accesorios y los comparas están siempre allí: el bastón, desde luego, el esclavo, el mozo de cordel, la cortesana ¡y el burro!: el burrito astuto y lascivo que llena en sus bromas las Metamorfosis de Apuleyo, después de haber divertido a los viejos narradores de Jonia".

Esta distinción entre árabes y moros no es sutil, y, para nuestro tema, la considero importante. Quiero establecer, pues, que los invasores de España, del sur de Francia y de Sicilia, de la Campania y de Cerdeña no eran semitas puros ni mucho menos. Las diferencias étnicas, pues, no son tan profundas como parece, ya que los romanos se mezclaron en Africa con los nativos, origen de los futuros pueblos musulmanes, y los moros se mezclaron con los latinos en las tierras euro-



La chica del pasaje

Calláronse los pianos
Cuando murió la chica del Pasaje,
Y nadie cantó más en aquel barrio.

Muy pálida y muy rubia,
Salía en las mañanas del verano
De la casita pobre del Pasaje
Vestidita de blanco.
Siempre estaba leyendo una novela
Que un día le prestaron.

Yo no sé qué soñaba
Cuando venía del remoto barrio
A la tienda del centro,
Pero una luz celeste la envolvía
E iluminaba su semblante pálido.

Después vino el invierno;
Los cielos melancólicos lloraron;
¿Cómo tosió la chica del suburbio
Sobre el libro de amor abandonado!

Yo lloré muchos días,
Un misterioso, inconsolable llanto,
Cuando murió la chica del Pasaje.
Y nadie cantó más en aquel barrio.

Héctor
Pedro
Blomberg

Ilustración de Alejandro Sirio

ha podido decir que la sencillez del idioma árabe debe ser buscada en la lógica de Aristóteles. Las doctrinas de este filósofo, uno de los más típicos occidentales, son enseñadas y comentadas en las mezquitas aun ahora, casi con exclusión de otras.

Pero veamos el asunto desde el punto de vista histórico-etnográfico.

Es imposible negar la unidad entre las culturas del Mediterráneo. Los egipcios, que aceptaban las ideas de personalidad y de substancia, influyeron poderosamente en Creta, cuya civilización pasó a Micenas y luego, adaptada al nuevo ambiente y transformada, se derramó por toda la Grecia. Los que hablan de la influencia oriental en Grecia se refieren al Egipto, el menos oriental de todos los pueblos antiguos. Luego, en el mismo Egipto, los helenos fundaron una de las más importantes y bellas ciudades griegas: Alejandría.

LAUREADO DEL GAY MESTER



la puerta de nuestro castillo interior llega un poeta con sus cantares. Esto sucede a menudo, para regocijo de nuestra hospitalidad. Con frecuencia también, el huésped canta una noche al amor del hogar, nos divierte un poco y pasa...

La repetición de este suceso es amable como la de las flores. Precisamente por eso está siempre abierto el jardín del castillo. Y así es como aparece en el dicho poeta con sus cantares.

El recién llegado anuncia antes de cantar que es también titiritero y artesano de su propia fantochería. Novedad que acogemos con amable predisposición. De una caja como de buhonero, que se trae a la espalda y que descuelga con jovial soltura, va sacando sus muñecos. Entonces advertimos que son los eternos personajes de la antigua comedia, los entes clásicos, por decirlo así, de la pantomima: Pierrot, Colombina, Arlequín. Y pensamos: ya se sabe lo que el poeta nos va a decir. Viejas cosas de amor, de dolor y de filosofía. En dos palabras, el aserrín del títere.

Mas, he aquí que el poeta adivinanos con sutileza y anuncia chanceando: "Prólogo del lector". Y empieza:

Ya sé cuanto el poeta
va a decirme, y me atrevo
a afirmar: "Nada hay nuevo,
ni aun en la marioneta".

De raso o de estameña
viste el hombre su vida.
Se le ve, y en seguida
se sabe lo que sueña.

Cuando se lleva al drama
la vida, se la niega;
y si algo se trasiega
mucho más se derrama.

Ya sé lo que el autor
va a darme en esta obra:
un poco de zozobra
y otro poco de amor.

Basta ver el reparto
para saber la intriga.
De cuanto Pierrot diga
de antemano estoy harto.

Así, autor, no hay excesos
en cuanto me atribuyó,
que el libro es mío y tuyo,
aparte mis tres pesos.

¿Dirá de mis congojas
el libro? ¿Habrá algo mío?
¿Tendrá siempre el hastío
al final de las hojas?

El título es bonito,
mas la obra, aunque buena,
valdrá, en suma, la pena
de que se la haya escrito?

A esta travesura gentil sucede el "Prólogo del autor", en el cual, para gallardear la rima, como todo el que domina un instrumento musical, desde la propia voz al violín más estricto, repitela en otras tantas estrofas, sin que por ello se advierta el menor esfuerzo, diciéndonos con las dos finales:

Ni gozos ni congojas
te daré, que eso es mío.
Como trébol, tu hastío
quedará entre mis hojas.

Un margen infinito
la página cercena.
Lo que en verdad da pena
es lo que no se ha escrito.

Lo importante para el lector es que la promesa se cumple. No hay un momento de hastío en esa lectura, cuyo encanto intentaré discernir muy luego, satisfecha, así, la primera indispensable condición de la vitalidad estética: el interés. Pues la verdadera muerte de la belleza y del amor consiste en la indiferencia. Y eso que hasta llega a arriesgar el osado artista la plática trascendente puesta en el pico de un pajarraco de palo. La novedad de su expresión, que es por donde empieza el interés, refunde todos los elementos de aquel fenómeno verbal-idea, imagen y frase—en un verso caracterizado por dos méritos substanciales: la personalidad y la rima caudalosa que des-

de luego, imponen dos palabras de análisis.

El verso libre que usa nuestro poeta implica un dilema perentorio: o es personal, propio de cada autor, o resulta un subterfugio para eludir las dificultades de metros y estrofas clásicos. La combinación arbitraria de ritmos en que consiste como sistema, presume un propósito musical que cada autor realiza a su modo con cada grupo de aquéllos, creando así estrofas irregulares cuyo conjunto armoniza a la manera sinfónica, sin más limitación que la posibilidad perceptible de su estructura. Ello exige, en nuestro idioma, el verso de quince sílabas cuando más, porque todo conjunto de mayor cantidad se disloca, perdiendo la unidad rítmica, vacilante ya desde el alejandrino, y la necesidad de la rima o notación de las pausas terminales indispensables para que el conjunto no se disuelva en prosa. Estas dos únicas condiciones de la libertad, pues la libertad incondicional o absoluta es una paradoja negativa, da al ejercicio de aquélla una caracterización personal correspondiente a su propia amplitud, y definible con precisión como el dominio del verso propio. El verso viene a ser para cada poeta la expresión "directa" de su temperamento. En esto consiste su ventaja individual sobre los metros clásicos; pero la dificultad opuesta estriba en la necesidad de imponer musicalmente cada combinación con renovado empeño, mientras aquellos metros y sus combinaciones preceptuadas tienen tonalidad propia. Como toda libertad adquirida, el verso libre aparece, pues, mayor responsabilidad y mayor riesgo. El recurso del verso vacío pero sonoro tornase imposible, tanto como el dilema del ripio. Es una libertad viril, que vale lo que cuesta, y que ha enriquecido la expresión poética con una nueva instrumentación verbal. De esta suerte ha alcanzado su plenitud la evolución del verso moderno.

Si recordamos, en efecto, que poesía es la expresión de las emociones por medio del lenguaje musical, explicaremos, de consiguiente, por qué este último resulta una estructura subordinada a ciertas condiciones que la prosa no requiere, y que son, repito, dos por lo menos: número de sílabas y rima. Todo lenguaje es rítmico, sin duda; pero deviene musical cuando se ajusta a un canto determinado, el cual le impone, desde luego, su medida, o cuando produce determinada impresión armónica, mediante cierta combinación de cantidades, pausas y acentos.

Dicha combinación constituye, con tres elementos indispensables, el verso regular antiguo y moderno: número determinado de pies o de sílabas, pausa mediana o cesura y pausa terminal; pues sólo así se obtiene el ritmo que hace de cada verso un miembro musical autónomo. El verso libre, al prescindir de la cesura, no puede sostenerse aislado: es un valor musical relativo en la combinación estrófica, que al incluir también versos clásicos, sale más variada y personal a la vez.

El verso clásico de los griegos y romanos, constituido por pies o grupos de sílabas, requería canto; siendo, en consecuencia, lenguaje musical por definición. El nuestro canta de suyo con la mera elocución corriente, y la impresión musical que nos causa es lo que nos revela su metro, sin necesidad de efectuar la cuenta silábica. La adquisición de esta preciosa cualidad, que libertó de la recitación forzosa al verso, refundiendo más íntimamente su palabra y su música, provino de una modificación de estructura: el verso dejó de estar constituido por pies o

grupos de sílabas, para volverse silábico, es decir compuesto por un número determinado de sílabas, y rimado o sostenido por la consonancia de sus finales; y con esto más sencillo y más melodioso. La agrupación de sílabas requería, además, según ya advertí, la cesura, que al comienzo de la evolución exigió también el apoyo de la rima. Fueron, asimismo, fijas las combinaciones estróficas, aun dentro de la gran variedad que alcanzaron los trovadores provenzales, y de ese modo se formó definitivamente el verso moderno.

La evolución libertadora del lenguaje poético vino a consumarla el verso libre, reduciendo a dos aquellas condiciones del metro y de la estrofa: la cuenta silábica y la rima. Acentuación, cesura y combinaciones son libres: cada poeta las efectúa como le parece, con-



EZEQUIEL
MARTÍNEZ
ESTRADA

forme a su sensibilidad personal. Es, como si dijéramos, el engendro integral de la poesía por el poeta. Pero también ahí está el extremo límite, pasado el cual se entra totalmente en el dominio de la prosa. Pues dos, no más, son los elementos esenciales de la poesía: la emoción y el lenguaje musical que combinados la definen. Con lo cual, faltando uno, aquélla deja de existir. Puede contener una prosa emoción poética, sin que por ello se convierta en poesía; como puede haber aroma floral en un pañuelo, sin que por ello éste resulte una flor...

He ahí, pues, la importancia de la rima y el mérito de su riqueza o variedad, ya que es ella el valor musical por excelencia en el verso libre. En el clásico moderno, aquella importancia fué tan grande igualmente, que la cuadratura musical, primera disciplina reguladora de nuestro arte lírico, provino de la cesura rimada entre los dobles pares binarios que constituyeron el octosílabo. En la Edad Media, o sea cuando se efectuó dentro del latín la evolución del verso romancado después, "consonar" significaba repetir al unísono. Así, a través de aquella Provenza donde Homero fué nú-

men tutelar, renovamos en nuestra ley el imperio de la antigua norma, prestando ante el altar de Aglaura, en belleza, verdad y amor, nuestro juramento de conscriptos atenienses.

El autor cuya maestría en el arte acaba de inspirar estas consideraciones, ratifica una vez más con su ejemplo cierta consideración que no me cansaré de repetir mientras la nueva retórica siga preconizando la poesía sin verso y llamando, no obstante, verso a su prosa, como hacen los fabricantes de vino sin uvas con los ingredientes de su falsificación: y es que a quien nace poeta, el verso le facilita la expresión, lejos de trabársela; pues el lenguaje musical le es tan propio, que lo inventaría si no existiera. Por esto logra comunicarnos el poeta con tanta facilidad estados tan difíciles de expresar simultáneamente como el sentimiento y la gracia, la elegancia y la fuerza, la melancolía y la amenidad, la ingenuidad y la ironía, la verdad y la paradoja, la fantasía y la realidad, lo absurdo en lo racional y lo racional en lo absurdo: expresión simultánea a la cual concurre como elemento sugestivo la música del verso, que diferencia substancialmente a la vez la poesía cuyo objeto expresivo es la emoción, de la prosa cuyo destino es la noción, según ya lo tengo dicho. Por ello, también, la prosa es principalmente analítica y la poesía esencialmente sintética.

Así nos pone el artista en estado de belleza, lo cual es un gran bien del alma y una honda complacencia de la vida. En el reino de la palabra, eso concierne a la poesía o emoción expresada por medio del lenguaje musical; y he aquí por qué desde que se inventó la rima todos los grandes poetas han sido maravillosos rimadores. Ninguno entre ellos como el Dante, modelo, sin embargo, de concisión y dignidad.

Cuanto acabo de exponer realízalo cumplidamente el poeta de mi referencia, no sólo en el verso libre, sino en el regular, que domina con gallardo desembarazo, o sea para decir lo que quiere; resultando que, como lo que quiere decir es de una profunda complicación psicológica, la gracia puesta en ello parece multiplicar adrede las dificultades por el gusto de vencerlas, lo cual agrega al acierto feliz el mérito de la hazaña. Así vamos asistiendo a un constante pequeño prodigio de belleza sutil, como la irrisación de una gota de rocío sobre una hebra de araña. Y del propio modo que esta maravilla natural es principalmente luz hilada y cristalizada, aque- sa poesía, en su transparencia y levedad, es trama y cristalización de espíritu. Sólo que, además, se ve la araña, y ésta es la ironía pesimista del poeta, quien en las dos precitadas composiciones repite la misma estrofa:

Siempre en eso consiste
la pieza literaria,
aunque la vida es varia,
con poco amor, y triste.

Mas, volviendo a las consideraciones estéticas, advertiré que en éste, como en cualquier otro artista de verdad, maestría y disciplina son sinónimas. La fantasía sin régimen es cometa sin hilo, papel abandonado al aire. Para remontar y sostenerse en la altura requiere aquella sujeción, y el insignificante cordel viene a ser la brida del viento. No de otra suerte, por lo demás, se doma a todos los gigantes.

Nada tan sencillo como poner en acción los consabidos títeres de la pantomima; nada más difícil que componer con ellos algo interesante y original. Tanto, que quien lo consiga, y éste es el caso, dará tal remonte a la cometa, que se

le quedará pegada al celeste plafón, brillando por cuenta propia; y el hilo del artífice o del títere invertirá su trayectoria, para descender sobre nuestra admiración trocado en rayo de estrella.

El hallazgo original es que estos títeres son entequeiras: seres que llevan en ellos mismos la causa de su acción, por lo cual no quieren contrahacer personas humanas, sino hablar y proceder conscientes de su entidad de muñecos. El escollo estaba en la trascendencia solemne, pero lo salva con ingenio eficaz su naturaleza cómica, consumada por el manejo del escenario y la trajinería que el poeta, lejos de ocultar, exhibe. Así, tanto el arreglo de aquél como las acotaciones, están puestas en verso y son el poema mismo integrado con el parlamento de los personajes, tal cual los matices que en su íntima suavidad desliza la perla. Ilimitados y no, en su variedad cambiante, el verso libre se adecua de tal modo a expresarlo, que ni advertimos su irregularidad. Es lo que debe ser, como en toda obra de arte lograda.

Mientras tanto, el poeta ha puesto la escena y los fantoches. Entonces reparamos que, además, es notable dibujante, y que el subtítulo "Ilustraciones del Autor" no comporta ningún caprichoso alarde, sino el anuncio de otro elemento de su síntesis: con todo lo cual, tratase, positivamente, de un libro extraordinario y de singular audacia artística en su aparente ligereza. Pues conviene advertir también, que no todos los personajes y seres puestos en acción son los habituales de la pantomima. Hay, por ejemplo, dos fantochillos japoneses, que además de ser deliciosos en la metafísica hipertrofia de su ridiculez, infunden aquella dulce absurdidad del opio, cuyo gozo incoherente vacila en una lánguida levedad de dolor. Desde esa página inclusive, el poema alcanza su máxima originalidad, intenso como un drama, sin dejar de ser farsa, e interesante al propio tiempo como una paradójica melodía de violoncelo y tamboril y como un tratado de filosofía superior.

Pero he aquí que la representación está dispuesta; y como una vez empezada no soltará usted, amigo lector, el libro, quiero inducirlo a seguir sobre la descriptiva lámina con que se abre, ingenua lámina según corresponde a un escenario de títeres, la sencilla obra maestra de la decoración puesta frente a frente en verso, para que vea usted cómo usa de este lenguaje peculiar un verdadero poeta. Permítame usted también la anticipada transcripción de las cuatro últimas estrofas que el autor le dedica en el epílogo, y que resumen con perfecta sinceridad lo que su obra es: original, íntima, fantástica, modesta en su dignidad, árdua en su fluidez, espontánea como el gorjeo primaveral y libre como las alas.

A ti, lector, que en tu experiencia no oíste a nadie hablar así, voy a hacerte esta confidencia, indiscutiblemente baladí:

Se concibió esta obra con los ojos cerrados. El autor la fué gestando, enjuta, en su interior con todo lo que falta y lo que sobra.

Lo más difícil en todo esto fué conseguir lo estrafalario; poner bisagras ásperas al gesto y hacer mojama del vocabulario.

Alguien la juzgará compuesta en clave, pero tú, amigo, no la juzgues [vana, pues el autor que esa objeción [ya sabe, la escribió así porque le dió la [gana.

Así escribió su libro "Títeres de Pies Ligeros" y ganó su láurea en el gay mester de trovar, Ezequiel Martínez Estrada.

LEOPOLDO
LUGONES

LA ESPINA DE JUNCO

—¡Bueno! ¡Andá, fijate a ver si el muchacho ese ha agarrado el caballo y que le ponga el bozal del oscuro para llevarlo de tiro!

El gaúcho, oyendo la orden, da un paso como para comenzar a ejecutarla, pero en seguida se detiene:

—¡Oiga!...

El patrón, que sufriendo atrocemente trata de anudarse detrás de la cabeza el blanco pañuelo, vuelve la cara:

—¿Eh?... ¿Qué querés?...

—Pero... ¿se va a dir así?

—¿Cómo así?

—¿Ansí lastimao?

—¡Y qué voy a hacerle!... ¡No sabés que tengo a mi hijo enfermo?

Y lo dice en un tono que el peón, a pesar de sus deseos, no se atreve a insistir...

♦ ♦ ♦

Cuando a mitad de su viaje, y a punto ya de ponerse la luna, que les ha acompañado hasta entonces, los dos hombres se detienen para mudar caballo a un lado del camino, tanto lleva sufrido el patrón moral y físicamente, que al desmontar tiene que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para no dejarse caer de bruces sobre el pasto. Por suerte, el chasqui, hombre de pocas palabras y que debe tener—pese a su taimado aspecto—el corazón tan blando como tiene de recias las asentaderas para aguantarse así la bárbara jornada que está realizando, se comide a desensillarle el caballo:

—Deje!... Yo viá mudar por los dos...

—¡No, hijo!... ¡No faltaba más!...

—Deje, deje!... Usté viene enfermo...

Y en seguida, y mientras quita el apero al animal resollante y cabizbajo, para pasarlo al otro de reserva, todavía aconseja al patrón, con su voz apagada y como si continuara una conversación fugaz que mantuvieron seis horas antes:

—También saben decir que el barro con orín de caballo alivea muy mucho...

Como es de suponer, el patrón tiene un gesto resignado, y después vuelve a hacerse entre ambos el silencio, uno de esos largos silencios de los que tienen poco que decir y mucho que hacer por delante, y mientras el gaúcho, con lentos y precisos movimientos, cambia el recado de su moro soberbio, a su no menos soberbio picazotero, el patrón, sentado en un matorral, aguarda rumiando sus dos grandes dolores: aquel de la espina de junco clavada en la córnea como un hierro ardiente y aquel otro de la enfermedad de su hijo, hundido en su corazón como una daga.

¿Qué pecado habrá cometido él para merecer semejante castigo!... Porque, a la verdad, que ni inventándola se podría crear a un hombre una situación más desdichada: el chico enfermo y él con el ojo así... sin un ojo, mejor dicho; porque es indudable que perderá el ojo y se quedará tuerto, tuerto... ¡Bueno!... Pero eso es otra cosa; eso está allá, más lejos... Lo que está allí a la sazón es lo de la enfermedad del nene... "Pulmonía doble", dicen... ¡Ah, ah!... Eso es algo muy serio. El siempre oyó hablar de pulmonía doble como de una cosa muy grave, y por algo lo han puesto en el telegrama... "Pulmonía doble"...

¿Y si se muriese?... ¡No, qué barbaridad!... Eso es tan brutal, tan atroz, tan repugnante, que no se debe ni se puede pensar... ¡No!... El nene se curará... ¡Mirá ella, tan luego!... ¡Ella!... ¡Cómo estará la pobre, tan asustadiza como es!... "Oy, Tosió!... ¿Oiste cómo tosió?"... Bueno, pero no está sola. Tomasito la ayudará... "Pulmonía doble. Vente"... ¿Por qué "vente"?... ¡Ah, ah!... ¡Eso es lo grave, esa es la verdad, la bárbara verdad!... El nene tiene pulmonía doble y, por lo tanto, puede morirse... ¡Morirse!... ¡Ah, ah!... ¿Y qué hace él sin hijo?... Puede matarse, pegarse un tiro... Sí, pero... ¿y ella?... ¡Qué horror!... ¡Bueno, no hay que pensar!... ¿Por qué no ha de sanarse el nene?... El médico, todo el mundo dicen que es más fuerte, más lindo... "¡Papá abechito!"... El salía ya con la valija y el nene, mandado sin duda por ella, lo detuvo una vez más en el pasillo, tendiéndole los bracitos: "¡Papá abechito!... ¡Papá abechito!"... ¿Qué cosa, parece mentira, parece un sueño!... ¡Aquel nene, aquel su hijo, es este mismo que está ahora



Por BENITO LYNCH

Ilustración de Luis Macaya



A noche comienza a invadir el campo, aquella desolación de "campo bruto", lleno de pajonales y de juncos y en donde apenas se diseñan los fundamentos de una estancia nueva.

En el patio del largo rancho sombrío, con los caballos del cabestro, el patrón y el chasqui que acaba de traerle el telegrama desde "punta de rieles", tan sólo aguardan para emprender su largo y precipitado viaje, que un muchacho, cuyos gritos agudos llegan de las profundidades invisibles del bajo, eche la manada en el corral, para tomar cierto famoso gateado negro que hay que llevar de tiro.

El patrón está palidísimo, y es tal su impaciencia que no puede quedarse quieto junto al caballo, y que la inhabilidad del pionicito, a quien a cada instante se le disparan y desparraman las yeguas, le hace prorrumpir en sordas exclamaciones de ira.

En un momento dado, en que parece por fin que la manada puntea hacia las casas, el patrón vuelve a sacar de su bolsillo el telegrama para releerlo una vez más, como si esperara que pudiese haber algún error en la cruel condición de sus cuatro palabras: "Tu chico pulmonía doble. Vente"... Y la firma de Tomás, su cuñado...

—¡La gran perra!

Porque hay que saber que el patrón, casado hace apenas dos años, tiene un hijo único, de catorce meses; que "punta de rieles" está a treinta leguas de galope y la ciudad a unas sesenta de ferrocarril...

Y es, que de la misma puerta del corral, y por causa sin duda de un padrillo que "anda loqueando", la manada ha vuelto a dispararse al muchachito y allá va por el campo, con sordo tabletear de trueno...

El patrón, con su caballo lanzado en toda la furia, pasa junto al pionicito como un bólido, y sin reparar en cuevas ni charcos, y atropellando ciego las cortaduras y los juncos, consigue en seguida dar vuelta a la manada y enderezarla como un ventarrón hacia las casas: "¡Yegua dentro!... ¡Dentro yegua!"... Y unos silbidos estridentes, que hacen estremecer a los animales y amargar sus orejas; y es en el momento mismo en que los punteros pisan ya la playa del corral, que el patrón, al

hacer una última atropellada al padrillo mañero que perturba, siente de pronto que, con la violencia de un estallido, una intensa fulguración de llamarada y el más atroz de los dolores, algo agudísimo acaba de penetrarle por un ojo, hasta el cerebro, hasta la médula, hasta las últimas ramificaciones de su sensibilidad...

Y al mozo, después de sujetar como puede al caballo excitado que resbala entre el barro del juncal, no le bastan las dos manos para cubrirse la cara en un movimiento instintivo de protección contra aquel dolor nunca sentido, contra aquel dolor infinito que entrecruza relámpagos de fuego y de sangre en la negrura absoluta de su yo interno.

—Me he vaciado un ojo... ¡La gran!...

Y tan lo cree así, que después de pasarse los dedos exploradores por el párpado: los mira, esperando hallar en ellos los rastros viscosos del humor vítreo, y en seguida, cubriendo el ojo herido con la diestra, se dirige hacia el rancho a gran galope.

—¡Caray!... Me he lastimado un ojo corriendo entre los juncos—confía al chasqui, el único que está allí, en el patio obscuro, al lado de sus caballos; pero ante el "¡Ah, ah!"... filosófico del hombre, el patrón grita casi colérico, a tiempo que desmonta:

—¡Che, Lauro!... ¡A ver!... ¡Veni!... A su llamado, un gaúcho barbudo y melenudo, un gaúcho de aspecto siniestro, sale del interior del rancho obscuro, lento y vacilante como una alimaña chúcará:

—¿Mande?

—¡Che!... ¡Me lastimao un ojo, corriendo!...

—¡Ah, ah!...

—Sí, me parece que me he clavado una espina...

—¡Ah, ah!... ¿Algún hunco, quizá?...

—¡No sé!... Pero me duele como un diablo... ¡A ver. Tomás!... Encendé un fósforo y mirame.

Y mientras el gaúcho, con torpes dedos, se dispone a dar lumbre, el patrón agrega con un gemido de dolor:

—¡La gran perra! ¡No puedo abrirlo; me parece como que lo tuviera reventado!...

—¡Ah, ah!...

Y el gaúcho nervioso, después de malograr dos o tres fósforos, porque la brisa los apaga como de un manotazo apenas encendidos, invita al patrón a cambiar de sitio:

—Vea: vamos p'adentro, al reparo, será mejor...

—¡Vamos! —contesta aquel, y los

dos hombres penetran en el rancho, sin más luz que aquella mortecina que proyectan las brasas del fogón. Al principio a nada práctico se arriba, primero porque el patrón no puede materialmente abrir los párpados, espasmódicamente contraídos por el dolor, y después porque, aunque el gaúcho los separa con sus rudos dedos, nada descubre en realidad, ni a la llama de los fósforos, ni a la de una vela que encienden en seguida para substituirlos.

—¿Sabe que yo no veo nada?... Un poco colorao nomás.

—Pero... ¿cómo no!—replica el patrón taconeando el suelo—. ¡Si me pincha como un diablo; si siento que tengo una cosa clavada!... ¡A ver!... ¡Fíjate bien, hombre!...

El gaúcho, nervioso, se restriega los dedos en el chiripá:

—¡Caray!... Yo no sé... ¡A ver!... Tese quieto... No haga juerza... ¡A ver, a ver!... ¡Ah, ah!...

—¿Qué?

—¿Sabe que vide como un puntito negro, me parece?

—¿Sí, che?... ¡A ver!... Fíjate otra vez...

—¡No haga juerza, no haga juerza!... ¡Ah, ah!... ¡Vea! ¡Patente, tiene clavada la espina en el blanco el ojo, contrita el negro!...

El patrón meneaba la cabeza:

—¡No ves!...—Y añade en seguida ejecutivo: ¡Bueno!... ¡A ver si me la sacás, pues!...

El gaúcho, cohibido, se retrae como un caracol en su concha:

—¿Yo?... ¡De ande!... ¿Con qué he de sacarla si a gatas se le ve el cabito?

Entonces transcurren algunos segundos de un silencio casi trágico. El mozo, sintiendo repercutir dolorosamente en su ojo herido el acelerado latir de sus arterias y midiendo con espanto su situación de desamparo infinito, y el gaúcho, mirándole de reojo y tan preocupado, que no advierte que el sebo de la vela mal tenida gotea sobre sus alpargatas en rápida sucesión de luminosas esferillas. Al fin se atreve a preguntar sordamente:

—¿Y ahora, qué v'hacer?

El patrón, al oírle y sin dejar de cubrirse los ojos con la mano, se alza de hombros:

—¡Y qué voy a hacer!... Si tuviera un espejo... Pero... ¿qué va a tener uno en esta desolación de miércoles!...

Y tras un nuevo silencio, el mozo añade con energía, quitándose el pañuelo que lleva al cuello para vendarse con él el ojo lesionado:

allá tendido en su camita y rojo de fiebre!... "Pulmonía doble. Vente"... "¡Papá abechito!"... ¿No había algo de tristeza, algo de amargura de llanto en aquel último "abechito" del nene?... ¡No!... ¡Sí!... ¡Seguramente!... ¡La gran perra!... ¡Pobrecito!... ¿Por qué no se quedaría él, el imbécil, un minuto más para besarlo mucho, para besarlo...

—Güeno, yo ya estoy...

—¿Eh?... ¡Ah!... ¡Vamos!...

Y ante el aviso del chasqui, que éste acentúa con una sonora palmada sobre el duro recado de su gran picazo, que en la alta noche hace sonar como una matraca la coscoja del freno, el patrón, con las piernas entumecidas y la espalda agobiada como un viejecito, toma su caballo y monta en él con un gemido de esfuerzo:

—¡Vamos!...

—¡Espere!... Tome el cabresto e mi moro y deme el del oscuro; que si es mañerazo como el otro, lo va a dir fastidiando...

—Bueno...

...Y ese rumor característico que forman al unirse el tróte de los caballos de tiro y el galope de los montados, vuelve a alzarse, acompasado y monótono, en la desolada inmensidad de los campos...

♦ ♦ ♦

A las seis de la mañana, bajo un cielo gris y una fina llovizna, el patrón, mohino y con sus caballos trasijados, entra por fin en el patio de la fonda de El Trueno. En frente, calle por medio y ante la estación desierta, manibra con gran ruido la locomotora del tren que acaba de llegar de adentro y que una hora más tarde lo arrastrará de nuevo de regreso.

Bajo aquel cielo hosco y aquella "garúa" inesperada, todo tiene para el patrón el mismo tinte sombrío de su espíritu, el mismo misero aspecto de su dolorida desdicha moral y física.

Por eso, sin duda, apenas desmonta, lo primero que hace es enojarse con el peón del fondero, que no acude pronto a atenderle, muy ocupado en tirar de las varas de un sulky tan embarrado como sus alpargatas y cuanto hay allí en el patio.

—¡Eh!... ¡Bobeta!... ¿Vas a venir?...

—¡Güeno día!...

—¡Toma los caballos, pues!...

Y cuando el patrón va a preguntar al muchacho por el dueño de la fonda, éste, muy colorado y jovial, hace su aparición en el patio.

—¡Oh!... Bon día, dun Cuan... ¿Cóme va?

—Buen día, patrón... Dígame: ¿No ha llegado algún telegrama para mí?

—¿Telégrama?... ¿Io lo mandó quello que vino, cul chasque?

—Sí, sí... pero... Yo digo otro, ¿algún otro?

—No, dun Cuan...

El patrón se pasa dos dedos por los párpados de su ojo sano:

—¡Caray!... ¿Sabe?... Tengo a mi hijito muy enfermo...

—¡Ah!... ¡Porca miseria!... — comenta el hombre

compasivo, meneando la cabeza, y añade, tras unos segundos de reflexión: ¿Quiere que le mande a lo mochacho in la estación?

—Bueno; si me hace el favor...

—¡Insiguida, don Cuan!—Y el vigoroso fondero al punto grita al peón con su voz estentórea:

—¡Eh!... ¡Porca miseria!... ¡De-ca

quelo lí, que lo facho io, e vacha insiguida en la estación para vere si ne gay uno telegrama aquí para dun Cuan!... ¡Presto!... ¡Sacramento!...

—Y mientras sale el muchacho desganadamente, añade el fondero, señalando la venda que cubre el ojo herido del patrón, como si recién reparara en él:—¡Oh!... ¿Ma cosa gue, don Cuan?...

—¡Déjeme!—contesta el patrón con desaliento— ¡Me he lastimado un ojo al salir de la estancia!...

—¡Ah!... ¡Porca miseria!...

—Sí, una espina o no sé qué, que me hace sufrir como un bárbaro!...—Y el patrón agrega con voz dolorida:—Me va a mirar ahora un poco, por-



que ni espejo he tenido para hacerlo...

—Se ne gay a la pieza—se apresura a informar el hombre.— ¡Se ne gay uno macanuto a lo ropiero, dun Cuan!

—¡Ah, muy bien!—Y a punto en que echa a andar, nerviosamente, el patrón recomienda al fondero:—¡Hágame llevar agua para lavarme un poco y que me preparen un jarro de café bien caliente!...

—¡Ecco!... ¡Insiguida!... ¡Insiguida, don Cuan!...

♦ ♦ ♦

Por espacio de más de un cuarto de hora, y entre lágrimas y horribles punzadas, el patrón, provisto de unas pinzas, ha estado martirizando su ojo herido ante el espejo del ropero, que a cada instante empañaba su aliento y que, para ser menos práctico y más antipático, está decorado con una orla pretenciosa de florecillas pintadas al óleo; pero todo su empeño ha sido inútil: el patrón no ha hecho otra cosa que comprobar que, como dijo el gaucho allá, en la estancia, tiene una espina clavada en la córnea — cosa de una línea por debajo del iris —, una espina que se destaca como un punto negro sobre el blanco estriado de sangre, y que al menor movimiento de los párpados le causa atroces dolores...

Por eso es que, después de haber vuelto a vendarse del mejor modo que le ha sido posible, el patrón se ha sentado en el borde de la cama que hay en el modesto cuartito mercenario, y allí, con la cabeza entre las manos y temblando de excitación y de frío, hila dolorosamente las más desalentadoras reflexiones:

—“Las cosas que podrán haber ocurrido cuando él llegue a su casa; para peor, así, enfermo, reventado, hecho una calamidad!”... Al mozo le parece que hiciera un año que salió de la estancia y otro año lo que tarda el fondero en traerle ese jarro de café que le pidió para confortarse...; y en esto está cuando la voz vibrante del hombre que se alza en el patio, reprendiendo rudamente a alguno, le arranca a su amodorramiento y le hace incorporarse nervioso, a punto que una mano ruda sacude la puerta de la habitación, etornada y sujeta por la cadencia.

—¿Eh?... ¿Qué hay?

—¡Uno telegrama!... ¡Uno telegrama, dun Cuan!...

—¡Ah!... ¡Bueno!...

Y el patrón, de un salto, se apodera del sobre rojizo que la mano velluda le alarga por la rendija, y a tiempo que lo desgarrá con dedos temblorosos, vuelve a oír la voz resonante del fondero, que se aleja gritando, irritado, a alguno de los servidores: “¡Quelo lino!... ¡Anemale!... ¡Quelo lá!... ¡Porca miseria!...”

El patrón, muy pálido, da un paso atrás como para alejarse de aquellos gritos brutales, y a dos manos acerca el telegrama a su ojo válido:

“Puedes quedarte. Según médico, chico fuera peligro”... Expresa el telegrama en azules y firmes caracteres, y el patrón, después de leerlo diez veces en diez segundos, se queda por un momento cabizbajo e inmóvil, hasta que de pronto, y sintiendo que, en virtud de una de esas reacciones tan comunes de los nervios, va a llorar, tiene que llorar, puesto que no le es posible contener más aquella enorme oleada de llanto que le sube del corazón a la garganta; avanza hacia el ropero y, apoyando un antebrazo en aquella misma luna de espejos de las pintadas

floreccillas, solloza como una mujer o como un niño, solloza sacudiendo convulsivamente los hombros y vertiendo lágrimas a raudales, hasta empapar en ellas el blanco pañuelo que le sirve de venda...

Después, y cuando se quita ante el espejo aquel pañuelo mojado, el patrón comprueba con asombro que no solamente ha desaparecido el dolor de su ojo herido, sino que también aquel puntito obscuro y siniestro, que era la espina de junto enclavada en la albura de la córnea...



REFLEJOS DE PARIS

KLOTZ, EL JUEGO Y LAS MUJERES

por FERNANDO ORTIZ ECHAGÜE

(Para LA NACION) PARIS, julio de 1929.



PARIS, flor del mundo, cuántas almas devoras! La última víctima es de calidad. Klotz, siete veces ministro, ha sido condenado a dos años de cárcel. Pena severa, fallo cruel, dicen algunos. Sentencia ejemplar, afirman otros. Acusado por emisión de cheques sin fondos, por abuso de confianza y por estafa, este hombre hasta ayer respetado y poderoso, tuvo en la última etapa de la guerra, bajo la jefatura de Clemenceau, la grave responsabilidad del tesoro francés, está hoy en la cárcel, después de haber intentado eludir, con una fingida locura, la sanción de la justicia.

En verdad, la actuación política de Klotz cesó al firmarse el tratado de Versalles. Seguía siendo senador, y sus raras intervenciones en los debates financieros recordaban, de tarde en tarde, al público la existencia de aquel político brillante y afortunado a quien se reprocha la funesta fórmula de “Alemania pagará”, que según su abogado defensor, no pronunció jamás. La defensa se la ha colgado a Lloyd George, quien, seguramente, también la repudia.

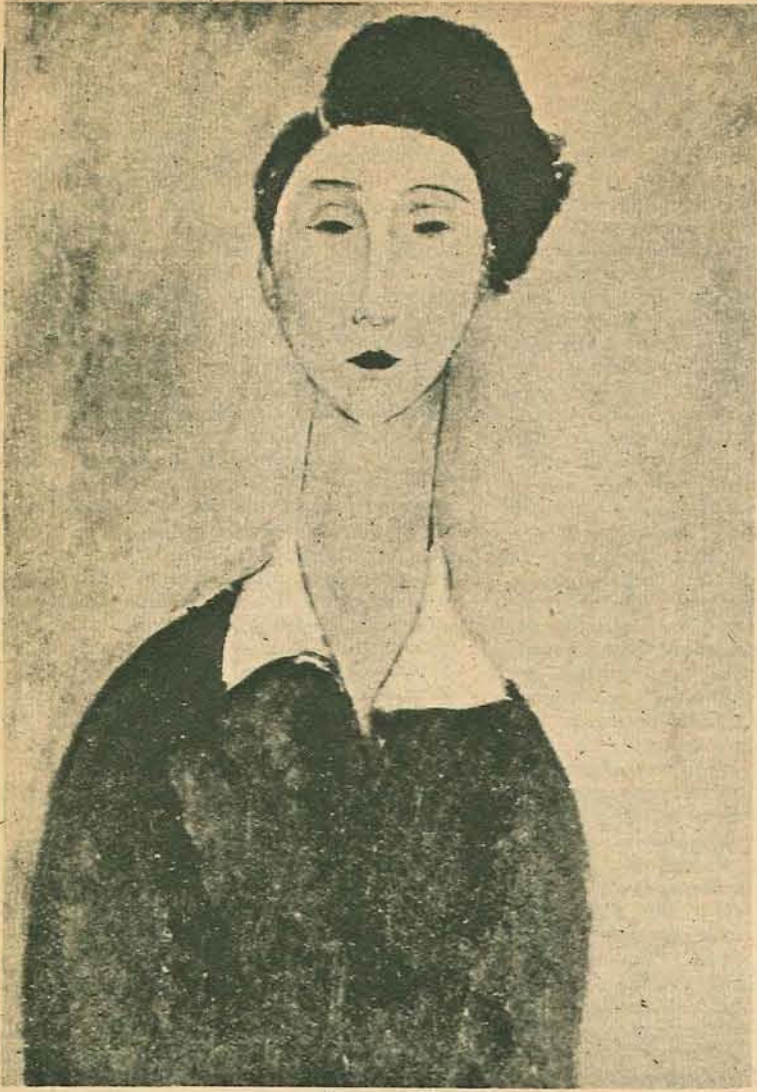
En estos últimos años, Klotz, como todos los que actuaron con Clemenceau—salvo Tardieu, hombre de ayer, de hoy y, sobre todo, de mañana—estaba como desvanecido y parecía un anacronismo. Para consolarse, sin duda, de su soledad política, actuaba intensamente en los centros mundanos y elegantes de París, y en las playas cosmopolitas donde su silueta nos era familiar. En los “dancings” y restaurantes de moda, Klotz disputaba, a fuerza de billetes, las mejores mesas a los rajás magníficos, y, también a fuerza de billetes, se codeaba con los modernos reyes del carbón y el acero en las mesas de juego de Montecarlo y Biarritz. No había espectáculo ni acontecimiento mundano sin aquella pareja del viejo elegante y la pálida rubia, colgada de su brazo. Este año, en las tribunas de Longchamps, a las que era infaltable en todas las grandes reuniones hípias, se ha recordado con melancolía a “monsieur le ministre”. Klotz poseía una linda fortuna, pero su tren de vida acabó pronto con ella. El crédito de un hombre político, rico, además, por su casa, sobrevive largo tiempo a su ruina, como lo prueba el hecho de que desde 1926, Klotz vivía ya de expedientes, sin dejar, sin embargo, sus lujos hasta entrar en la cárcel. Todavía en septiembre del año pasado, lo recuerdo en la mesa grande del casino de San Juan de Luz, sonriendo con elegante desgano junto a su voraz amiga, mientras el rastrillo del croupier le arrebatava los últimos atados de billetes. ¡El pobre daba lástima! Sin salud ni alegría para vivir en aquel vértigo de casinos y “dancings”, de mujeres y juego, solía dormirse en los restaurantes, mientras su joven compañera bailaba con el galán de turno. A veces el anciano noctámbulo despertaba con el bullicio del jazz y se encontraba solo ante la botella de champaña. Seguramente esos sueños, echados en su banca del Senado, le habrían salido menos caros. Pero nunca podía sospecharse su triste fin. Tenía cara de buena persona, y su reputación política era intachable. Este ha sido el único argumento de algún valor moral que ha podido aportar, en su defensa, el abogado Torres.

Fué el carrocerero Kellner quien demandó, el primero, a Klotz por haberle pagado con una letra falsa, el fastuoso Hispano regalado a la mimada rubia.

Tras esa primera piedra, que nadie se atrevía a tirar, vino la pedrea, y llovieron las demandas, hasta sumar cerca de dos millones de francos. Ya en la pendiente, Klotz no se detuvo: documentos apócrifos, cheques sin fondos, estafas groseras... Para pagar a un joyero una factura de 62.000 francos, entrega una falsa letra por 125.000 y se hace dar la diferencia en especies. Después, viéndose perdido, intenta simular la locura, pero seis alienistas lo declaran responsable y, por fin, a pesar de un esfuerzo supremo de sus amigos para salvarlo, el hombre que se había sentado tantas veces en el banco ministerial, se sentó, el otro día, en el banquillo de los acusados.

La vista ha sido rápida. Dos sesiones han agotado el triste tema y la curiosidad malsana del público. Por lo demás, todas las demandas habían sido retiradas y la familia del acusado ha pagado a los acreedores. Cuando el presidente preguntó a Klotz si tenía algo que declarar, el ex ministro se levantó penosamente, y con el tono sereno y frío del abo-

(Continúa en la pág. 30)



"Retrato de mujer", por Modigliani

TEMPORADA DE LOS PINTORES

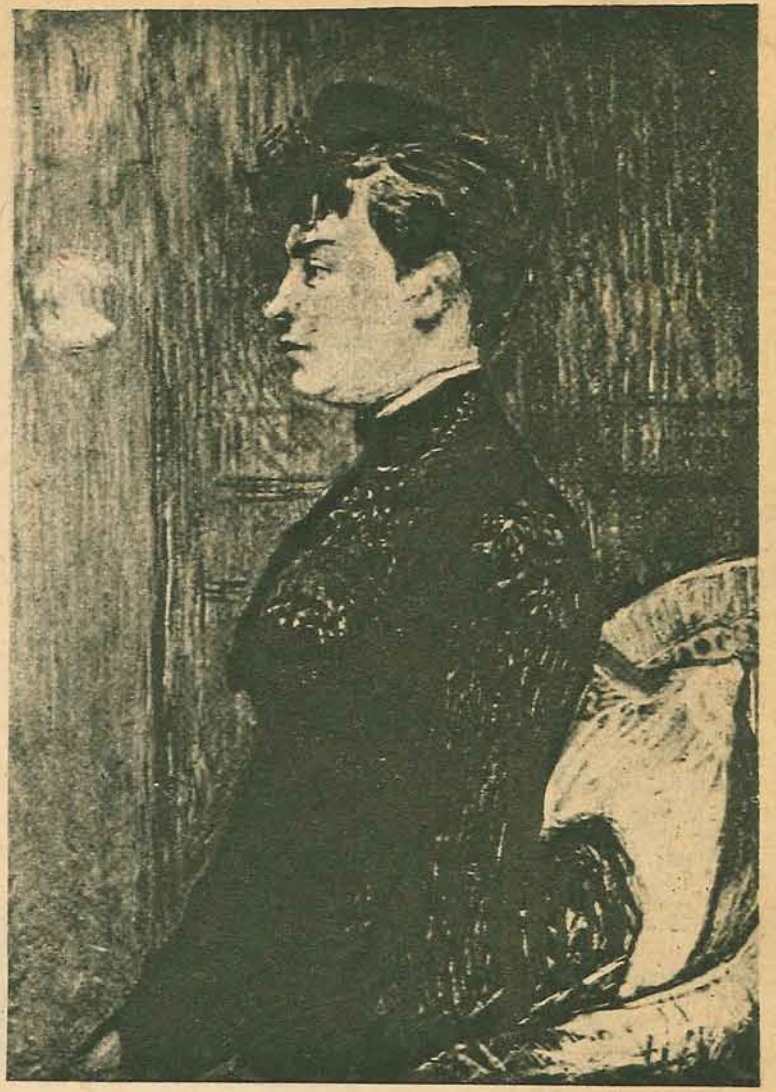
facilidad de palabra y mi sutileza.

Si sólo por el hecho de haber sido testigo de su esplendor me dejara llevar por estas reflexiones, entonces me conformaría más fácilmente; pero no puedo anunciar su ocaso sin anunciar al mismo tiempo mi propio fin. ¡Y maldita la gracia que me hace! Realmente la felicidad nunca puede ser completa.

Mi melancolía a este respecto, fué causa indirecta de que cometiera una loca imprudencia el 30 de abril último; me dejé convencer y asistí a la apertura de la exposición de Bellas Artes, donde no había puesto los pies desde hacía 37 años. Francamente, uno no debería volver a hacer jamás las mismas cosas que tenía por costumbre realizar todos los años y que han dejado de hacerse mucho tiempo; pero mi curiosidad fué más fuerte que yo. ¿Cómo resistir a la tentación? Además, uno se hace la ilusión de que rejuvenece; lo que prueba que las ilusiones carecen de buena fe. Demasiado bien se sabe que ocurrirá justamente lo contrario; es algo que se pretende ignorar, pero quizá se espera la realización de un milagro.

Desgraciadamente, esta gracia celestial no me fué concedida el día que visité el Grand Palais. Durante una hora y media erré como un fantasma entre personas que parecían vivir donde no encontré ni siquiera una sombra de mis tiempos; me hacía el efecto de haberme convertido en un espectro que cabalgaba solitario.

¡Qué tristeza y qué abandono! Sin embargo, debí haberme lo sospechado. En mi juventud, como buen "snob", no hubiera



más gris y taciturno. Sólo el polvo no ha cambiado...

Confieso que vine con una opinión preconcebida; creí hallar en los cuadros algo parecido a lo de antes, pero no los he reconocido. Por medio de mi imaginación y de mi complaciente memoria los he reemplazado con los fantasmas de aquellas telas que otrora me vi obligado a admirar, temiendo ser menos que los demás.

El Salón de 1929 se convirtió de pronto para mí, en una visión retrospectiva. El "Renan" de Bonnat se colocaba al frente del "Thiers" del mismo autor. Un panel entero lo ocupaba el "Cain" de Cormon, estudio de desnudo o mejor dicho de colorido de la piel, con el cual su autor se anticipó a su época. Al lado de éste se halla "La leyenda de Lady Godiva", de cuyo autor no recuerdo el nombre.

Supongo que todos mis lectores conocen la leyenda de Lady Godiva, pero haciendo de cuenta que no la saben, procederé a contarla en pocas palabras.

Lady Godiva era la esposa de Leofico, Conde de Chester. Ha-

biendo sido la ciudad de Coventry gravada con elevados impuestos (esta historia del siglo XI parece de nuestros días), Leofico consintió en suprimirlos bajo la condición de que la condesa nombrada atravesara la ciudad montada a caballo y completamente desnuda. Imposible nos es explicarnos esta fantasía, a menos que Leofico fuera otro Gyges.

Los largos cabellos de Lady Godiva le sirvieron de vestido, y apenas si los habitantes pudieron alcanzar a ver las piernas, que eran muy blancas: "apparentibus cruribus tantum candissimis", según el viejo adagio que se expresa en latín, no por desafiar a la honestidad, sino porque así se usaba expresarse en esa época.

Advertiréis que en este hecho la historia deja de ser moderna. Los cabellos de nuestras mujeres ya no son capaces de servir de salvaguardia al pudor cuando aparecen desnudas, lo que sucede a menudo; y la moda exige que las piernas que ellas ya no nos ocultan para nada, estén tan tostadas por el sol como las de los hijos de Cain.



A primavera es en París la temporada de los pintores. Se nos brinda una exposición todos los días. Los "snobs" tienen

una tarea abrumadora y los comerciantes en cuadros están a la pesca de las cotizaciones. Los artistas del aceite, del agua, del pastel o de la acuarela ocupan el primer lugar en todas partes. Sin embargo, yo he conocido una época en que ellos eran mucho más considerados por el Estado. He conocido lo que desde entonces he denominado "el siglo de los pintores". Tranquilizaos, queridos lectores que os interesáis por mi salud; no soy por eso un centenario.

Varios historiadores serios han observado que un siglo dura siempre un período más o menos de cien años; así el siglo XVIII recién termina en el año 1815, al paso que el siglo XIX se extiende hasta 1914.

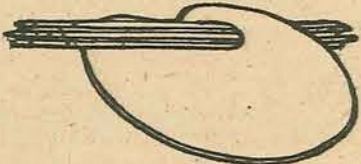
Los siglos que deben su denominación a un hombre, generalmente no duran más que la vida de este hombre y termi-

nan casi siempre antes de su muerte, que rara vez coincide con el centenario de su nacimiento.

En cuanto a los siglos que han tomado sus nombres de cierta moda en boga en la época, no sobreviven por cierto a esta moda, que sólo dura lo que ellas suelen durar. Puede decirse que estos siglos son como las novelas de gran tirada: sinceras sólo después de los 250 ejemplares y de una sinceridad exagerada al llegar a los 500 ejemplares. Se le debería dar un consejo jurídico al editor de los mil que sean realmente mil.

Según mis cálculos, el siglo de los pintores ha durado 25 años justos; cifra bastante halagadora para un siglo.

El distintivo de la moda en esa época, era que las personas que estaban al tanto de ellas, decoraran su salón al estilo "taller", mientras que en la actualidad todas han aceptado el estilo "estudio". Por su estrecho parentesco estas dos palabras deberían tener idéntico significado, pero existe una pequeña diferencia entre ellas. ¿Cuál es ella? No me pidáis que os la defina, pues perdería mi



dejado por nada de asistir a las inauguraciones, y digo "las", porque en ese tiempo había dos; en la actualidad no hay más que una sola: un solo salón que comparten la Sociedad de Artistas Franceses y la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Los Campos Eliseos y el Campo de Marte de antaño, hacen ahora causa común.

Yo pertenezco a la época de la discordia y llevo conmigo los mismos prejuicios. Creo que la concurrencia viene a ser el alma del comercio, y no estoy de acuerdo que la sagrada unión sea el alma del dibujo ni de ningún arte.

¡Qué luchas las de aquellos tiempos alrededor de Manet, de Claudio Monnet y de los impresionistas!

Este entusiasmo ha decaído en la actualidad. Es que en la época heroica se combatía en pro o en contra de unos artistas audaces, temerarios quizá, pero de una probidad reconocida hasta por sus mismos adversarios. En nuestros tiempos se combate en pro o en contra de unos excéntricos que no engañan a nadie...

Pero me estoy apartando del tema; volvamos al Gran Palais. Al penetrar en él sólo reconocí una cosa perteneciente al lejano pasado. Fué el polvo, ese polvo especial que no se encuentra más que en las exposiciones el día que se inauguran, y que aprovecha los pequeños rayos de sol cuando éste se digna mostrarse, para tratar inútilmente tras vanos esfuerzos, en aparecer luminoso. Sólo consigue velar los cuadros; hacerlos más melancólicos, e influye para que el público se vuelva

ABEL HERMANT

(Para LA NACION)

PARIS, junio de 1929.

"La mujer del búcaro", por Edgar Degas

"La mujer de la sombrilla", por Francis Picabia



UNA NUEVA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA



NUESTRA época no es un período de retrosección, sino de previsión y de preparación espiritual. La esotérica de todos los pueblos y de todos los tiempos enseña que cuando una época universal ha llegado a su término, la época que la sucede prolonga su vida activa en la misma forma en que sigue viviendo en la nueva la antigua generación humana. Vale decir que produce un núcleo cuyo aspecto definitivo no constituye una repetición, sino algo nuevo. Exactamente en este sentido, y no en otro alguno, ha seguido viviendo la era de la antigüedad en la era cristiano-germánica. Las culturas en sí son exactamente tan mortales como los individuos. Aquello que alcanza su realización individual y cumple así su finalidad, ha terminado de ser. El porvenir se forma sólo con expresiones provisionarias o con manifestaciones que han permanecido en estado latente. Ahora bien, en la actualidad están en gran parte agotadas las fuerzas de impulsión que dieron sentido, orientación y forma a la historia de los últimos siglos. A esto se debe el imperio de las cosas muertas sobre los hombres animados de vida. En particular están agotadas las ideas del siglo XVIII, último creador de ideas; eso es lo que motiva la absoluta falta de vitalidad de la social-democracia, que materializa la última repercusión de aquel impulso. Y, en líneas generales, de todo esto se desprende la circunstancia de que todas las tentativas de encontrar ideas que orienten hacia el porvenir, por medio de la revisión global del pasado, deben necesariamente carecer de significado para la vida, — aunque el resultado de esta revisión engañe a la razón —, por cuanto se ha emprendido esta tarea sobre una base falsa. Y en tal caso, se habrá acometido una empresa imposible. El hijo es ante todo un ser "distinto" del padre; las condiciones concretas y vivientes que valen para éste, no existen ya para aquél.

Un ejemplo entre mil. ¿Por qué fué comprendida en su tiempo la filosofía de la historia de Hegel? ¿Por qué tuvo efectos tan poderosos y vivificantes? Porque aparte de la verdad eterna de su contenido abstracto, reflejaba el estado de alma alemán de aquella época, dentro del marco del mundo europeo que lo rodeaba; porque a éste "correspondía" el sentido hegeliano del progreso; la verdadera vida, consciente o inconsciente, tendía entonces a la posesión espiritual del mundo. Este concepto del progreso no corresponde ya a los problemas vitales concretos de la actualidad — y digo concretos, no en el sentido de las necesidades materiales, sino en lo que se refiere a las exigencias interiores. Porque todas las aspiraciones profundas de hoy (como lo demuestra la coincidencia de todos los movimientos vivos) tienden a incluir en la conciencia esa parte irracional del ser humano que se menospreciaba y se entendía mal en aquella época. Por este motivo, el espíritu viviente de Hegel — que es lo único que opera históricamente a través de lo materialmente exacto u erróneo — no lo entienden ya más que aquellos que poseen el sentimiento de la historia. En cuanto al hombre actual y al hombre futuro, no les dice ya nada. Por eso mismo parece actualmente aniquilado el "Idealismo" y se asiste más y más al hecho grotesco de que sirve de manto a la cobardía moral, precisamente esa gran palabra que en su tiempo significaba la soberanía del espíritu sobre la naturaleza y el destino.

El Idealismo, en su sentido de aquella época, no puede producir ya mayores resultados. Si es cierto que sirvió entonces para emancipar al espíritu racional de sus vínculos irracionales, y para determinar la vida en esa forma, hoy sirve únicamente para fundir en una nueva y viviente unidad al alma con el espíritu que se le había anticipado. Y esto, no por una necesidad determinada y material, sino porque en ello reside el viviente problema actual de cada individuo europeo (1).

Lo que acontece, o lo que se necesita colectivamente, es siempre el resultado del estado de alma típico individual. Ahora bien, de estas breves frases se podría deducir ya el motivo por el cual fracasan fundamentalmente las tentativas de reconstruir la vida a base de condiciones muertas ya; de modo que no insistiré al respecto en este artículo, con el cual sólo quiero señalar una senda para la comprensión de un autor. Lo que acabo de decir podría hacer comprender por lo menos que es

insensata la publicación de libros y más libros sobre el Idealismo alemán, tanto de la lectura de los mismos con el propósito de mejorar el porvenir; esas obras pueden interesar mucho a los historiadores, pero ningún alemán viviente y preocupado por el porvenir abraza un interés vivo por los espíritus anteriores a Nietzsche. Han ocurrido entretanto cosas tan considerables. ¡Es tan enorme el cambio que se ha operado en las almas y los espíritus!

Lo único importante para la vida, son los problemas vivientes y personales, no los problemas materiales; éstos sólo importan cuando expresan a aquéllos, o se aplican a ellos. En este sentido tienen que aprenderlo todo de nuevo la ciencia y la opinión pública.

Y de aquí se deduce que ninguna persona cuyo estado exprese al pasado el que vive anticipa el porvenir. Puede hacerlo únicamente el que vive anticipadamente el porvenir, como si fuera una realidad. Sólo él puede dar conciencia a lo que duerme, apresurar en los demás el proceso de madurez. La experiencia confirma esta sentencia. El último alemán importante para el desarrollo universal, anterior a Nietzsche, fué Lutero. ¿Por qué? Porque su conciencia espiritual y su responsabilidad propia combinadas en su alma compleja operaron en Europa el mismo despertar; mientras que el fin de nuestra época clásica resolvió solamente un problema alemán, el de la compenetración de la naturaleza alemana con el espíritu clásico europeo, lo que explica inmediatamente el motivo por el cual no se da a esa época, fuera de Alemania, la misma importancia que aquí, como realización histórica. En los últimos cincuenta años fué una vez más un alemán, Nietzsche, la rigura europea más notable, porque más que ningún otro, vivió por anticipación en su sentimiento los nuevos problemas de Europa, que expuso con la ayuda de un estilo que opera como una materia explosiva. Desde entonces, sólo se le pueden comparar los escandinavos y los rusos. Estos llevaron a efecto el proceso de la diferenciación que había presidido al desarrollo del entendimiento en las almas. Pero terminaron este proceso, y por ese motivo no tienen ya ningún significado viviente, hecho demostrado por la experiencia — que puede comprobar todo el mundo — de que ningún problema de Ibsen es ya un problema, y que sólo las muchachas muy jóvenes reconocen aún su imagen en el espejo de Strindberg.

Después de los escandinavos han venido los rusos y han producido efectos tan grandes que Europa no ha experimentado otros semejantes desde la Reforma. ¿Por qué? Porque en primer lugar tuvieron conciencia de los problemas del cambio universal moderno en tal forma que cada cual podía concebirlos como "sus" problemas; en este sentido son los padres, no sólo de la revolución universal, sino de la guerra mundial que se prepara. Tolstoy y Dostoievski tocaron todas las regiones inconscientes de sus contemporáneos. A ello se debe la incomparable importancia de Rusia para esta época. Por eso, no hay nada más superficial que el concepto corriente de que la tendencia hacia los rusos es cuestión de moda, o se debe a la admiración causada por grandes escritores, que lo mismo hubieran podido no ser rusos. Pero francamente, se equivocan de veras, por otra parte, los que creen que la influencia rusa es positiva y constructora. El significado de

los rusos reside precisamente en el hecho de que son los representantes de una era de "destrucción". Berdiaeff dice en su libro sobre Dostoievski (la obra más profunda y mejor que se ha escrito hasta ahora sobre él), que "la auto-destrucción y la auto-quemazón son condiciones nacionales de los rusos". Dice que, orientados siempre hacia los extremos, son nihilistas o apocalípticos; que la cultura — en tanto que estado mediano — y la honradez — en tanto que virtud mediana — no tienen valor para ellos; que de este modo, sólo existen entre ellos "unos cuantos santos, mientras la mayoría está condenada a la deshonestidad". Por eso es imposible que una nueva cultura nos venga de Rusia, que no tiene condiciones para formarla. Y por eso mismo podrían cobrar importancia para toda Europa

los problemas rusos, en el preciso momento en que "su alma anterior adquiriera la voluntad del suicidio, porque comprobaba la imposibilidad de desarrollarse dentro de su forma anterior". Este es uno de los ejemplos más maravillosos de ese "simbolismo de la historia" de que trato extensamente en mi obra "La conciencia creadora"; que un elemento completamente extraño a Europa—Rusia es precisamente esto— haya podido ser más importante para Europa que cualquier otra cosa, desde los tiempos de la Reforma. La literatura rusa dió conciencia a la época de transposición europea. Esto explica definitivamente por qué ha sido su influencia fatal e inevitable, y porque no puede destruirse por medio del alejamiento de lo que tiene de malsano. Pero Rusia no se ha limitado a dar conciencia a la época de la transposición; sirvió al mismo tiempo de primer guía hacia el porvenir desconocido cuando reveló—con

una energía de que no hubiera sido capaz un espíritu menos radical que el ruso — la fructífera tensión que se produce entre la eterna naturaleza primitiva y el Ideal, cuando no interviene la cultura; al revelar las poderosas tensiones que existen en los hombres modernos cuyo espíritu ha trascendido de la síntesis que encerraba dentro de la unidad a los no-intelectuales. En efecto, la imagen de las cosas rusas no despertó en la conciencia del europeo al ruso — porque no lo es —, sino que le reveló como símbolo simplificador, su propia realidad nueva, cuya tensión actual es igual a la típicamente rusa.

El desplazamiento de la Rusia antigua es un acontecimiento puramente ruso, y la primera creación nueva en su suelo, el bolcheviquismo, constituye un problema pan-asiático, no europeo. Pero Rusia no estaba poblada únicamente por los rusos, sino también por una capa — si bien delgada — de rusos de nacimiento que eran también europeos por su formación. Y desde que éstos han sentido a la nueva Rusia como si fueran extranjeros, desde que tuvieron que emigrar a Europa, se prepara en su alma una transformación que da significación en un nuevo sentido a sus representantes más considerables. Gracias a los acontecimientos formidables a que han asistido, han trascendido interiormente de la época de destrucción, y ha cobrado realidad en ellos la condición vital que hace posible la reconstrucción sobre los cimientos de lo destruido. En esta forma se han desprendido de los últimos vínculos que los ligaban al pasado. Se han adelantado a los acontecimientos actuales, que están condicionados todavía por el pasado. Y como "su" Rusia pertenece a Europa, ya que son iguales

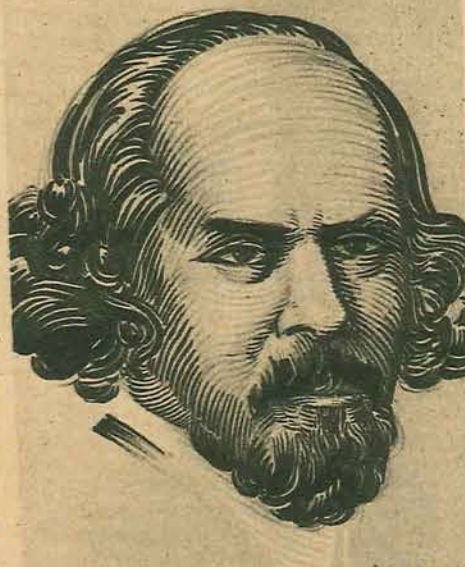
las fuerzas que causaron la destrucción aquí y allá, ya que una constelación especial ha presidido tanto al destino europeo como al ruso, basta el reconocimiento de su propia situación actual para despertar a la vida, en las almas europeas, el núcleo de un nuevo porvenir, cosa que logran tanto más fácilmente, cuanto que los rusos son maestros típicos de la introspección y la expresión sin reservas. En muchos, la transformación interior que han sufrido, ha causado el despertar de la tendencia radical del cristianismo primitivo, tendencia que no puede ser representativa para Europa. En otros, el contacto demasiado íntimo con Europa, a causa de su emigración, ha causado una completa reacción contra ella: son los primeros representantes de la Rusia post-bolcheviquista, asiática de nuevo. Pero aquél que sigue interesándose por el problema cultural de Europa, lo considera bajo el ángulo de un observador para quien han dejado de existir los problemas que se agitan actualmente. Por eso tiene tanta importancia para nuestra época la filosofía de la historia de Nicolai Berdiaeff, que presento con estas consideraciones.

Considerado desde el punto de vista ruso, Berdiaeff no es totalmente ruso. Lo es menos aun que Vladimir Soloviev, quien pretendía que, contrariamente a los calificativos de los demás pueblos, el adjetivo "ruso" (russki) exigía como complemento al sustantivo "europeo". Sobre los alemanes ejerce una influencia puramente rusa, pero hay en él demasiada cultura europea para que pueda asumir ese radicalismo que sólo siente el ruso puro. Por ese motivo, su cristianismo y su religiosidad no tienen ni las profundas raíces ni la fuerza convincente que caracterizan frecuentemente a ciertos rusos de menor importancia. Pero precisamente por ese motivo llega Berdiaeff a ser un filósofo en el sentido europeo, y lo es en mayor grado que cualquier otro ruso anterior a él.

En realidad, lo que enseña es importante a causa de su forma de espíritu originalmente rusa, y responde al espíritu de la iglesia oriental. Pero lo enseña a base de condiciones culturales que comparte con los europeos. Así, pues, juzga nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir como una persona en que alienta nuestra historia; sólo que juzga — y esto es una ventaja — desde un punto de vista algo más lejano que el que podría ocupar un europeo. A esto se agrega que Berdiaeff posee condiciones extraordinarias para la filosofía de la historia y para la metafísica, y que tiene conciencia de los "verdaderos" problemas del alma europea actual. De modo que se comprende en seguida lo mucho que tiene que decirnos.

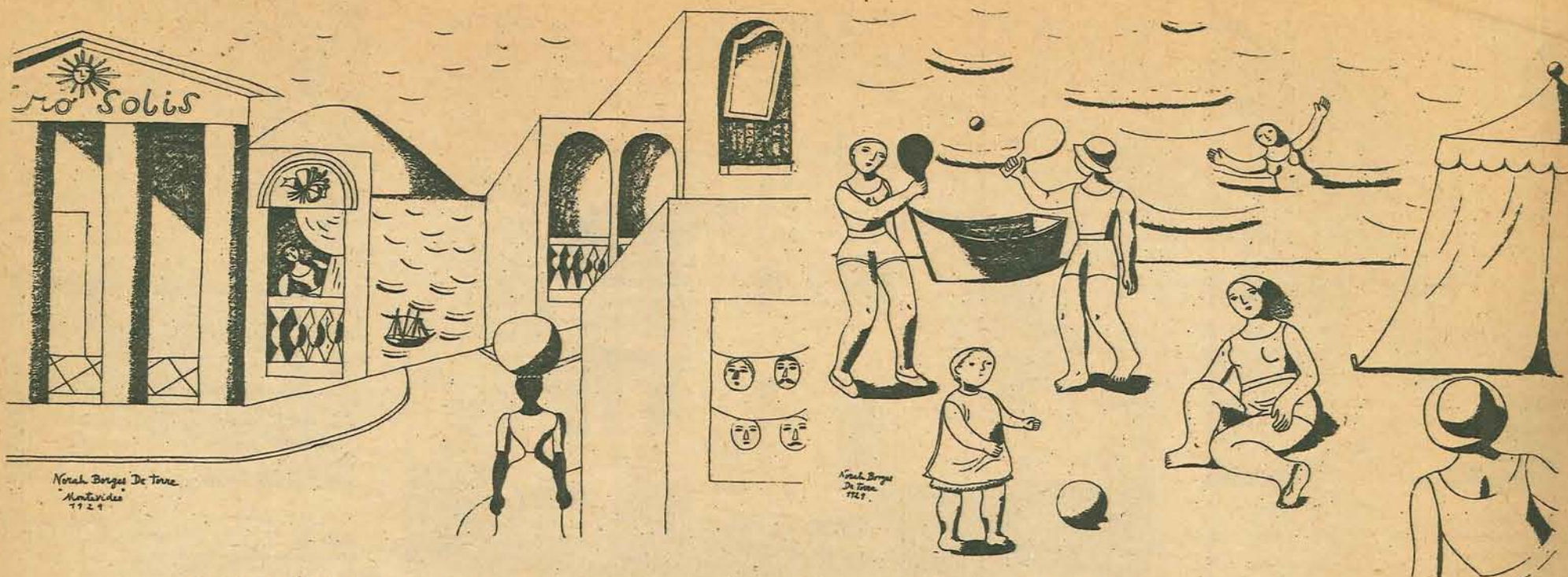
Del contenido de su libro "El sentido de la Historia", no quiero anticipar nada. Habla por sí solo. Es preciso "leerlo". Me limitaré a unas cuantas palabras para expresar definitivamente cuál es la condición especial bajo la cual debería uno entregarse a su lectura. Dije al principio que la "Filosofía de la Historia", de Hegel, fué comprensible y eficaz en su época porque su concepto del progreso correspondía al verdadero estado de alma y al espíritu de entonces. Si algo es cierto actualmente, ello es que dicho concepto no corresponde más a nuestra aspiración profunda. La palabra alemana que se aplica más exactamente a la finalidad humana, generalmente inconsciente aun, es "Selbstverwirklichung" (auto-realización). Lo que no coincide con ninguna posibilidad de alcanzar fines terrenales, pues con eso se apunta más allá de todas las adquisiciones exteriores. Así precisamente les quita todo su valor absoluto. La relativización de todos los valores actuales da conciencia nuevamente a lo incondicional y lo eterno en el hombre, principalmente interesado. El problema central viene a ser entonces el de la independencia del hombre interior ante el movimiento exterior del mundo, y por consiguiente el de la libertad. Por eso la filosofía de Berdiaeff es ante todo una filosofía de la libertad. Pero esto, en toda la apocalipsis rusa — que es lo que tiene de interesante para nosotros — y no en el sentido inmediato de una transposición de todos los problemas humanos hacia el otro lado, sino en el sentido de un nuevo estímulo a la comprensión de la historia como "camino de la libertad" y a la creación de la historia en ese sentido, para más adelante.

(1) Véase mi obra: "La conciencia creadora", y particularmente el capítulo: "Lo que necesitamos".



NICOLAS ALEJANDROWITCH BERDIAEFF, EL DISCUTIDO FILOSÓFO RUSO

Dibujo de LUIS MACAYA



MONTEVIDEO

PLAYA

SEIS DIBUJOS DE NORAH BORGES

NORAH JUGANGO A LAS ESTRELLAS

¡Qué abeja del panal
de tierra, cielo y mar!

Golosa de las letras
que pintan las estrellas,
del Alfa y de la Beta
las lumbres secretea.

De Régulo y Proción,
Arturo y Algenib,
Donébola y Algol,
Canope y Belatrix.

La eternidad del mundo
se vuelve familiar,
y suelta lo minúsculo
sabor de eternidad.

Colúmpiate, sonámbula, colúmpiate,
mientras tu sueño queda
mecido en el estambre de una estrella.

(La imagen no se ve:
busquémosla otra vez).

Apenas cazadora
del pájaro y la rosa,
en una raya sola
enreda cada cosa

Cuando "pesca a la línea"
(equivoco francés),
en el sedal que tira
queda lazado el pez.

Alternan, al primor
del dúo concertado,
el tiple de su voz
y el tiple de su mano.

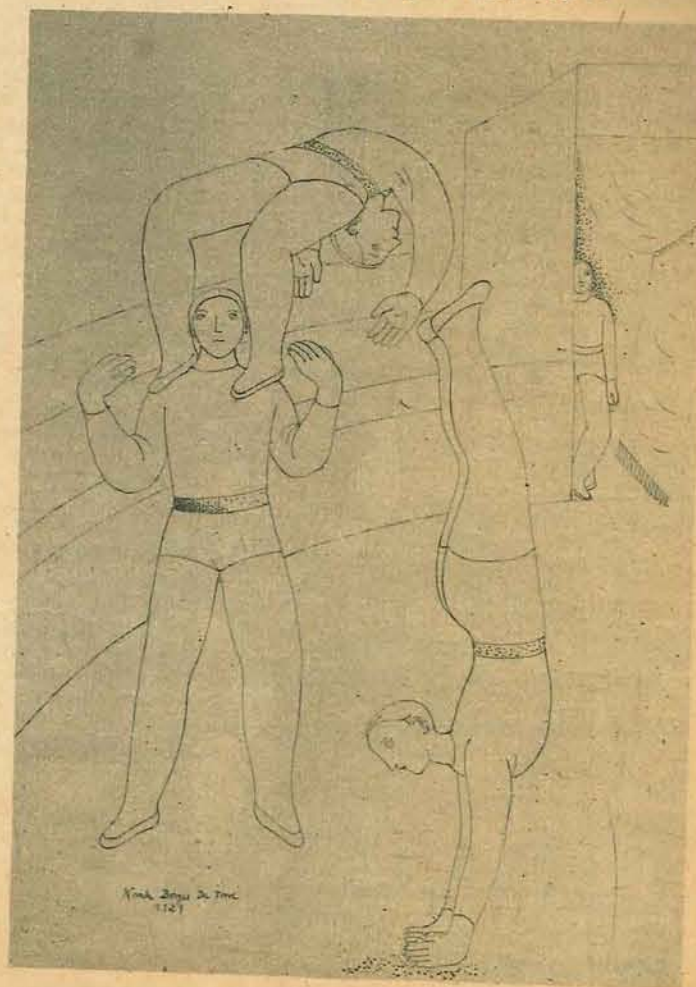
Colúmpiate, sonámbula, colúmpiate,
mientras tu sueño queda
mecido en el estambre de una estrella.

Envío

Tanta luz, que se borra de mi vista.
Tan candoroso afán, que es ya travieso.
Temo que mi canción no lo resista,
y a tan delgado peso
no encuentro libra fiel, Norah. Por eso
es mejor que desista.

ALFONSO
REYES

CABEZA DE JOVENCITA



EQUILIBRISTAS



EL CLOWN Y LA AMAZONA



El juicio crítico de la labor artística de los arquitectos argentinos no ha sido expuesto hasta el presente, por lo menos con la base de un estudio detenido de sus obras. Múltiples razones se oponen a que se lo formule. País en plena formación el nuestro, todas las manifestaciones de la cultura superior se hallan en él en plena evolución.

Sólo ahora se presiente la afirmación de ciertas ideas en el orden artístico que hacen admitir la existencia de principios y de orientaciones definidos. En el campo de la arquitectura, la cuestión se ahonda y se diversifica, como que ella se liga a problemas raciales de lenta solución. Pero en el cúmulo de la acción variada de nuestros arquitectos existen ya motivos y elementos dignos de estudio, como que ellos traducen un empeño inteligente y encomiable por dar individualidad a la labor arquitectural y por señalar, en el panorama ecléctico de nuestras ciudades, más de una nota característica y, si se quiere, sugeridora y personal.

Sin abarcar tan compleja cuestión en su conjunto—como que eso escaparía a los límites de selección que nos hemos impuesto—, pretendemos destacar en ligeras impresiones el juicio que suscita en nuestro espíritu el examen de muchas de las casas y construcciones contempladas con mayor o menor atención o indiferencia por los transeúntes de las calles metropolitanas y de los pueblos suburbanos. El buen sentido común de las gentes podría suplir en muchos casos a la apreciación técnica del ojo demasiado educado y, si se quiere, demasiado escudriñador del profesional. Pero como aquel sentido común no se acredita con la debida frecuencia—bien lo dicen las obras sin estilo y sin personalidad que tanto abundan en las calles de Buenos Aires—, lo lógico es afrontar la tarea aun cuando sólo sea a título ilustrativo, destacando las notas de verdadero interés arquitectónico, indiscutiblemente bellas, para que sirvan de puntos de referencia por cierto útiles y necesarios.

Hemos hablado de tendencias. En arquitectura las tendencias son muchas, tanto en el



pasado como en el presente. Por lo que respecta a nuestro país, son aún más numerosas o visibles. ¿Quién ignora acaso que al lado del rascacielo fantástico, con todas las audacias e incomodidades propias de su género, se alza en la ciudad la casa solariega a la usanza hispana, reconstituida no sin esfuerzo e imaginación, o el edificio monumental que es orgullo de nuestras nuevas avenidas y que se inspira en las líneas clásicas del siglo de oro del renacimiento español? ¿Quién no ha observado las iglesias de la ciudad, ora góticas, ora platerescas, ora toscanas, ora bizantinas u ora cualquier otra cosa? Lo cierto es que

no cabe censurar esa diversidad en la elección de estilos arquitecturales. Ella obedece a una multiplicidad de gustos derivada de la constitución de nuestro pueblo. El sacerdote italiano no concibe que su iglesia pueda ser de estilo español. Y ahora que se habla de construir un nuevo templo parroquial dedicado a San Patricio, lo cierto es que el carácter de su arquitectura deberá marchar de acuerdo con la nacionalidad del santo patrono. A la ciudad—ha dicho Alejandro Christophersen—hay que dejarla libre a su propio destino. En vano tratarán de aburrirnos con la cantilena de los planos reguladores y con la idea de reglamentar la altura de los edificios y de someterlos a una censura municipal. Todo eso teóricamente es muy aceptable y en cierto modo plausible, esto último en cuanto tienda a eliminar obras de mal gusto acreditado por la opinión universal, no así en lo que nos cuesta algún trabajo todavía imaginar: la ciudad construida con moldes exactos, perfectos, uniformes, implacablemente rígidos, higiénicos en grado superlativo, terriblemente monótonos y sin individualidad, o antiartísticos, en una sola palabra. Pero la vida de la ciudad—de las ciudades, digamos—se sobreponen a las reglas y a las previsiones. Los mejores panoramas urbanos obedecen a la espontaneidad. ¡Guárdenos el destino de hacer un urbanismo demasiado metódico y aburrido!

Pero volvamos a nuestro tema. Existen casas en Buenos Aires dignas de ser puntualizadas ante la opinión inteligente de los hombres que se sienten amigos de la ciudad? Entendemos que sí y, aun más, que son muy numerosas. Y si nuestra atención se fija en muchas de ellas, reparará complacida que algunas—no pocas, por suerte—acreditan un criterio directriz interesantísimo, como que acusan un sello personal visible y revelan, además, ideas sostenidas con valentía y con acierto. Respondan a una o a varias tendencias, agrúpanse en jerarquías de valor diferente, según las opiniones individuales, sean realizaciones de uno o de muchos arquitectos, lo cierto es que tales obras se destacan y se imponen.

Airosa y simpática en su movida silueta arquitectónica, esta residencia—que constituye una nota artística inconfundible en las calles de Vicente López—muestra como un ejemplo de armoniosa estructura y de interesante adaptación a los recursos constructivos actuales.

Contribuyen a su manera a dar fisonomía a la urbe, a realizar sus calles céntricas y sus barrios suburbanos y a plantear problemas estéticos que interesa considerar y discutir. Pero no son ni simples copias ni remedos de lo ajeno, sino una adaptación original e inteligente y, más

que eso, una exteriorización de la labor creadora en arquitectura, tal como esa labor puede concebirse y realizarse. No vamos a generalizar en esta ocasión, ni menos a olvidar algunos nombres injustamente. Por ahora sólo pretendemos destacar un hecho cierto y positivo que enaltece la obra de dos arquitectos argentinos—Ernesto Lacalle

FACHADAS E INTERIORES COLONIALES

LA OBRA DE DOS
ARQUITECTOS
ARGENTINOS

POR
CARLOS
F.
ANCELL

examen simple de sus obras, diríamos cumplidamente que sí. Porque no otra cosa puede decirse de una labor de conjunto inspirada en las mismas ideas, vivificada por la maestría de hombres diestros para realizar cabalmente los proyectos de su imaginación y de su idealismo, consagrada también por su entusiasmo sin desfallecimientos y sin interrupciones. Si la labor de un arquitecto se ha de juzgar en sus obras—no en sus proyectos—, cuando esa obra presenta caracteres de homogeneidad y de personalidad, cuando no se ha transigido con las imposiciones del ambiente, ese ambiente arquitectónico tan decantado en la nación entera, cuando al influjo de una creencia arraigada se siguen los dictados de la misma por convicción y por temperamento, es indudable que la verdadera obra de arte y la convicción artística no se hallan lejanas. Tal es el caso de Birabén y Lacalle Alonso, ambos jóvenes y entusiastas, ambos idealistas en la defensa de sus creencias y ambos ejercitando un apostolado difícil cuando la comprensión popular es imperfecta...

Muchos son los trabajos que podrían servir de fundamento a nuestras anteriores opiniones. Casas pequeñas y grandes, perdidas en la inmensidad de la urbe, pero inconfundibles y personales siempre; detalles decorativos estudiados con algo más que impulsos mecánicos; conjuntos de apariencia atractiva, risueña y pintoresca; evocadoras siluetas de residencias que hablan de la supervivencia del espíritu español en las nuevas construcciones señoriales de este Buenos Aires, tan olvi-



Alegre y austero, este interior evoca una tradición hispano-americana que no puede olvidarse. Acusa una tendencia a mantenerse dentro de líneas arquitectónicas bien determinadas, sin llegar al exceso de detalles característicos

dado de sus tradiciones de gran aldea; detalles característicos y encantadores, ante los cuales el observador, ni indiferente ni igno-

rante, advierte que si hemos admitido todo lo exótico, bien podemos aceptar lo que algo tiene de nuestro, como que se liga al pasado y a los orígenes mismos de la nacionalidad; esas y otras cosas son las que infunden al arte de Lacalle Alonso y Birabén un valor por cierto extraordinario, dentro del amplio marco constituido por la multiplicidad de los estilos arquitectónicos que imperan en la metrópoli.

Y si entramos al análisis de sus composiciones, al examen siquiera somero de sus más interesantes obras—tales, entre otras, las que sirven de ilustración a estas líneas—, admitiremos, conforme al criterio más exigente, que ellas se adaptan en un todo a los principios modernos de la arquitectura. Aire, luz, confort, higiene, todas las condiciones elementales de la casa o de la construcción de nuestro siglo, todo eso está resuelto en las obras que motivan nuestro comentario con el acierto propio de los buenos profesionales. El arte colonial—llamémosle, si se quiere, hispano-americano—no se halla reñido con las ideas actuales, asunto que corresponde a los principios de adaptación de que antes habláramos. En la armonía de las líneas, en la combinación de macizos y de vanos, en el empleo adecuado de las masas de sombra, en la utilización del color como elemento vital de la arquitectura, en la sencillez y en la verdad—principio básico de toda sana arquitectura—, en la coordinación de plantas y de alzados, en los mil detalles ornamentales sencillos y gratos, y en la impresión de todo el conjunto, único e indivisible, rico sin ostentación, austero sin pobreza, sencillo sin rebuscamiento, esbelto sin aparatosidad, en esa impresión de conjunto extendida, no a una, sino a todas sus obras, hallase sin duda la fuerza y el alcance de la labor silenciosa, pero segura, de Ernesto Lacalle Alonso y de Eduardo Birabén.

Pocos elementos decorativos se ofrecen en el arreglo de este interior. No obstante, la impresión de riqueza se obtiene por la presentación del conjunto, en el que esos elementos, sobrios y bien coordinados, contribuyen a dar una sensación de atractivo confort.





El Palacio Real



El Palacio Viejo



A capital del estado libre de Wuerttemberg posee la doble ventaja de ser una gran ciudad (y una gran ciudad que crece visiblemente de año en año) y de estar situada en un paisaje encantador. Al aproximarse, uno siente inmediatamente lo extraordinario de su situación: la ciudad antigua está anidada deliciosamente en el fondo del valle, mientras los "chalets", y aun las casas de departamentos, se escalonan en la ladera de los cerros con el atractivo de una ciudad-jardín. El extranjero conoce algo de la hermosa situación de Heidelberg, de Friburgo, de Baden-Baden o de Wiesbaden; pero no está tan enterado de que Stuttgart es una de las ciudades alemanas más exquisitamente ubicadas y más hermosas arquitectónicamente. Y, sin embargo, más de uno podría hacer en Stuttgart una cura de convalecencia, pues en las inmediaciones de la ciudad misma existen baños minerales; hoy todavía recuerda el clásico "Kursaal", con su parque en el barrio suburbano de Cannstatt, que desde hace mucho tiempo se explotan allí fuentes minerales...

El Stuttgart interior es una ciudad medieval. No se encuentra el acento romántico. Pero el estilo gótico ha trazado los rasgos principales de la fisonomía de la ciudad. Hay una iglesia principal de estilo gótico: buen monumento del gótico meridional alemán. Hay un im-



La estación principal



El edificio Schocken

nente castillo antiguo, residencia de los antiguos condes y duques de Wuerttemberg, tipo de fortaleza defensiva, con pesadas torres de ángulo: una robusta arquitectura militar gótica. En las épocas arquitectónicas posteriores ha sido demolido retocado, pero la robusta naturaleza fundamental del gigantesco edificio es de todos modos manifiesta. El Stuttgart gótico se revela, además, en las estrechas callejuelas del centro mismo de la ciudad antigua; allí se ofrece el cuadro de una ciudad medieval alemana, con sugestiva pureza.

El Renacimiento ha dado a la ciudad un grandioso patio con una columnata, que se encuentra precisamente en el interior del castillo antiguo de que hemos hablado. Además, la ciudad se desarrolla grandiosamente dentro de los estilos barroco y neoclásico. El barroco de Stuttgart se manifiesta, en verdad, soberanamente en el llamado Castillo Nuevo, que pertenece al siglo XVIII, siglo de brillante y productivo absolutismo y despotismo. La época de Napoleón ha dado lugar a los edificios neoclásicos, que son numerosos, muy dignos y muy impresionantes en su sencillez. El llamado Edificio Real, frente al Castillo Nuevo, pertenece a las más nobles manifestaciones del estilo Imperio o del neoclasicismo, no sólo en Alemania, sino en toda Europa del principio del siglo XIX.

Alrededor de esta ciudad, que está adornada, además, en el barrio del castillo con deliciosos jardines (¡qué delicadamente contrasta el verde primaveral de los castaños y la riqueza de su florecimiento con las macizas murallas del castillo antiguo!), alrededor de esta ciudad, como iba diciendo, se ha implantado el Stuttgart creciente del siglo XIX. La ciudad se ha extendido hoy considerablemente; se han agregado a ella varios suburbios; el número de habitantes es casi de 400.000, y si el desarrollo de esta urbe mantiene su compás, no tardará mucho en alcanzar el medio millón. Y mientras en casi todas las ciudades alemanas, y aun europeas, el último tercio del siglo XIX ha traído consigo la desolación de los edificios nuevos, se puede decir que Stuttgart ha salido indemne y limpio de una época arquitectónica peligrosa, pues lo que se construyó alrededor del 1900 es allí, en la capital de Suabia, muy decente. Recientemente, desde que terminó la guerra, se ha vuelto Stuttgart, en materia de arquitectura, una ciudad avanzada del modernismo alemán y aun internacional.

Stuttgart es la primera ciudad alemana que haya cons-

STUTTGART: PASADO Y PRESENTE POR WILHELM HAUSENSTEIN

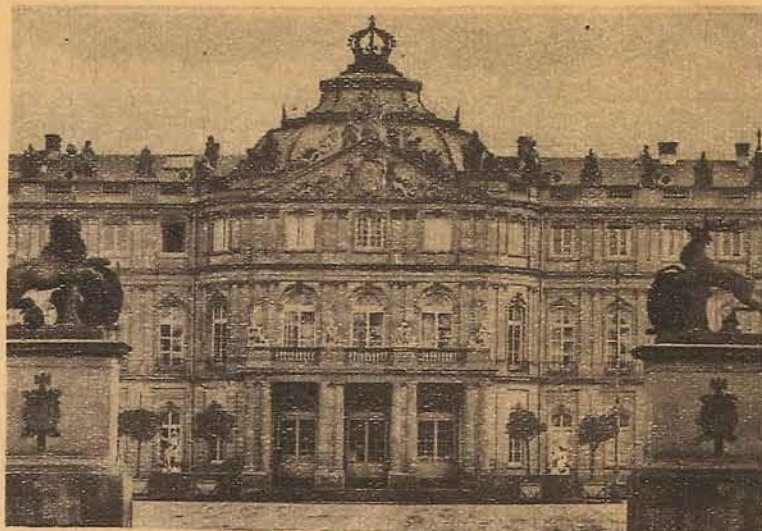
(Para LA NACION)

MUNICH, julio de 1929

truido una estación de ferrocarril de modernismo arquitectónico radical. Stuttgart es una de las primeras ciudades alemanas que hayan tenido la audacia de construir "rascacielos"; además de la estación del ferrocarril, que tiene el carácter de un edificio de ese género, existen ya tres "rascacielos", que por cierto no son los de Nueva York, pero para los alemanes son ya edificios que tienden considerablemente a la altura. Más importante que la altura absoluta es, además, en este caso, la solución arquitectónica del problema. El edificio de la administración de Correos y Telégrafos de Stuttgart y el llamado "Medianoche" son notables ejemplos de una solución realmente arquitectónica, artística, del problema del "rascacielos". Un bazar de Stuttgart, la tienda Schocken, construida por el excelente arquitecto industrial y comercial berlinés Erich Mendelsohn, es uno de los mejores edificios comerciales de la nueva Alemania (con fuerte aplicación de vidrio y hierro).

En fin: Stuttgart ha realizado el experimento de edificar en una de las colinas que dominan a la ciudad, casas de habitación sumamente modernas. Es lo que se llama la población Weissenhof. Modernistas de la construcción, que, en parte (como Le Corbusier), gozan de consideración internacional, han elevado en Weissenhof modelos de habitaciones de las más modernas, y estos modelos han encontrado comprador y se hallan ocupados. Confieso, por mi parte, que esas casas me enfrian el ánimo; pero no se puede negar que la audacia que revela la existencia de esta población modernista da la prueba más vívida de la iniciativa de Stuttgart.

Y, realmente, se puede hablar de iniciativa al referirse a esta ciudad. Casi todas las capitales alemanas medianas, que eran residencias de príncipes antes de la revolución, han sufrido desde entonces; ciudades como Karlsruhe, capital del antiguo gran ducado de Baden, o Darmstadt, capital del antiguo gran ducado de Hesse, o Munich mismo, capital del antiguo reino de Baviera, han perdido, en realidad, con sus coronas una



El Palacio Nuevo



El patio central del Palacio Viejo

Es considerable la vida espiritual de la capital de Wuerttemberg. A su tradición pertenece el gran nombre de Federico Schiller, pues Schiller fué a la escuela en Stuttgart (a la llamada "Karlschule", una especie de universidad que existe aún hoy, detrás del Castillo Nuevo, con su gran patio y sus elementos barrocos). Y en Stuttgart estuvo Schiller de servicio como joven médico militar durante un tiempo, que, por cierto, no fué feliz; en Stuttgart, o cerca de Stuttgart, ha declamado cuando muchacho ante sus amigos sus primeros versos... Dos teatros muy serios, la Comedia y la Ópera, representan el cuidadoso fomento de las artes por parte del Estado; la Galería de Pintura, un Museo de Antigüedades y un Museo Etnográfico forman parte de los institutos más respetables de Alemania en ese ramo; la Academia de Bellas Artes progresa; la Escuela Superior Politécnica es excelente; un buen conservatorio prepara jóvenes músicos con excelente resultado; hay escuelas, espectáculos, conferencias y conciertos en abundancia.

Es, finalmente, una de las ciudades alemanas más agradables; el que recorre Alemania sin visitar Stuttgart, lo sentiría tanto más cuanto que Stuttgart será quizá algún día la primera ciudad del sur alemán. En todo caso, Munich tiene en Stuttgart un fuerte y despierto competidor, que apuesta más sobre el porvenir que sobre el pasado...



Una vista del Landestheater



El rascacielos del "Tagblatt"



El Palacio Solitude



Ruinas de Limatambo



Puente colgante



Mercado de Huancayo

NOTAS DE UN RAID POR LAS DOS AMERICAS



FUERTES lluvias habían provocado muchos desmoronamientos, obstruyendo el camino principal que va en dirección a Huancayo; varios puentes quedaban destruidos por las avenidas de agua y se me informó que era imposible cruzar los ríos a nado. Ese año, el 25, la época de las lluvias estivales se inició con unos quince días de anticipación sobre la normal y fué particularmente violenta, costando varias vidas humanas y perjuicios por millones de soles. Así, me vi obligado a hacer un gran rodeo por las sierras hacia el Oeste. Como se me previno que sería difícil conservar el buen camino debido a que diferentes senderos frecuentados por indígenas lo cruzan, tuve que conchabar a un indio, el que, desgraciadamente, no hablaba el castellano. Como todos los indios, él prefirió marchar a pie. Nos llevó por parajes peligrosos; siempre iba en punta y muchas veces se le ocurría hacer "picadas". Cuando nos juntábamos de nuevo, lo que en ocasiones tardaba horas y horas por lo largas y feas que resultaban las vueltas, me lo encontraba sentado tranquilamente en una piedra masti-cando coquilla.

Fué en estos días que nos tocó atravesar el peor puente colgante que he visto en mi vida. Hoy siento no haberlo fotografiado, pero he de confesar que en los momentos de peligro y ansiedad uno verdaderamente no tiene ganas ni tiempo para acordarse del aparato fotográfico. No quisiera tener que pasar otra vez ese puente, y menos con caballos. Era un conjunto miserablemente bambolean-te de alambres herrumbrosos, sogas de cuero y cáñamo podridas. El piso estaba hecho de ramas y palitos atravesados, con una especie de alfombra al medio, fábrica suelta y floja de manos indígenas. Miré una y otra vez el asunto y me pareció imposible que pudiese soportar el peso de un caballo. Para mejor, el puente era muy largo y te-

nía una curva pronunciada en el medio que le daba el aspecto de una hamaca gigantesca.

Desensillé los caballos y el guía indio inició la travesía llevando a Gato del cabestro. Yo seguía atrás hablando continuamente a Gato para evitar que se pusiese demasiado nervioso. Es mi creencia que el pobrecito comprendía el peligro en que se hallaba, pues si hubiese tratado de darse vuelta sobre la alfombra angosta, habría caído irremisiblemente y muerto tristemente en el fondo del abismo a nuestros pies. Caminaba despacio, paso a paso, hacia el centro más inclinado, y cada vez que el balanceo se hacía demasiado fuerte, paraba un rato.

Experimentaba gran dificultad en conservar el equilibrio y el corazón me latía tan fuerte que por momentos temí caer desfallecido. Después de haber pasado la mitad del puente, Gato comprendió que el peligro disminuía y comenzó a apurar el paso, cada vez más, hasta que al último, cuando iba a alcanzar el fin, caminaba tan ligero y dió tales sacudones a la débil construcción, que me habría tirado del puente si no me hubiese aferrado a él de ambas manos con todas mis fuerzas.

Mancha, que había visto la feliz travesía de su compañero y deseoso seguramente de mostrarse tan juicioso como él, fué pasado con la misma buena suerte. Luego volví con el indio en busca del recado, aperos y provisiones. Cerca encontramos un rancho donde vendían chicha, y celebramos con varios buenos tragos el azaroso cuán feliz cruce del maldito puente colgante.

Pocas horas después de esta aventura llegamos a una verdadera muralla de rocas serranas, y cuando el guía, levantando el brazo hacia arriba, me significó que teníamos que vencer ese obstáculo, creí que esto jamás lo lograría un caballo. Pero la verdad es que por los recovecos de ese imponente paredón, casi vertical, se deslizaba una huella y por ella fuimos. Fué una subida horrosa con la muerte siempre a la vista, y cuando, ¡por fin!

HACIA LIMA
CAPITULO VII

alcanzamos la cumbre, rendidos y exhaustos, fué sólo para ver que teníamos delante otra cuesta igual o peor. En todo nuestro viaje no he visto otro sendero como éste y, francamente, si tuviese la desgracia de hallarme otra vez en mi vida ante tal obstáculo, preferiría una y cien veces abandonar y confesar mi fracaso antes de intentar su insensata conquista. En aquella ocasión y en otras más aprendí la dura lección de lo que cuesta a veces a un hombre, cumplir con una palabra empeñada con jactanciosa ligereza.

La primera noche la pasamos al lado de un rancho de indios, cuya dueña, en ausencia del marido, y sus hijitos nos trataron muy bien.

Al atardecer del siguiente fuimos sorprendidos por una gran tormenta y se produjo una repentina oscuridad. El indio, que llevaba las provisiones, de repente desapareció. Lo esperé y quedé esperándolo despierto durante toda la noche, recostado con los pingos contra una roca que nos protegía un poco contra las furias del vendaval. Aun a la mañana siguiente, habiendo amainado el temporal, me quedó alguna esperanza de ver reaparecer el guía. Pero el hombre debió haber echado sus cuentas y decidido mandarse mudar mientras valía la pena. Llevaba todas las provisiones y como, además, según es costumbre al tratar con indios, le había pagado sus servicios por adelantado, iba a pura ganancia. Ahí quedé, pues, perdido entre la serranía, sin saber por dónde dirigirme. La brújula no vale para nada en tales circunstancias: la única posibilidad de salvación está en seguir el sendero por el cual se ha venido y tener la suerte de no perderlo en las partes rocosas donde no deja rastro alguno.

Nos tocó dos jornadas bien feas y tanto yo como los pingos fuimos sintiendo el hambre y más todavía la sed, pero en la tarde del tercer día tuve la grandísima alegría de divisar un pequeño rancho indio, llamado Pancara. El alcalde me recibió lo mejor que pudo, dándome una choza para pasar la noche, al lado de la suya propia. Todo mi alimento consistió en un plato de sopa de cebada, y a los caballos no les fué mejor. Mas, me hallaba contento y de buen humor, pues había quedado evidenciada nuestra buena suerte.

Habiendo sabido que La Mejorada, estación terminal del ferrocarril, quedaba muy lejos, ensillé al rayar el alba del día siguiente. Salvamos cuesta tras

cuesta, a cual más fea, hasta que divisamos un hermoso valle verde en cuyo fondo serpenteaba una vía férrea. ¡Después de casi dos meses de nuevo un ferrocarril! Bajamos al valle en continuos zigzags. De más estaba apurar a los caballos; hambrientos como se encontraban, iban tan rápidamente que, viéndolos, nadie hubiera podido creer en el "tour de force" que acababan de cumplir.

De La Mejorada un camino bastante bueno lleva a Huancayo. Hay dos hoteles que merecen este nombre, y, en general, la población impresionada bien, contrastando favorablemente con cuanto nos fué dado conocer por mucho tiempo. Huancayo es famosa por su feria indiana que tiene lugar todos los días domingo. Creo que es algo único en su género. Maravillosos tejidos, calabazas artísticamente pintadas y labradas y mil otros artículos se consiguen a precios irrisorios. Basta mencionar que semana tras semana unos treinta mil indios bajan a la feria, con sus mulas, burros, llamas y caballos "chuscos", para comprender cuánta es la importancia de la feria de Huancayo.

El Ticlio

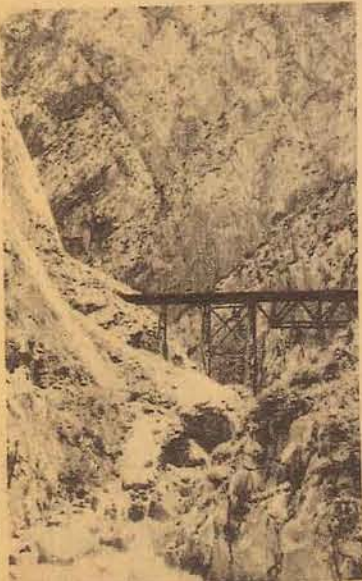
De Huancayo proseguimos nuestra marcha hacia Tarma, pasando por Jauja, donde Pizarro organizó la primera matanza de indios y fué preso Atahualpa. Visitamos las famosas fundiciones de cobre de la Cerro de Pasco Mining Corporation, donde nos fué dado admirar verdaderas maravillas de organización y técnica. Tienen sus propios hoteles, un club espléndido y hasta — ¡maravilla en tan desolada región! — su linda cancha de golf. Es todo otro mundo; prueba de lo que son capaces la moderna técnica aunada con el trabajo y la constancia humana.

Por fin alcanzamos el punto más alto del camino. Cerca, pero un poco más abajo, pasa la línea del ferrocarril más alto del mundo: 5454 metros sobre el nivel del mar. Hace un frío

atroz, aumentado por un viento helado que viene de los glaciares vecinos. La respiración se hace difícil en esta altura y hay que medir bien todo esfuerzo, por leve que sea.

Bajamos, rápidamente, corriendo a veces camino para evitar largos zigzags. Gradualmente fué subiendo la temperatura. Sentí terriblemente el calor en mi grueso traje de cuero y, por efecto del rápido cambio de presión atmosférica, comenzaron a dolerme los oídos. Al llegar al primer pueblo, ya cerca de Lima, los chicleos me siguieron a los gritos de "bandolero, bandolero". Y no era para menos. Hacía días que no me había afeitado. Con la cara cortada e hinchada por los vientos fríos y la arena, ello fué imposible.

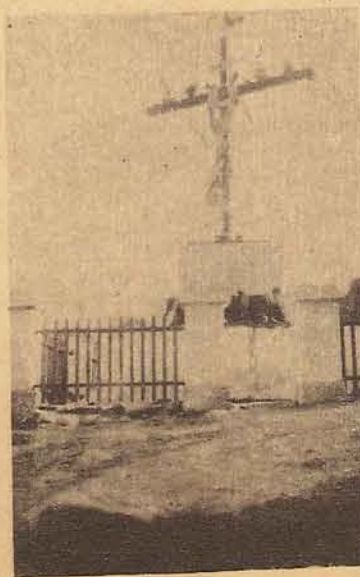
Don Roberto Levillier, a la sazón ministro de la República en Lima, gentilmente me había hecho reservar alojamiento en un hotel de Lima y allí nos dirigimos. Llegamos una hora antes de la convenida y nadie nos esperó. Un agente de policía, atraído por el alboroto del pueblo ante el raro aspecto que ofrecían Mancha y Gato cubiertos de tierra y polvo, y yo, ídem, con mi pesado traje en medio de una temperatura casi tropical, y armado hasta los dientes, amablemente se ofreció para cuidar los pingos mientras yo entrara al hotel. El portero se llevó un bonito susto y fué corriendo en busca del gerente. Otro susto. Naturalmente, que dijeron que no había pieza para un facineroso como yo. Para reirme un poco, opté por conservar el incógnito atormentado; me senté muy orondo en un banco, pedí un vaso de cerveza y esperé. No diré nada de la perplejidad del gerente y su personal cuando llegó el ministro argentino con su comitiva, ni del chasco que se llevaron a la mañana siguiente cuando, limpio y de jaquet, me presenté en el comedor y al tomar asiento en mi mesa. El "chef" vino a pedirme que dejara el lugar por estar reservado para el "jinete argentino". ¡Siempre me ha gustado hacer estas pequeñas jugarretas a mis semejantes!



El ferrocarril Lima-Cerro de Pasco



Antigua fuente indígena



Curioso monumento indígena, en cuya base se hace la incineración de cráneos humanos



Bajada del Ticlio hacia Lima

AIME
F. TSCHIFFELY

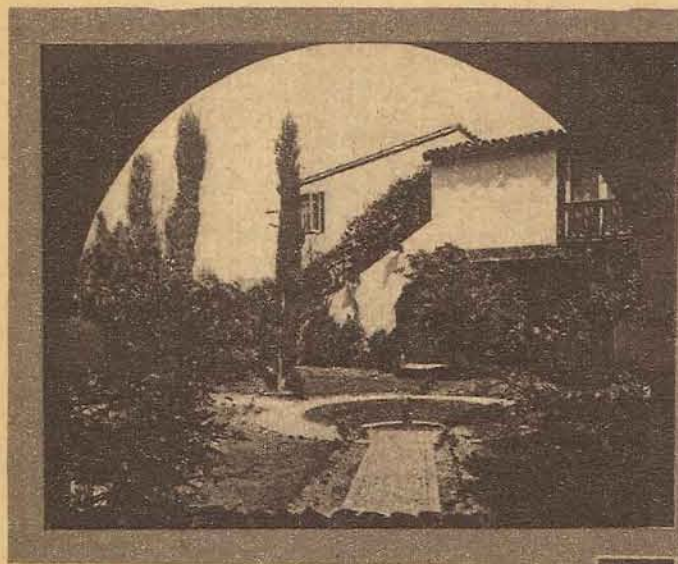
LOS ESTILOS ESPAÑOLES EN ESTADOS UNIDOS



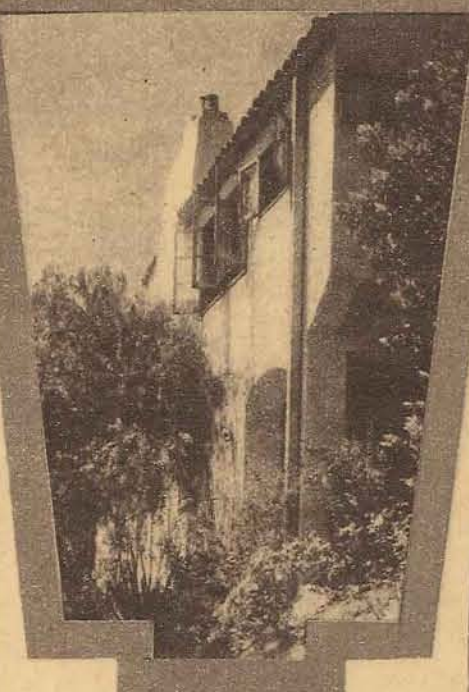
Frente de una casa de campo, en California, de estilo español, con techos de tejas y paredes blanqueadas



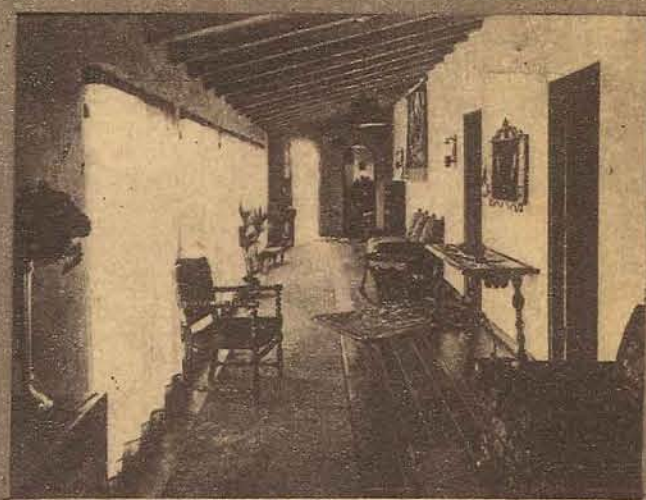
Casa de Julián S. J. Nolan, en Hollywood, California



Vista de una parte del jardín de la casa de S. J. Nolan



Otra vista de la casa de S. J. Nolan



Corredor interno con puertas desiguales; piso de caoba



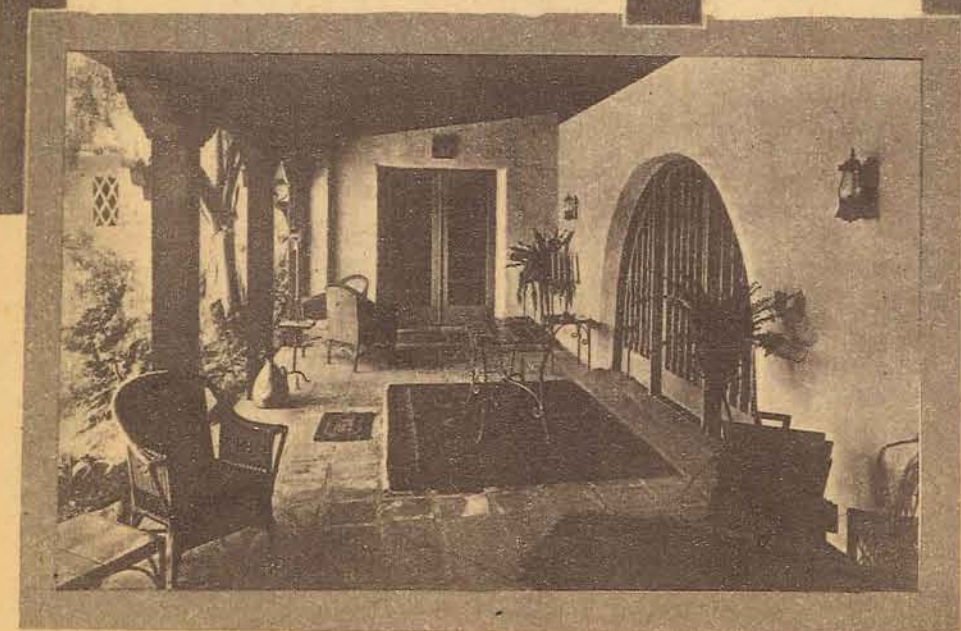
Hall de entrada con paredes blanqueadas y vigas de roble en el cielo raso



Sencillo dormitorio de huéspedes



Comedor con vista al living-room; puerta imitando bronce.



Corredor exterior con revoque rústico



El living-room con vigas de roble en el cielo raso

LAS VEINTE MIL ENAMORADAS DE JOHN GILBERT

Por ARTURO S. MOM



ERA a mediados de enero de este año. John Gilbert terminaba de firmar el contrato más importante de esos momentos, quinientos mil dólares anuales con la obligación de interpretar dos películas solamente y el privilegio de intervenir en la elección de sus obras y de su elenco. La popularidad inmensa de Gilbert entre los públicos de la Unión había inducido a la Compañía Metro Goldwyn Mayer a concluir el contrato mencionado, que situaba al actor a la cabeza de todos los favoritos de la pantalla cotizados a sueldo.

Fué entonces cuando cayó sobre Hollywood la avalancha de las películas parlantes, y en dos semanas se acumularon en las oficinas de Gilbert veinte mil cartas de señoras y niñas norteamericanas, veinte mil cartas donde le confesaban estar ansiosas de escuchar su voz.

John Gilbert, de arranques vehementes y ojos chispeantes, arquetipo en su patria del enamorado pasional, alcanzaba en tales instantes la cumbre de su gloria. Y para llegar hasta él tuve que dar las vueltas que voy a contar en la crónica presente.

EL RESTAURANTE DE LAS ESTRELLAS

En una proporción de veinte curiosos por cada estrella, el almuerzo de los sábados en el restaurante Montmartre, de Hollywood reúne una multitud interesante por diversos conceptos.

Este salón, en un primer piso con balcones al Boulevard Hollywood en su parte central, nada ofrece de particular en sí mismo, con su buena orquesta y su desfile de lindas modelos. Las estrellas del cinematógrafo y personalidades de toda índole de paso por Hollywood suelen ir a almorzar o a cenar, y eso es todo. Pero este restaurante es famoso en los Estados Unidos, como algunos otros de la ciudad, por esa sola causa, y de ahí que figure en las guías de turistas entre las novedades interesantes. De ahí también que por cada estrella, como dije, se vea, entre veinte anónimos, un satisfecho matrimonio burgués, con la inevitable niña de diez y seis o diez y ocho años, que por nada se desprende de su Kodak y de su libro de apuntes. Sienten una sencilla atracción por cuanto ven, preguntan cuanto se les ocurre, tienen una idea completamente equivocada de todas las cosas, sobre todo de las cosas del cinematógrafo, llenan el restaurante Montmartre y se pasan de admiración en cuanto aparece una estrella. Y las estrellas, que saben muy bien que aquellos curiosos forman una parte del montón inmenso que escribe cartas y hace sus glorias, se ríen para sus adentros pero se exhiben con gusto y con gracia.

Entre otras cosas, el restaurante Montmartre suele servir para lo siguiente: si el matrimonio tal o cual de artistas quiere desvirtuar rumores de divorcio, por ejemplo, aparece dos o tres veces seguidas en el restaurante y, a la vista de todos, él se muestra cortés y ella satisfecha. Esto es señal de que no habrá divorcio, detalle que luego esparcen por todas las revistas y diarios los cronistas del cinematógrafo. Si el matrimonio mencionado quiere hacer circular rumores de divorcio aparece él con otra artista y ella con otro actor o compañero, y sobre este detalle vuelven los cronistas a repartir sus deducciones. Sirve también para ocultar el desengaño haciendo gala de alegría y sirve para hacer gala de la popularidad, del triunfo y de la riqueza y para que la gente, los productores y los colegas no pierdan de vista a quien teme perderse. En fin, Montmartre tiene el aspecto exterior de un alegre restaurante de moda, pero es, en realidad, uno de los mercados de la ciudad cinematográfica donde se cotiza la vanidad, el éxito y la belleza, donde se defiende el desprestigio, se acentúa el prestigio y donde las glorias fugitivas de la pantalla enfrentan su pompa y hacen sonar las campanillas de la fama. Y es lugar, por fin, donde el aventurero puede tirar su redada a la casualidad de una conquista.

Cierta vez, sábado de una gloriosa luminosidad californiana, en pleno movimiento del restaurante, sobre el palco de la orquesta, debido a un contacto eléctrico, empezó a quemarse un cortinado de tul. En una de las tantas mesas, ajenos al pequeño acontecimiento de la quema, estaban Marion Davies con su gran amigo Harry W.

Hearst, uno de los hombres más poderosos de los Estados Unidos, y el ilustre periodista Arturo Brisbane. Junto a mi mesa, un amigo argentino que lleva varios años en Hollywood sin haber conseguido otra cosa que pasar hambre había descubierto el diminuto principio de incendio y alternaba miradas ansiosas entre el lugar del posible fuego y la mesa de Marion Davies. De pronto el cortinado levantó una pequeña llama que fué agrandándose. El argentino, de pie y en actitud de salto, estaba a la espera de la gran llamarada.

la vida a Marion Davies significaba la riqueza, una oportunidad formidable del destino para trepar a la fama. Maravillosa oportunidad que tal vez hubiera costado algunas vidas, detenida en su punto preciso por el violín de un músico anónimo. Tal fué la confesión del argentino, atento hasta la más fina sutileza en la caza de la oportunidad. Y no hubo forma de que se recobrara de su tristeza y dejara de levantar sus brazos con una temblorosa imprecación al cielo que le había robado, de las manos casi, aquella chance formidable.



La actriz argentina Mona Maris, que no se enamoró de John Gilbert

Fué el músico del violín quien se dio cuenta del principio de incendio y quien a golpes con su instrumento detuvo el fuego hasta que trajeron una jarra de agua y todo quedó en la nada, mientras la concurrencia enterada del hecho, a dos segundos del pánico, aplaudía al músico por su intervención oportuna y a la esbelta modelo, que no había detenido el paso rítmico de su exhibición, por su valor.

Tras un gesto de sincera desesperación, el amigo argentino cayó sobre su asiento. Y su caso fué el siguiente: dada la clase de material, madera, papel y cortinados livianos, de que está construida la sala del comedor, por poco que la llama hubiera tenido unos cuantos segundos más de tiempo el comedor hubiera empezado a arder como paja. El maravilloso proyecto del argentino era esperar el desastre y luego lanzarse sobre Marion Davies y salvarle la vida. Puede calcularse lo que la hazaña hubiera significado si se tiene en cuenta que Marion Davies es un personaje, además de estrella, de poderosa influencia social, artística y económica. Salvarle

Fué otro sábado, en el restaurante Montmartre, cuando los ojos de todas las mujeres presentes se prendieron durante unos segundos sobre la figura ondulante de una muchacha que cruzó el comedor y se sentó en una de las mesas más visibles. Era la figura de Mona Maris, artista argentina y estrella alemana, que acababa de poner sus pies en Hollywood.

LA LLEGADA DE MONA MARIS

Si de alguien pudo decirse que se iba a ir de un tirón hasta la gloria, a los pocos días de haber llegado a la ilustre ciudad de Hollywood, fué de Mona Maris.

Un acontecimiento inesperado desvió también esta chance formidable en el punto preciso de su solución, pero Mona Maris tuvo a Hollywood en sus manos y de entrada fué a dar en su mismo fabuloso corazón.

Cancha libre para el éxito, cancha libre para el éxito, tendida por uno de los grandes feudales de la industria cinematográfica, Joseph Schenk, que la había conocido en Alemania tras de una

labor legítimamente buena y que ahora la iba a imponer a las huestes estelares de Hollywood, con esta promesa concreta: "Yo la hago estrella pero usted deberá sostenerse". Porque hacer una estrella es fácil cuando se es un Schenk. Sostenerse es cuestión de fuerza individual. Porque, como me decía una vez Menjou, cuesta mucho menos subir que quedarse arriba.

Mona Maris había llegado a Hollywood la víspera del año nuevo e inmediatamente fué conducida a la finca de Schenk, en la frontera mejicana, donde la flor y nata de las estrellas estaba ya en la mitad de una de esas fiestas fantásticas que duran una semana.

La esbelta y ondulante muchacha argentina a quien los diarios de Los Angeles bautizaban al día siguiente con el nombre de "orgullo de las pampas", impresionó de golpe a los radiantes huéspedes de Schenk, y John Gilbert fué el primero en cruzarse al paso.

John Gilbert, el gran favorito de la pantalla, el de las veinte mil cartas implorando por su voz, el hombre de la simpatía que conquista sin querer. Y Mona Maris no le hizo caso. Y este fué un pique magnífico, porque el amor propio del hombre, francamente herido, planeó la conquista.

Nada mejor para quien iba a comenzar su carrera que lograr de entrada la popularidad que podía darle un flirteo espectacular con Gilbert, pero Mona Maris quería imponerse por sus cabaes y no le dió ninguna importancia al hecho.

A las tres de la tarde me iba a recibir en el Roosevelt Hotel de Hollywood, donde se alojaba. Y yo a la una de la tarde fui a buscar a Agnes Ayres para almorzar con ella en el restaurante Montmartre. Y Agnes Ayres, que luego me iba a llevar en su coche al lugar de la entrevista, me estaba contando en la mesa que se había enamorado de un ruso, cuando entró aquella figura ondulante a que hice referencia, y que atrajo todas las miradas femeninas. Al salir, Agnes Ayres se detuvo a conversar unas palabras con uno de los acompañantes de la desconocida. Y yo mientras tanto me quedé mirándola y creí que era Mirna Loy. Tenían una poderosa atracción simpática aquellos ojos medio triangulares que también me miraron con curiosidad. Estaba seria y parecía no divertirse mucho en aquella mesa. Y esta misma muchacha fué la que apareció a las tres en punto cuando me hice anunciar en el Roosevelt Motel. ¡Mona Maris! Creí que era usted Myrna Loy, no sé por qué. Viva la compatriota, orgullo de las pampas...

—Y yo creí que era usted el marido de Agnes Ayres...

—Gracias.

—¿Qué dicen por nuestros pagos? ¿tengo ganas de hablar en criollo?

El criollo de Mona Maris tiene un dejo de inglés, francés y alemán. No parece argentina al hablar. Buenos Aires, cuyo nombre suena tan armonioso allá lejos, fué el tema de las primeras preguntas. Buenos Aires, los tango y los amigos. Es una formidable bailarina Mona Maris.

—¡Buenos Aires!... Si, muy lindo, pero es para los hombres. Allí no hace nada una mujer. ¿Mis triunfos de Alemania?... ¡Bah, gran cosa!... También Alemania es un país para los hombres. El país de las mujeres es éste. Los Estados Unidos son el país de las mujeres...

Mona Maris dijo cuanto le dió la gana de los directores cinematográficos y de los productores alemanes. En los estudios alemanes todos los cuidados y todas las atenciones son para los hombres. A las mujeres se las desprecia. Sobran mujeres y faltan hombres. Hay que triunfar aquí, aquí es donde tienen peso los valores impuestos. Y aquí vengo con toda mi voluntad de conquista. He desechado todo cuanto se me ha ofrecido en Europa, hasta un magnífico casamiento. Yo quiero al cinematógrafo por encima de todas las cosas.

Un retrato de Marconi, con su cortés dedicatoria a la compatriota, nos mira tranquilo desde su sitio en la mesa del rincón. Desde los jardines sube un fresco perfume de flores regadas, y las cortinas blancas y vaporosas se comban en el ventanal. En el invierno californiano hay días como de opulenta primavera y a veces tardes calurosas. Mona Maris, de frente a la luz del cielo radiante, está recostada en el amplio sillón de blandos almohadones. Es una cara de expresión inteligente y voluntariosa, una impresión de jui-

(Continúa en la pág. 34)



A boina es la caracterización culminante del euskaldún — vasco —, aunque su origen, auténticamente castizo, sea dudoso, como veremos.

La palabra boina — txapel, en vasco — se deriva, según parece, del vocablo, también vasco, "boilla", redondo; lo que quiere decir que en el resto de España se la ha tenido siempre por cubrecabeza peculiar de las tierras de Vasconia.

La boina tiene una prehistoria muy cercana y su historia, al decir de algunos esforzados investigadores, arranca de la primera guerra carlista. Sin embargo, Humboldt parece ser que, en su relación de un viaje por el Pirineo vasco-navarro en 1801, se refiere a la boina cuando dice que los habitantes de Saint Jean Pied-de Port llevaban a más de pantalones y chalecos blancos, medias de igual color, chaqueta y faja rojas... "le bâton et le bonnet plat en etoffe". Es fácil que la boina fuese de uso general entre los campesinos vascos al estallar la primera guerra civil y que los carlistas se limitasen a adoptarla, para su ejército, teniendo en cuenta precisamente el que fuese esta gorra la que llevaban los primeros reclutas de las milicias del pretendiente. Todavía procuraré llevar más satisfacción al ánimo del "errikoseme", que, contemplándose en el espejo, coronado por el discreto vuelo de su boina, creese depositario y continuador de las más remotas tradiciones de la raza, conservando el uso de una prenda nacida en los albores étnicos de su estirpe.

Andrés de Poza comenta las costumbres del siglo XVI, diciendo de los campesinos vascos, que se cubren con una montera "que ni repara el sol ni el agua", lo que muy bien pudiera ser atribuido a una forma de boina primitiva por una persona que no tenía costumbre de usarla.

Creo que un croquis que tengo en mi poder, sacado de una obra del siglo XVI, puede representar la montera en cuestión, cuya estructura es, indudablemente, la misma de la boina actual, aunque haya sufrido simplificaciones en su evolución.

Y basta de historia. Antes de penetrar en el alma de la boina, echemos una ojeada a su encarnadura, más interesante de lo que a primera vista parece.

La boina no está constituida por paño ni por fieltro, como un sombrero: la boina está fabricada con punto de lana. Alguna vez, la eterna excepción de la regla, presenta el caso de una boina que no es de punto de lana, ni de tela, ni de fieltro; de una boina que es de "yesca". La boina de "yesca" despierta olor a chamusquina y parece destinada a cubrir la cabeza de un incendiario de bosques; está manufacturada por un pastor guipuzcoano a base de un "Polyporus fomentarius", que no es, ni más ni menos, que el hongo yesquero que nace en los troncos de los árboles, con una forma propicia a toda fantasía de solitario montaraz. Esta boina la poseen los nietos de Antonio Elósegui, los formidables fabricantes tolosarras, y ha padecido las consecuencias de la manía turística de llevarse pelizcos de las cosas veneradas o simplemente curiosas. Pelizcos a esculturas unas veces, a pinturas otras; a puertas, a hierros forjados... y, en esta ocasión, al "Polyporus fomentarius" de la boina silvestre.

Las vedijas danzan suavemente en un vaivén constante, hasta que, captadas por el ritmo, se dejan violar por los cilindros cardadores, que en un teje maneje van formando velos de fantásticos desposorios mecánicos. Luego surge la manta imponderable, capar del

más dulce abrigo, y de la que ha de nacer el hilo, devanado por los espiritus de viejas hilanderas, escondidas entre bielas y poleas, a las que sólo se ven los husos y los copos sin rocadere. Unos dedos finos, de acero, detienen cualquier materia extraña que trate de mixtificar la pureza de la lana.

Van surgiendo sectores apriorísticos de punto que, uniéndose unos a otros, forman un círculo plano, abierto por un radio. El disco queda cerrado y aparece el primer barrunto de boina, aún incognoscible, con su color de calceta.

to las inferiores se la apropiaban, en su prurito imitativo, los círculos selectos la abandonan. Esto es verdad casi siempre, menos en el caso de la boina, que sucede lo inverso, presentando además, por añadidura, la particularidad de que el elemento transmisor — en este caso democrático — sigue sin abandonar la boga del uso, una vez tomada y adaptada por el otro círculo social, en este caso aristocrático.

¿Por qué misteriosas razones la boina, prenda popular, ha llegado a constituir el complemento de los "sweaters",

rales, alentadas por la ebullición sanguínea del rojo progresista y renovador. Los miqueletes eran el símbolo y el banderín del liberalismo, con su remate boinil de un bermellón rutilante, de sol alegórico. Todavía se ha visto hasta hace poco recorrer los muelles del puerto y las calles de la parte vieja, hasta recalar en el Café Oriental, la boina civil de tajar, vanguardista y audaz, llena de varonil decisión, del veterano D. Jenaro Larragoyen, que al fin perdió el perfil románico de su estructura, sobria y magnífica, en el abismo de la muerte.

La boina de vuelo reducido — la "txapel-txiki" — ha sido, y es aún la boina enferma de atrofia, con su buena pulgada de expansión sobre el cerquillo, y que al ser colocada en el cliente queda la cabeza de éste aprisionada como una bellota en su cascabillo, comprimiendo las circunvoluciones encefálicas y proyectando a la expresión rasgos de un asombro pueblerino ante la más vulgar tramoya de fuegos artificiales. Expresión corriente entre muchos comerciantes de Bayona, a pesar de lo cual llevan su mercancía de un mercado a otro en un Ford o un Citroën de su evidente propiedad.

La boina aldeana está dotada de un instinto anímico parecido

al sensorio vegetal de los girasoles. El aldeano favorecido con ella puede marchar tranquilo por la trocha, delante de sus vacas, el "akullu" cruzado sobre sus espaldas. La boina descenderá hacia los ojos si el sol viene de frente; hacia la oreja derecha o izquierda, si el sol envía sus insinuaciones radiales por la derecha o por la izquierda; hacia el cogote, si los rayos huragan maliciosamente por detrás. Responde igualmente a los estímulos de la lluvia, pero en estos casos el aldeano prefiere reforzar las aptitudes de su boina con un saco embutido a modo de capirote.

Las boinas muy voladas, aunque tienen su tradición renacentista, y de guerra civil del período romántico, no poseen generalmente rango espiritual colocadas sobre la mayoría del vulgo, y, contrariamente al reflejo bobalicon y cerrado que proyecta la "txapel-txiki", la "txapel-aundi", cuando es demasiado "aundi" — grande —, envuelve todo el rostro en un aire jactancioso y retador que, al generalizarse, pierde categoría y deja de imponer, para revestirse de histrionismo. Parece como que todos los que sufren la tiranía de la boina muy grande están representando como actores, papeles de hombres decididos a todo.

El vuelo moderado es la sangre azul de la boina. Conviene que sombree el espíritu que lleva debajo para no desnudarlo públicamente sin elegancia; defenderá el cráneo cubierto por ella, con solicitud de colaboradora espiritual. Una colocación imprimiendo cierto impulso hacia adelante y uno de los lados, sin que por detrás quede tirante, dará la expresión justa de aristocracia que caracteriza a la boina de rango.

Todas las boinas — grandes, pequeñas... — que son vascas activan las actividades funcionales de sus propietarios, sobre todo las apetitivas.

Todavía podría hablar del espíritu ágil de la boina femenina; de la caracterización del tipo moral femenino por la boina y su color; de los gustos de la mujer, confidenciados por su boina...

Podría hablaros del espíritu de la boina "moskorra" — beoda —, tan característico, y que todos conocéis, puesto que no es más que un simple espíritu de vino.

¿Qué más? La boina militar. Pero la boina militar no puede tener en toda su infinita cantidad de unidades más que un solo espíritu: el militar. Además, la boina militar ya no es la boina vasca, multiforme e individualista, de un instinto regido por la moral.



Marcado de fallos y roturas, zurcidos repasadores, cosido de rebordes y, después, lo más grande y trascendental. Al unir los bordes del disco abierto queda, en el centro mismo, un agujerito magnífico, gracias al cual una obrera de manos eléctricas maravilloso zurcido que ramata con una cadenetilla, que viene a ser nada menos que toda la gracia de la boina; ese rabillo, que en vasco se llama "txurtena".

Hasta este momento de la fabricación, la boina de más discretas proporciones sólo podría servir para cubrir una cabeza semejante a la del gigante de Alzo; pero el abatanado, con el estrujamiento realizado con potentísimos puños mecánicos, en medio de una ducha incesante, convierten el tamaño desmesurado en el número de pulgadas precisas para cubrir la cabeza de un niño.

La boina entra ya en el período de aristocratización, perdiendo su auténtico color primario, con el tinte negro, azul, rojo, blanco... de sectores policromos... según las exigencias y gustos de la demanda.

El moldeador, con sus brazos fuertes de "mutil", mete los discos de madera en el gorro informe, dando su fisonomía comercial a la boina, que va quedando apilada con otras para ser sometidas al baño turco del secadero. Todavía unos cardos campestres se divierten sacándole cabellera a la boina, y cuando el pelo ha crecido convenientemente, unas "Gillettes" rotativas la afeitan de un modo maravilloso, hasta flor de tejido. El forro. Según los casos, la badana. "Finis coronat opus".

La boina tiene un singular poder de captación, tan considerable, que ha llegado a dar un mentis a cierta afirmación de Jorge Simmel.

Dice Jorge Simmel que la moda sólo ejerce influjo sobre las clases superiores de la sociedad y que, tan pronto

"pull-overs"... y a enfundar las cabezas más "sportmen" de la Costa de Plata, entre Deva y Biarritz?

La boina ha tenido y tiene un enorme poder espiritual, absorbiendo a veces la substancia de su poseedor; ejemplo: la boina de don Carlos. Esta boina

absorbía toda la realza hipotética de su personaje, venciendo la arquitectura espectacular del pretendiente. Ni el pecho en arco toral; ni las barbas abundosas, cayendo en Niágara romántico; ni el sable imponente, de guarda monumental; ni tampoco el alano extendido como cancerbero legendaro a sus pies, decían lo suficiente, hasta que la boina elegantemente ajustada, con su vuelo avanzando sobre el lado izquierdo de la frente, daba el toque de gracia panóptica a la figura eje de la causa.

En cambio, esta misma boina, sola

sobre una mesa, abandonada por don Carlos, mientras "la evacuación" de un asunto le requería, imponía su realza al primer ayudante que penetraba en la habitación, al parecer vacía, haciéndole cuadrarse militarmente, hasta que de nuevo don Carlos, al lado de su boina, reasumía la íntegra majestad.

La boina del general Lizarraga poseía también la personalidad transfusa del milite carlista. Tenía su espíritu, no copioso ciertamente, pero que daba a su expresión aquel aire desaliñado — baldana — con el cerquillo hacia afuera, que caracterizaba al general.

La boina del cura Santa Cruz tenía un espíritu poseso; aleación maléfica de acratismo y clericalismo; de pelo hirsuto, cardado; de personaje de "El Motín". Era una boina sin elegancia, antitética de la de don Carlos y sin la flojedad de la de Lizarraga; era un bonete conformado en el disco de la horma boinil. Perdió la esencia del bonete y no ganó la de la boina.

Si las boinas carlistas tenían su alma, también la poseían las boinas libe-

TARACEAS PSICOLOGIA DE LA BOINA

LA BOINA, PRENDA VASCA
NACIMIENTO, CRECIMIENTO,
PLENITUD
PSICOLOGIA DE LA BOINA

TEXTO
Y DIBUJO
DE
ANTEQUERA
AZPIRI

(Para LA NACION)
SAN SEBASTIAN, julio de 1929.

LA MASCARA DE VICTOR BOUCHER



MAGINABA a Victor Boucher, antes de verlo, a la medida de su fama parisiense. Sabía, como sabíamos desde acá todos los que lo conocíamos a la distancia, a través de crónicas y referencias, que es el actor típica y finamente característico del boulevard. Sabía que es hoy, tal vez, y sin tal vez, el comediante frívolo que más alto se cotiza y más halagadamente se comenta. Sabía que, en su género, ningún otro teatro se llena como el suyo, ni ningún otro intérprete mantiene al público en una tan rendida tensión de sonrisa. En un espectáculo semejante sólo otro actor ha tenido una fortuna comparable a la suya: Sacha Guitry. Pero a las malas lenguas, y hasta a las inofensivas, les ha dado hoy por decir que, si no tuviera a su lado a su encantadora compañera, en las tablas y en la vida, que es Ivonne Printemps, no tendría la décima parte de sus auditorios desbordantes y entusiastas. Quizá a breve plazo pueda comprobarse con la experiencia hasta dónde esto es verdad, si es que se cumple el vigésimo anuncio de su separación, que hoy se propaga con más insistencia que nunca. En cambio, Boucher jamás ha necesitado, para atraer a todo París y a la caravana extranjera que por París desfila, nada más que de sí mismo, ni nadie ha atribuido su éxito a otra cosa que al medido regocijo de su figura escénica. Con actriz de cartel o sin ella, con conjuntos excelentes o con medianos, con estrenos de éxito o con piezas ya mil veces representadas, Boucher es, de diez años a esta parte, el comediante de la ciudad. Y ante la aureola que lo rodea, cuyo resplandor llegó hasta aquí mucho antes que el intérprete, agigantada por las mil lenguas del Atlántico, por fuerza tenía que imaginario a tono con la urbe rutilante que noche a noche lo celebra. Y, sin mucho esfuerzo, lo imaginé, deduciéndolo por su género y por su público, esbelto y flexible como un "chansonnier", decorativo como un galán de Jacques Deval, elegante como un dibujo de Fabiano, juvenil y vibrante como un Chevalier, apenas un poco aplacado por el ritmo, más contenido, de la comedia; brillante y mundano como el alma de la ciudad que lo eligió ídolo.

◆◆◆
Cuando una noche, la noche que llegó a Buenos Aires, a bordo del barco que lo trajo, lo veo por vez primera. Iba buscándolo entre el pasaje, en la aglomeración de los salones, a lo largo de los corredores, preguntando a un oficial, a un camarero, a algún amigo casualmente encontrado, si no habían visto a Victor Boucher. Tratando de identificarlo por presentimiento, esperaba verlo surgir con el amplio sobretodo de viaje, esos sobretodos que parece que vinieran inflados con el aire de la travesía, alegre y sonriente a las puertas de la ciudad que lo espera, desbordando optimismo y halago de vivir, como todos los conquistadores de triunfos fáciles. Y ese tipo que llevaba clavado en la retina iba buscando, cuando uno de los que me acompañaban me dice, tomándome del brazo:

—Ahí viene Boucher.

Y como lo miraba sin verlo, porque no creía que fuera el que estaba viendo, mi amigo me repite:

—Es él. Es ese que viene ahí caminando. ¿Le extraña? ¿Se lo había imaginado de otra manera? Yo también lo había imaginado muy distinto.

Y desde el fondo de un corredor, muy enjuto y como apretado por las

paredes de esos corredores de barco, que parecen tubos para escurrir personas, de estatura menos que mediana, con el mentón hacia arriba para parecer más alto, un chambergo desorganizado en la punta de la cabeza, un sobretodo sin importancia al brazo, un bigote cortado en cepillo, unos ojos pequeños y movedizos, una cara que parece no tener músculos faciales y

to. Y mi sorpresa creció de punto cuando lo vi salir al escenario del Maipo para hacer "Les vignes du seigneur", tal cual lo había visto desembarcar en Buenos Aires; y aumentó más todavía cuando los que lo han visto trabajar en París me dijeron que siempre salía así a escena, y cuando fué apareciendo, exactamente igual, en "Vient de paraître", y en "Si je voulais..." y en "L'ane

me, ábrete", lo va acompañando a su paso, siempre afortunado, por las tablas?



También en París se han preguntado los críticos en qué radica ese éxito sorprendente, y también les ha sido difícil concretar su respuesta. Buscando explicarlo por comparación, han puesto al lado la comicidad de Chaplin y la gracia de Boucher, y los han parangonado como dos hermanos en el arte de la risa, que van siguiendo líneas paralelas, en el cinematógrafo el uno, en el teatro el otro, como dos hombres que hubieran descubierto un nuevo sentido de lo cómico. Os doy la pequeña desilusión de decirles que Chaplin es el intérprete con quien más frecuentemente los críticos de Francia han comparado a Boucher, el patrón que todos han elegido cuando se han abocado a la tarea de tomarle las medidas a su arte. Y digo desilusión, porque todos creen que han hecho el descubrimiento. Yo he hablado con más de dos docenas de personas que, como síntesis más elocuente de su impresión, me han dicho:

—¡Qué parecido a Chaplin!

Y como es una debilidad muy humana la de descubridor, se han quedado un poco tristes cuando les he contado que ya se lo han dicho todos los críticos parisienses. Y no puede negarse que hay un grande, un estrechísimo parecido. Sin necesidad de rebuscarlo, ha salido espontáneo de las plumas de los cronistas, como ha salido de los labios de los espectadores del Maipo. Todos esos movimientos de resorte, de las cejas, de la boca, de la mirada, que va hacia un lado y otro como si le tiraran de una cuerda, únicos y depuradísimo medios con que Boucher expresa su cómica contrariedad, son los mismos de Chaplin, moviendo la nariz y los ojos, como si los rigiera un mecanismo distinto al de todos los otros mortales. En lugar de la galerita en la punta de la cabeza, el rancho de paja cortando, en vertical, la fisonomía pintoresca; y para que no falte nada, los mismos tropezones frecuentes y la misma dada vuelta enojada, hacen de Victor Boucher un Chaplin de la escena, al que sólo faltan los pies de convoy ferroviario, tal vez porque, llevados a un próscenio, tropezarían con las candilejas.

Otra persona me ha insinuado su parecido con Max Linder, que también se lo han dicho, aunque con menos insistencia, con ser producto nacional, los diarios franceses. Pero aquí, por más que busco la semejanza, ya me cuesta más hallarla. Max Linder fué un cómico más decorativo y mucho menos sobrio. Los éxitos de Max Linder estribaban en el brillo de la galera, en la movilidad de los ojos y en el juego constante de la sonrisa. Sonreía mucho más que Boucher, miraba mucho más diversamente y, sobre todo, tenía una serie de recursos cómicos, eficaces, pero no siempre vigilantes, a los que Boucher, como Chaplin, jamás acude. Boucher es un perfecto Chaplin; un Chaplin con la voz suave, medrosa, un poco infantil, como debe ser la voz de Chaplin, como parece llegarnos en su gracia velada de tristeza a través de la pantalla muda.

Y si todavía quisierais saber en qué radica el poder sorprendente de su máscara escénica, sólo podría decirles: en lo que radica el de la máscara portentosa de Chaplin. Pero explicar esto sería ya entrar en un tema demasiado vasto. Sería pretender explicar el nuevo resorte que hoy mueve la risa del mundo.



VICTOR BOUCHER

una cintura que parece tener a su alrededor un corsé de cadete, así veo por vez primera a Victor Boucher, a quien tantas veces había imaginado en alas de su fama. Y reflexiono que si no me hubieran dicho quién era, si no me lo hubiesen mostrado con evidencia tan indudable, yendo a buscarlo como iba, lo habría dejado pasar a mi lado, sin mirarlo mayormente, y hubiera dicho para mí, con esa costumbre de definir a las personas por su físico que todos tenemos un poco: "Un empleado de confianza de alguna casa de comercio francesa que viene a inspeccionar su sucursal en Buenos Aires".

Y después de verlo, conocerlo y conversar un rato con él, y darme cuenta de que en la palabra y hasta en algunos momentos en la chispa de los ojos y en la inteligencia de la sonrisa contraria había evidentemente algo, supuse que para triunfar, con ese entusiasmo y esa unanimidad en las tablas, el secreto de su arte radicaría en la perfección y en la elocuencia pintoresca de sus caracterizaciones, que serían en cada obra la máscara renovada de su éxito.

de Buridan" y en todas las que después se fueron representando. Y he encontrado esta curiosa coincidencia en todos los que, como yo, lo veían por vez primera, y que al transmitirles mi impresión me han contestado todos con la misma frase:

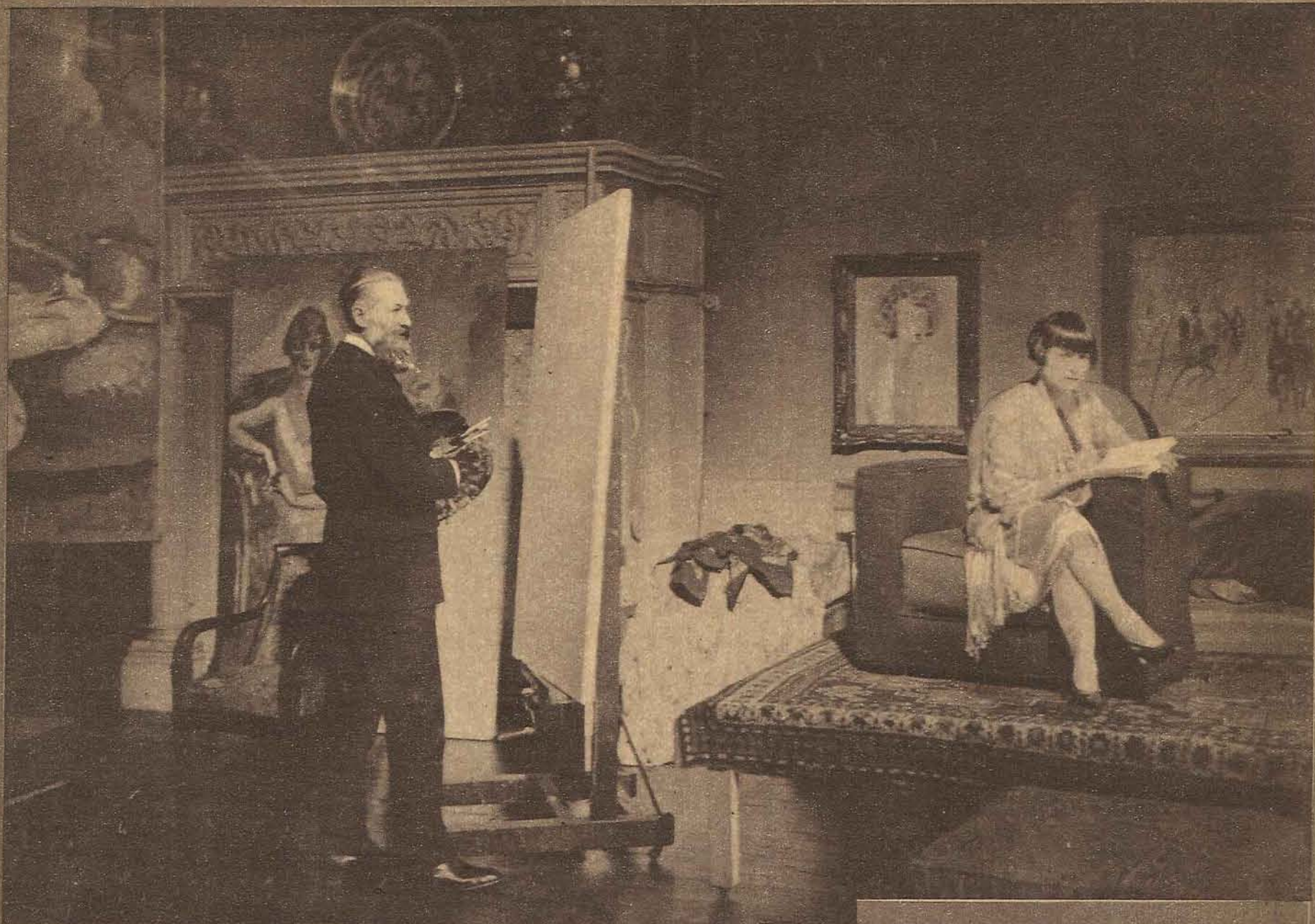
—Yo también me lo imaginaba completamente distinto.

Y, sin embargo, Victor Boucher se ha impuesto a nuestro público con la misma facilidad con que triunfa en sus noches propicias de París. Se ha impuesto desde que pisó el escenario del Maipo. Se ha impuesto con sólo aparecer en escena, con su bigotito de cepillo, su rigidez facial, su seriedad inalterable ante todos los contratiempos y todas las "gaffes", sus brazos revolviendo como aspas de molino, y su simpática incontinentemente comunicativa, como un chiste que se va transmitiendo en rueda. Ha triunfado, sin ningún género de dudas, y es tal vez el actor francés que, de varios años a esta parte,

ha tenido en Buenos Aires un éxito más rápido y más fácil. Pero, en definitiva, ¿cuál es la palanca poderosa, infalible palanca que, como un "Césa-



OCTAVIO RAMIREZ



Maud Loty, la extrañísima artista que nuestro público conoció el año pasado, haciéndose retratar por Van Dongen. La artista más excéntrica y el pintor de moda aparecen así juntos, como juntos se comentan en el cuadro al exhibirse a la curiosidad de París

KODAK TEATRAL

Simón Gantillón, el autor que se reveló a la fama del mundo con "Mayá", y de quien acaba de darse a conocer entre nosotros su última producción, "De parts", que se hermana con la primera en el tono lírico de su prosa y en el poder de ilusión que infiltra



Entre las actrices jóvenes que despuntan en el teatro nacional, Carmen Valdez, que trabaja como primera dama joven del Buenos Aires, acusa muy apropiadas y muy gratas condiciones para el género que cultiva, y es en el sainete urbano la típica y sensible muchacha de arrabal, y en la pieza campera la "chinita" de ojos negros y piel tostada al aire libre y pleno sol



María Ester Pomar, con un traje de baño sobre tierra firme, que ha vuelto, después de larga ausencia, a hacer temporada en Buenos Aires, constituyendo en el escenario del Cómic la nota de atracción visual

EL AMBIENTE DEL HOGAR



A casa familiar, es decir, nuestro hogar, sólo merece ese nombre casi simbólico cuando nos proporciona el ambiente de cálida y dulce quietud indispensable a la renovación de nuestras fuerzas físicas y morales, éstas aun más importantes, disminuidas por las fatigas de la vida diaria.

Ese ambiente se consigue cuando nuestras exigencias de confort son satisfechas en conformidad con el arte que reclama nuestra cultura; el hogar se vuelve realmente atractivo sólo cuando cada una de estas condiciones se halla bien equilibrada en relación con la otra, es decir, cuando las comodidades no han sido sacrificadas a un mayor ambiente artístico o viceversa.

La única fórmula artística que procura verdaderamente ese equilibrio nos la proporciona el arte moderno, siendo esta la razón que ha hecho abandonar los estilos clásicos: Estos, hoy día, no se conforman con las necesidades de la vida moderna, no habiendo sido creados para ella, y aunque la belleza de sus líneas continúan inspirándonos admiración, el arte moderno, al ofrecernos creaciones igualmente hermosas, hace que la estética de estos antiguos estilos no constituya una cualidad suficiente para que sigamos empleándolos si nos niega las comodidades que necesitamos.

Si consultamos la historia del arte, podemos ver que siglo tras siglo ha triunfado este argumento, y que cada época empleó una fórmula artística adecuada a sus costumbres y a su sensibilidad, rechazando las de épocas anteriores, por bellas que fueren, para hallar otra nueva, que no por ser distinta hubiera de ser inferior, formándose así una sucesión de estilos que pudiéramos comparar con los eslabones de una cadena ideal. Por primera vez se interrumpe esa cadena en el siglo pasado, bastando para eso tan sólo algunos años de flojeza en la creación artística.

Resultando mucho más fácil copiar que inventar, implantóse en seguida una rutina tan poderosa, que fué necesario el violento esfuerzo de valientes artistas creadores para volver al arte decorativo a su ruta normal, hacia adelante y no hacia atrás. Actualmente, esos esfuerzos han sido recompensados y el arte decorativo moderno ha conquistado el puesto que merece: el primero.

Empero, no hay que creer que basta con comprar dos o tres muebles de tendencias modernistas y reemplazar las guirnalda Luis XVI por dibujos geométricos para que el hogar se vuelva inmediatamente encantador. Dar confort y encanto al hogar parece fácil, más aun si se dispone de dinero y, no obstante, es una tarea para la que se precisan ciencia de los recursos decorativos, mucha lógica y sutileza y, naturalmente... buen gusto.

Decorar y amueblar una casa o un departamento es tratar de resolver un problema cuyas bases difieren según el local y las actividades particulares de los ocupantes. Con diferencias más o menos acentuadas en el modo de vivir, todas las personas reclaman un confort idéntico, ya vivan en una amplia mansión, ya en un departamento, confort éste que se puede proporcionar fácilmente sabiendo combinar la decoración de la casa con la superficie de ésta.

Las piezas de que se compone un hogar se pueden dividir en tres categorías: primeramente las de recepción, que pueden ser el "hall", las salas, salitas y comedores; en segundo término, donde se desarrolla nues-

tra vida íntima: los dormitorios, los cuartos de baño, etc., y, finalmente, las reservadas a los quehaceres domésticos: despensa, cocina, piezas para el servicio, etc.

Si se vive en una mansión de muchas piezas y de amplias dimensiones, es indicado dar a cada pieza un carácter bien determinado para evitar la monotonía, especialmente en la parte reservada para la recepción. En esas condiciones, se-

corar cada una de las salitas para un fin determinado, aumentando así su encanto: una para servir de marco a una colección de porcelanas antiguas, de abanicos u otros objetos de arte; otra para escuchar música o para jugar al "bridge", etc. Según el gusto de cada uno, se podrán realizar así bonitas y delicadas fantasías. En el comedor, las pinturas decorativas, los grandes espejos o cualquier otro recurso, como los

to de baño. Los materiales prácticos y a la vez decorativos—mármoles, mosaicos, etcétera—, permiten decorarlo con arte. Adjunto a éste estará el cuarto de vestir, pieza indispensable a toda persona elegante para poder vestirse con comodidad. Amueblada con amplios roperos y espejos, iluminada con ciencia, esta pieza permite vestirse a cualquier hora del día sin desordenar el dormitorio y ahorrando desagradables

confort y una elegancia equivalentes. Para eso, como es natural, se han valido de medios completamente opuestos a los que dejo expresados.

Cuando el vestíbulo, la sala, la salita y el comedor son piezas de escasas dimensiones, para procurar al interior una elegancia imposible de proporcionar en esas medidas, se las reúne en una sola, decorándolas en un mismo tono y de un modo uniforme, demoliendo los tabiques entre la sala y la salita si la construcción lo permite, suprimiendo las puertas y reemplazándolas por cortinados o biombo, fáciles de correr cuando se lo desea, pero que no marcando límites entre cada pieza, anulan la impresión de tristeza que puede dar una pieza demasiado chica, permitiendo a la vista abarcar una mayor perspectiva.

El amueblamiento del amplio "living-room" así obtenido permitirá reunirse en ese ambiente, con agrado. Por el inteligente agrupamiento de las butacas, del diván, de la mesita en un rincón que resultará especialmente grato para la conversación o la lectura, por la buena ubicación de un cómodo escritorio y de una biblioteca, de un piano en otro rincón, etc., se obtendrán todas las comodidades deseadas, tanto para una recepción como para satisfacer las necesidades de la vida diaria. El comedor, cuando fuere menester, será fácil de separar del resto de la pieza, corriendo los cortinados, formando el resto del tiempo, parte del conjunto por su decoración.

En los dormitorios se observará un espíritu decorativo de la misma índole, asemejando los más bien a salitas íntimas, que al antiguo concepto con sus pesados muebles, que tomando todo el lugar disponible permitían servirse de esta pieza únicamente para vestirse y dormir. Al contrario: reemplazando las camas por divanes, mil veces más prácticos, trasladando los roperos al cuarto de vestir, sólo se conservarán muebles pequeños, sin carácter demasiado marcado, que permitan disfrutar mejor de dicha pieza y sacándole su carácter demasiado íntimo.

El cuarto de vestir generalmente es una pieza diminuta, pero por lo bien estudiado y la práctica ubicación de los armarios, espejos, etc., reúne todas las comodidades necesarias para hacer esta pieza indispensable.

Esta solución ha encontrado general aceptación, porque en la práctica ofrece innegables ventajas sobre la concepción antigua.

Finalmente, el esmero en el amueblamiento de las partes reservadas a los quehaceres domésticos darán el último toque necesario para la formación de un hogar realmente moderno y confortable. Muchos decoradores se han preocupado no sólo de mejorar los artefactos de cocina, desde el punto de vista práctico, sino también de dar a estas fastidiosas y humildes tareas inseparables de nuestra vida un marco más agradable que aquel a que estamos acostumbrados, al mismo tiempo que facilitan la observancia de una estricta e indispensable higiene. Valiéndose de medios muy simples, apropiados al uso del local, han llegado a realizar creaciones que no sólo ofrecen mayores comodidades, sino también que han realizado un aspecto mucho más atractivo que el acostumbrado.

Observando, pues, tanto en los mayores detalles como en los más ínfimos, el mismo espíritu de lógica y de simplicidad, el hogar nos proporciona el ambiente deseado, ya sea lujoso o modesto.



ría un error decorar el "hall" de una manera semejante a la sala. El "hall" debe guardar su carácter, que es el de marcar una transición entre ésta y el vestíbulo, empleando materiales nobles pero simples. La sobriedad de éste realzará, para el visitante, aun más el lujoso refinamiento derrochado en la sala; en ésta, los muebles de líneas estudiadas, de preciosos y discretos detalles, los armoniosos matices de las paredes, de las alfombras, de los cortinados, todo el arte discreto que caracteriza el buen gusto, se desplegará, sin caer en una ostentación de riqueza que siempre revela una vulgar pretensión.

Interesante proyecto de "living-room", obtenido mediante la supresión de tabiques y puertas

revestimientos en maderas, podrán ser empleados para dar a esa pieza el noble carácter adecuado a los acontecimientos mundanos que suelen ser las comidas.

Pero no se concibe un interior verdaderamente elegante si sólo se han decorado las piezas más visibles, desdénando las más íntimas, como ser: el cuar-

trayectos entre éste y el baño.

El dormitorio se puede amueblar con más finura, asemejándose a un "boudoir" una vez suprimido el monumental y anticuado ropero, reemplazándolo por muebles elegantes y livianos, que nos proporcionarán mayores comodidades.

Esta manera de decorar que conviene a personas que mantienen numerosos sirvientes y un lujo adecuado, no daría buen resultado en un departamento de proporciones más reducidas. En París, donde los locales de pequeñas dimensiones forman la mayoría, lo mismo que en Buenos Aires y en todas las grandes ciudades modernas, los decoradores se han preocupado especialmente en propor-

TEXTO Y DIBUJO DE
DORA
MARKOVICH
VOISIN



Estrellas de
la pantalla en la
intimidad

DOROTHY
SEBASTIAN,
en el salón de
música de su resi-
dencia particular.



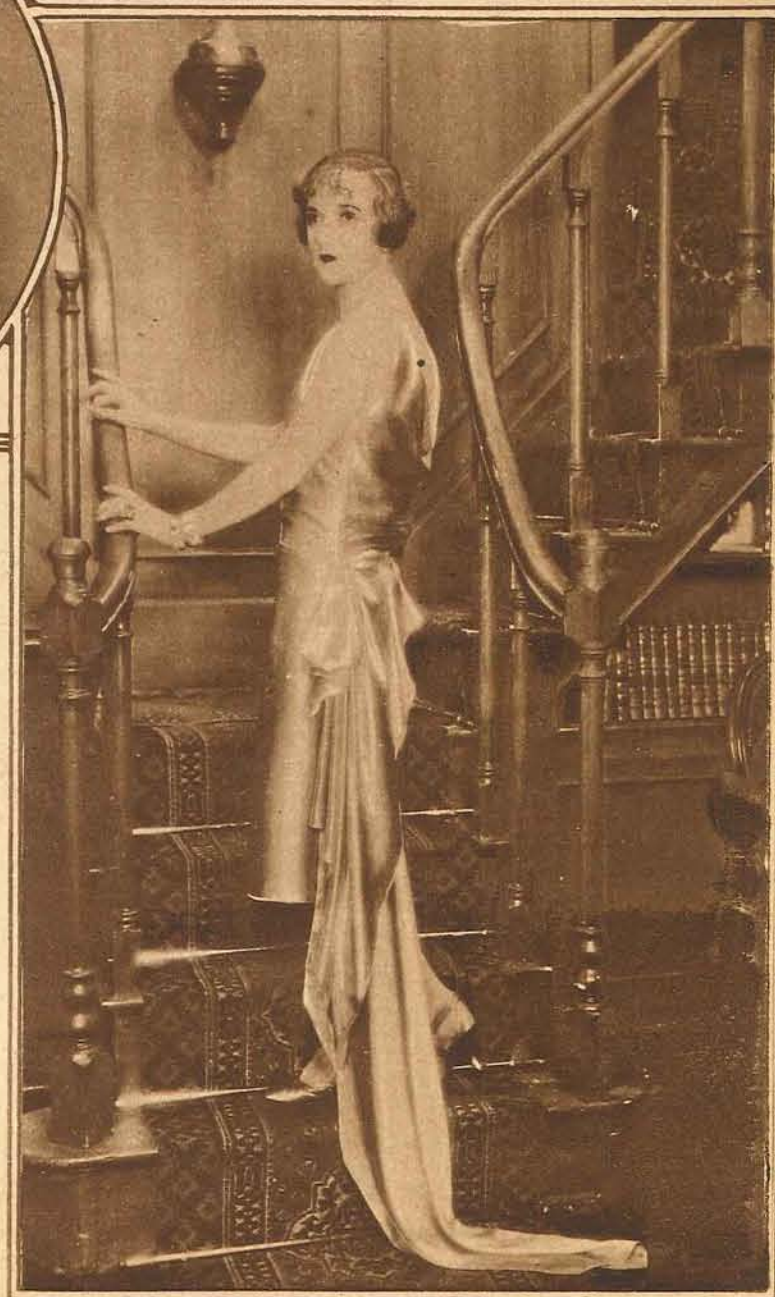
Otro rincón de la
moderna casa de
la estrella.



CORINNE GRIFFITH y
su hábil cocinera, poco an-
tes de la hora del almuerzo.



Otro de los fieles e in-
separables compañeros
de Corinne, fotografiado
con la celebrada ar-
tista en la magnífica
residencia de ésta



CONSTANCE TALMADGE luciendo un riquísimo
traje, en un rincón de la biblioteca de su hogar.



Equipo de la Liga Cultural de Santiago del Estero, que venció por 6 goals a 2 al cuadro de la Federación Añatuyense. De izquierda a derecha: Abel Soria (Unión), José B. Trejo (Unión), Gaspar Saavedra (Santiago), Ramón Barraza (Sarmiento), José Luis Álvarez (Unión), Cornelio Caro (Santiago), Mariano Beltrán (Santiago), Arturo Dorado (Santiago), Ángel Medina (Mitre), Luis Díaz (Unión), Dalmacio B. Ruiz (Santiago), capitán, y el linesman.



De los partidos
preliminares del campeonato
argentino de football

Team de la Liga Bellvillense que ganó a la Liga Regional Marcosjuarensis por 3 tantos a 2. De pie, de izquierda a derecha: A. Bunzli, presidente de la Liga; L. Olondriz, J. Fornasari, L. Ferreira, M. Bello, B. Declercq, B. Dondío, P. Batelino, linesman; de rodillas: C. Pezzoni, masajista; L. R. Polo, capitán; P. O'Neill, E. Peralta, C. O'Neill y R. Sánchez.



Asociación de Tres Arroyos, vencedor por 5 a 0 en el match con Asociación de Pringles. Sentados de izquierda a derecha: L. Sequeira, A. Rodríguez, N. Casabal, E. Gourdin y M. Moreno; de pie, de izquierda a derecha: A. Alessandro, linesman; S. Martínez, A. Quantín, S. Parque, L. Kulsu, A. Portillo y M. Gastañaga.



Federación Amateurs Platense que venció mediante 1 goal a 0 en el partido disputado contra Liga Quilmeña. De izquierda a derecha, de pie: M. Souza, A. Ruiz, L. Fernández, A. Martinetto, E. Gallo, L. Durquet; en primer término: Bottes, Gallego, A. Saibene, J. Delioti y A. Gamoy.



Al tomar su desayuno, Laura La Plante experimenta una desagradable sorpresa.



En las playas norteamericanas: ejercicios previos al baño de mar.

Tabón
TINKAL



SUAVIZA Y EMBELLECE EL CUTIS



He aquí una forma de reflejar distinción...

Presentar hoy las "EXPRESS" en cualquiera de las circunstancias en que se prestan a ser servidas, es un signo inequívoco de distinción. Pero son algo más: son un motivo seguro para provocar en todo comensal una expresión sincera de franco halago.



Haga servir la mesa con las deliciosas "EXPRESS" y con pan.
¡Ya verá como los comensales renuncian al pan!...

Modos de servir las "EXPRESS"

En sandwiches: de caviar, fiambres en general, queso o pasta de jamón, de anchoas, etc., etc.

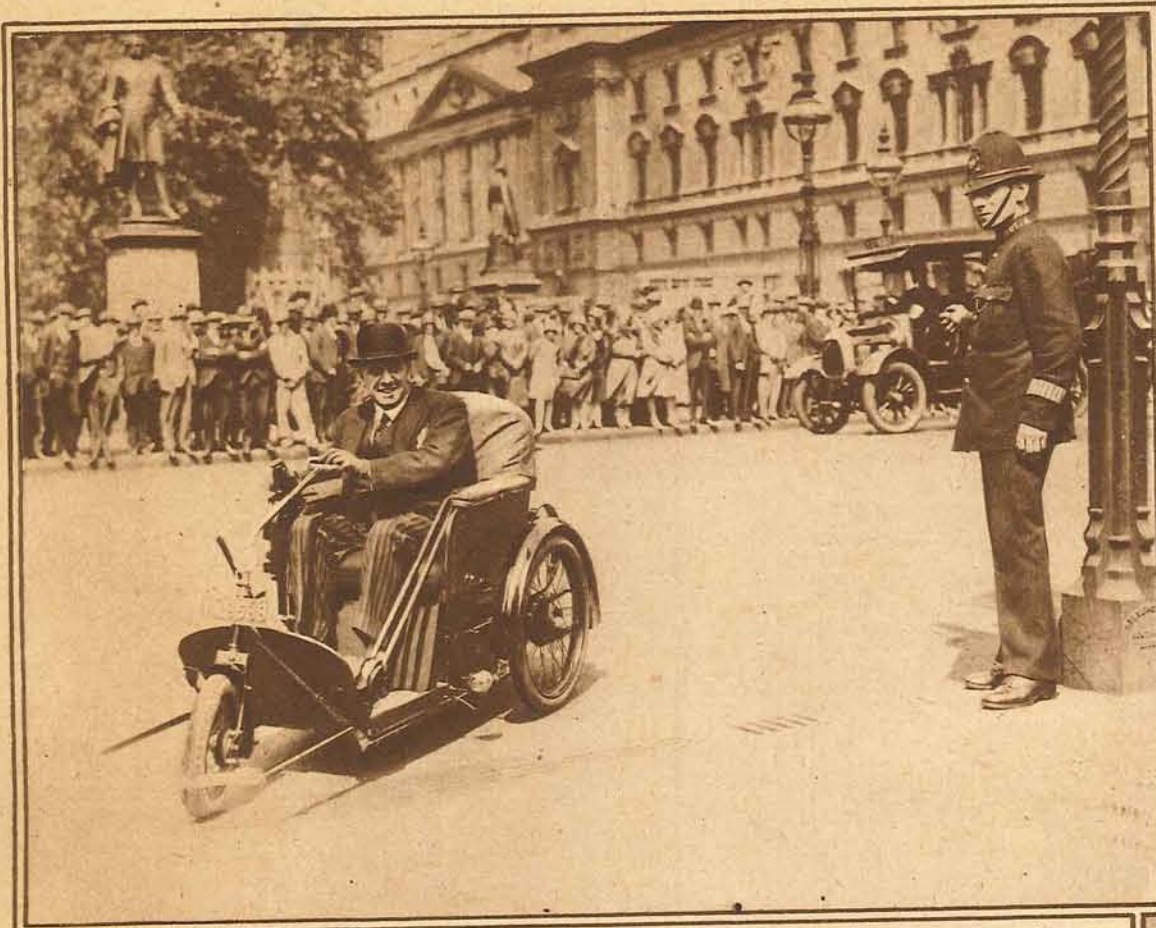
Para el desayuno o el te: solas o con mermelada y dulces en general.

Para el aperitivo: solas o con queso.

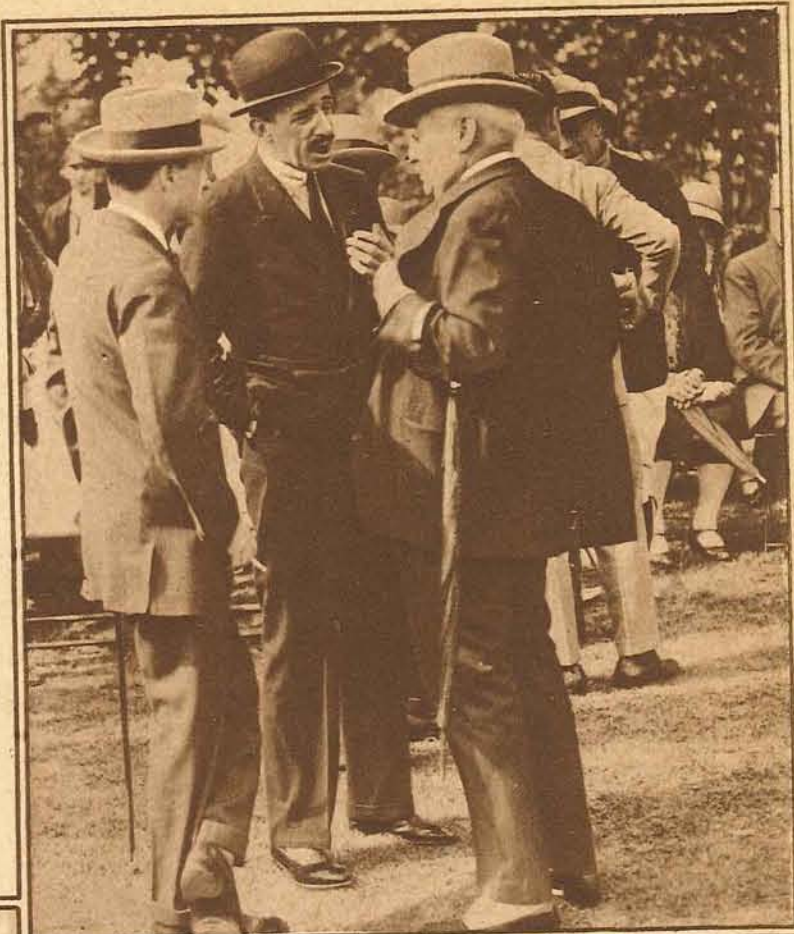
En la mesa: con caldo, solas o con queso, entre plato y plato.

Galletitas **"Express"**

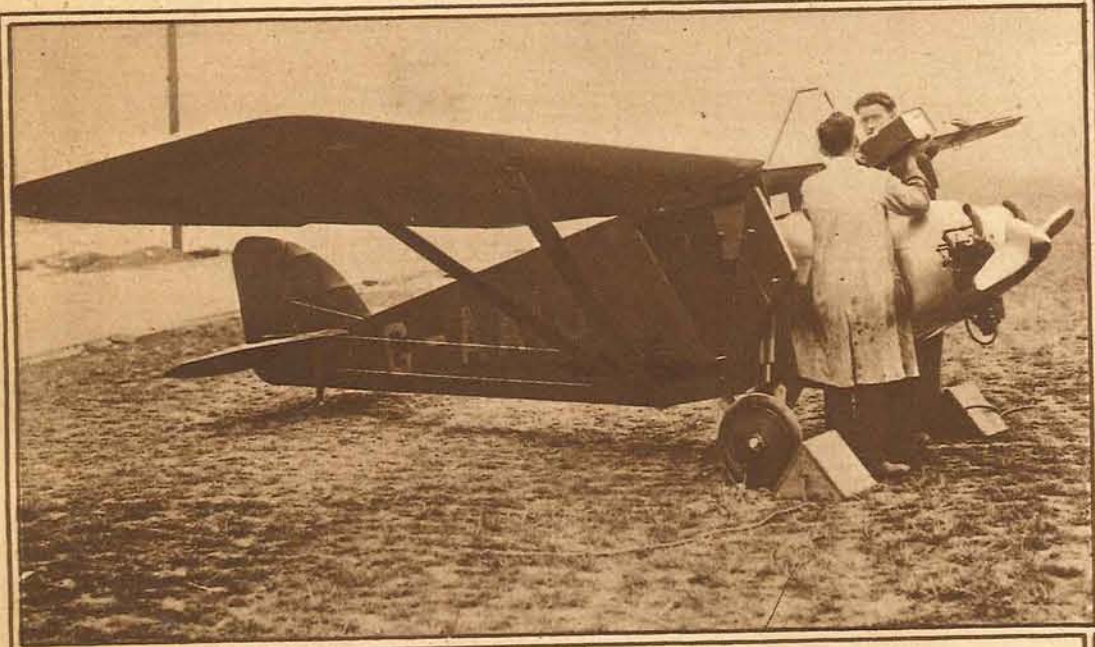
ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI



El mayor Cohen, miembro del parlamento británico, llegando a la Cámara en su silla con propulsión eléctrica, mientras el agente detiene el tráfico. El mayor Cohen perdió ambas piernas en la guerra.



En el Roehampton Club de Londres. El rey de España y don Benito Villanueva departiendo durante el intervalo de un partido de polo.



El aeroplano más pequeño del mundo, construido en Walton, sobre el Támesis, realizó recientemente y con todo éxito un vuelo de ensayo. Pesa solamente 200 kilogramos y fué vendido en 395 libras esterlinas. Aquí aparece en el aeródromo de Heaton.



LA FALDA. La señora Josefa Bouquet Roldán de Figueroa Alcorta, madrina de confirmación de las trillizas Fe, Esperanza y Caridad Marcos.



LAS INCLEMENCIAS
DEL TIEMPO NO
HARAN MELLA
EN SU DELICADO CUTIS

si lo cuida con Crema Glenz.

Unos minutos de aplicación, al empezar el día o antes de salir a la calle, serán suficientes para proteger su cutis, cuello y brazos contra los rigores del clima, cambios bruscos de temperatura y los peligros de paspaduras y congestiones faciales.

Como base de adherencia para polvos de tocador, es maravillosa.

Tratamiento natural de embellecimiento femenino, la Crema Glenz tonifica los tejidos de la tez, y concede al cutis la suave y deslumbrante hermosura que tanto encanto agrega a la mujer.

Ensaye usted la Crema Glenz y convéncase de su superioridad.

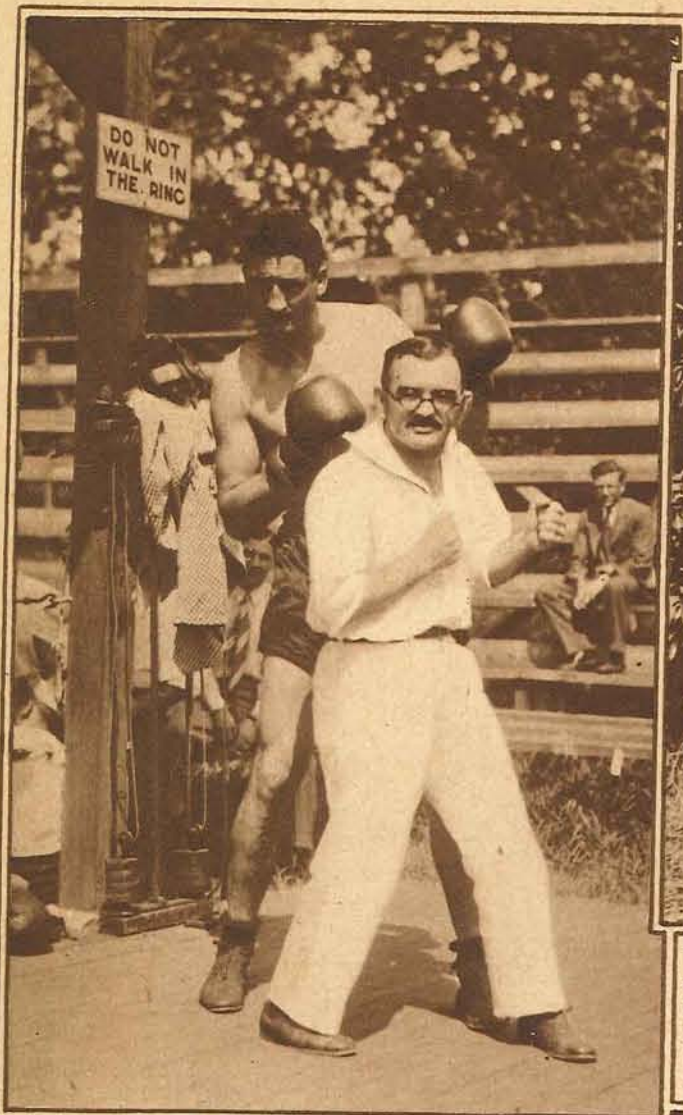
Precio en la Capital..... \$ 2.20
Frascos de ensayo..... 0.30

CREMA GLENZ
EL SECRETO DE LA BELLEZA

Únicos concesionarios: JORGE GLENZ & Cia. - Lavalle, 1667 - Bs. Aires



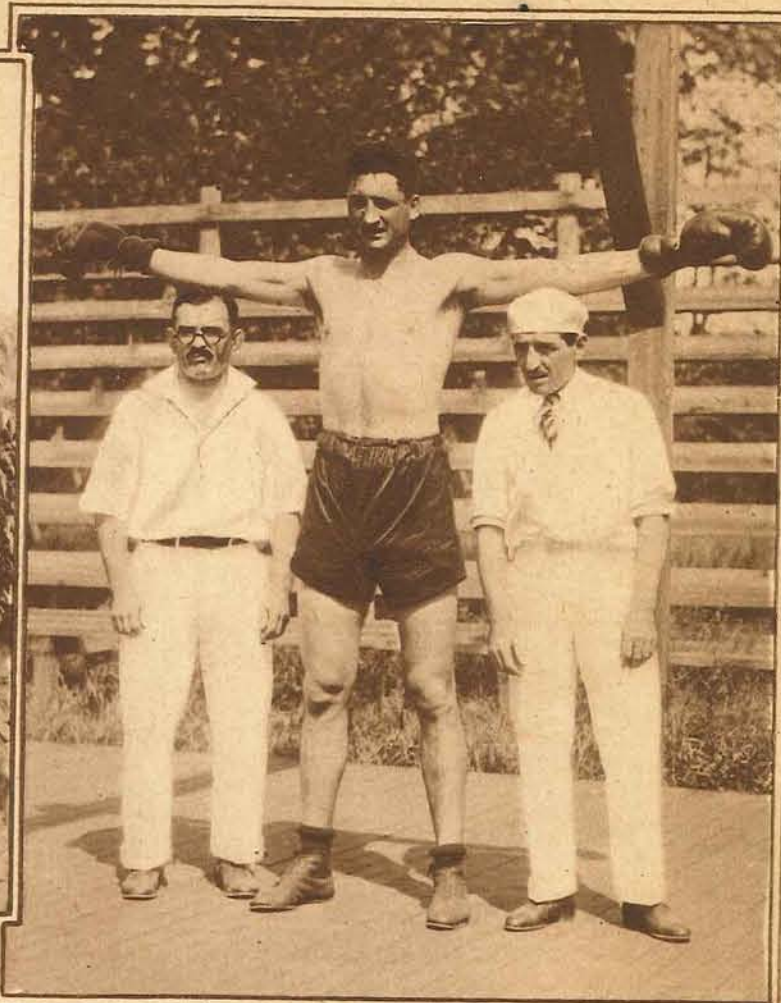
Un terceto interesante en el meeting automovilístico de Touquet, Francia.



Victorio Cámpolo, en Estados Unidos, realizando ejercicios bajo la dirección de Gustavo Lenevé, que lo acompaña.



Cámpolo autentifica su origen con la vestimenta tradicional.



Una demostración evidente de la talla gigantesca del boxeador argentino.



La naturaleza y la fotografía artística. Dos pichones de garza, a la expectativa...



Miss J. D. Squirrell, estrella femenina de los courts británicos.



Las manos que usan JABÓN HENO DE PRAVIA

adquieren finura y suavidad.
Al verlas junto a las flores,
no se sabe, a veces, cuándo la
rosa empieza a ser mano y
cuándo la mano deja de ser rosa.

\$ 0.70

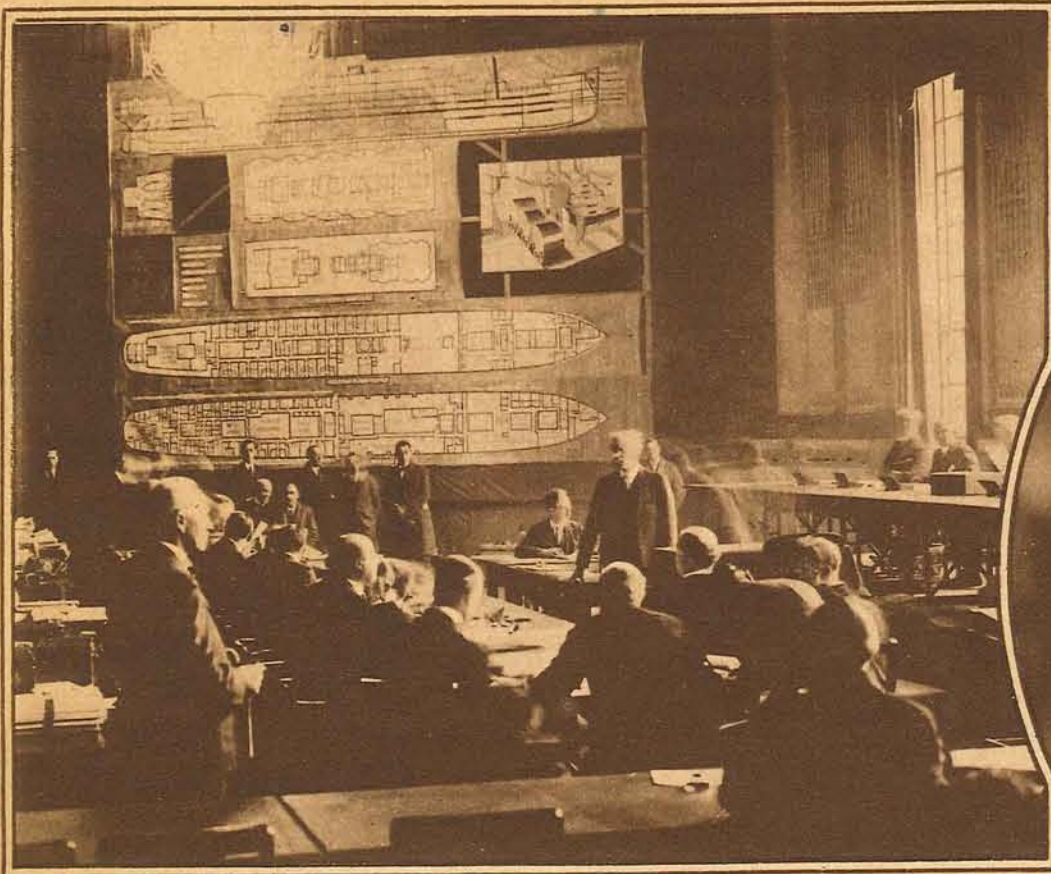
en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. - Buenos Aires.

Proveedores de S. S. M. M. los Reyes de España.

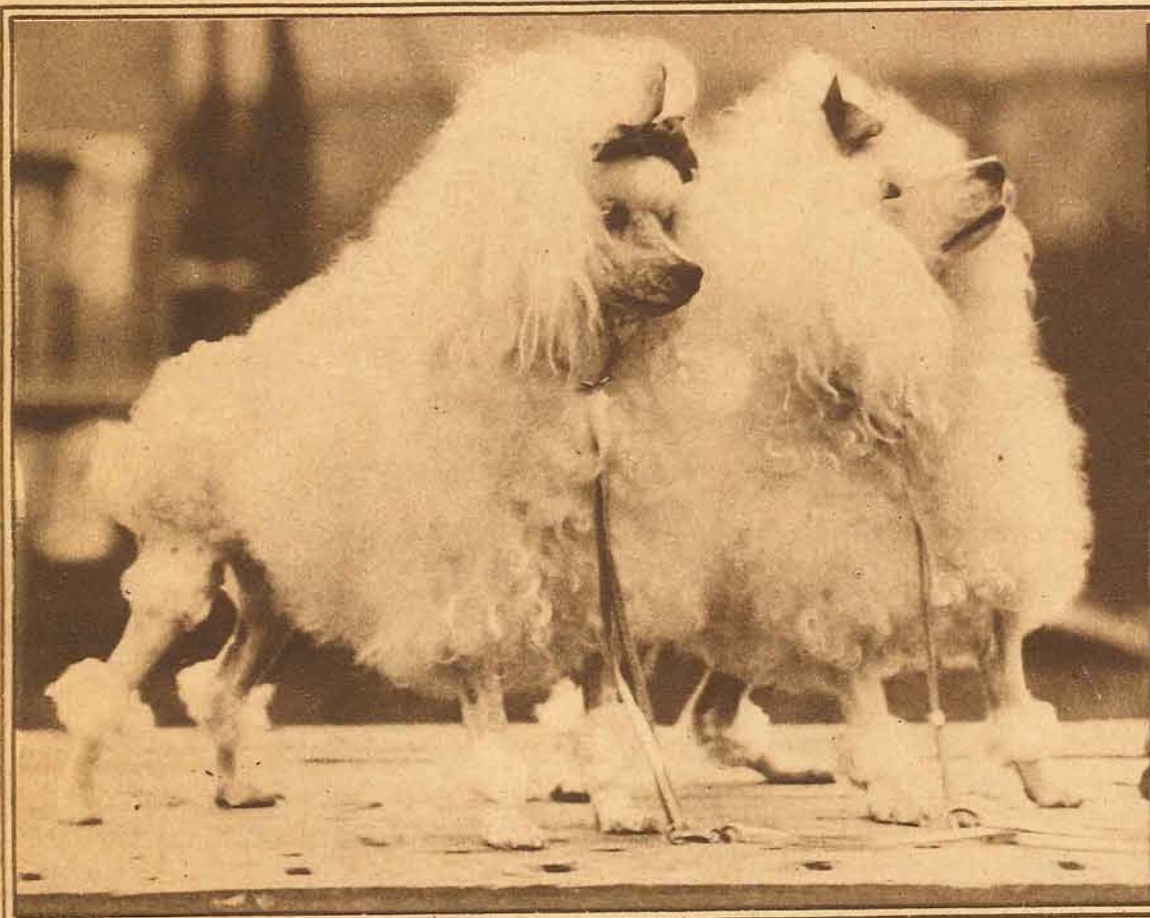




El tribunal encargado de la investigación relacionada con el hundimiento del Vestris, durante sus últimas reuniones en Londres.



La naturaleza y la fotografía artística. Una expresión de fiera sorpresa por el objetivo.



"Kasha" y "Chiffonelle", dos hermosos ejemplares que en la exposición canina de Windsor obtuvieron las más altas distinciones.



La aplaudida recitadora argentina Berta Singerman en una recepción realizada en el Palacio de Gobierno, en Porto Alegre. Aparecen también en la fotografía, el presidente de ese Estado, Dr. Getulio Vargas, candidato a la presidencia de Brasil, y su esposa, doña Darcy Sarmanho de Vargas.

BIZCOCHOS CANALE

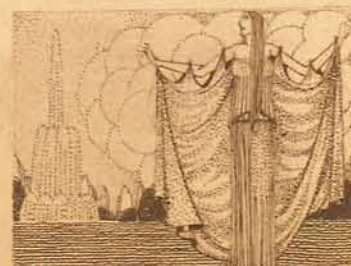
Indicadísimos en la convalecencia de la fastidiosa gripe, en que el organismo necesita recurrir a alimentos sanos y nutritivos para fortalecerse.

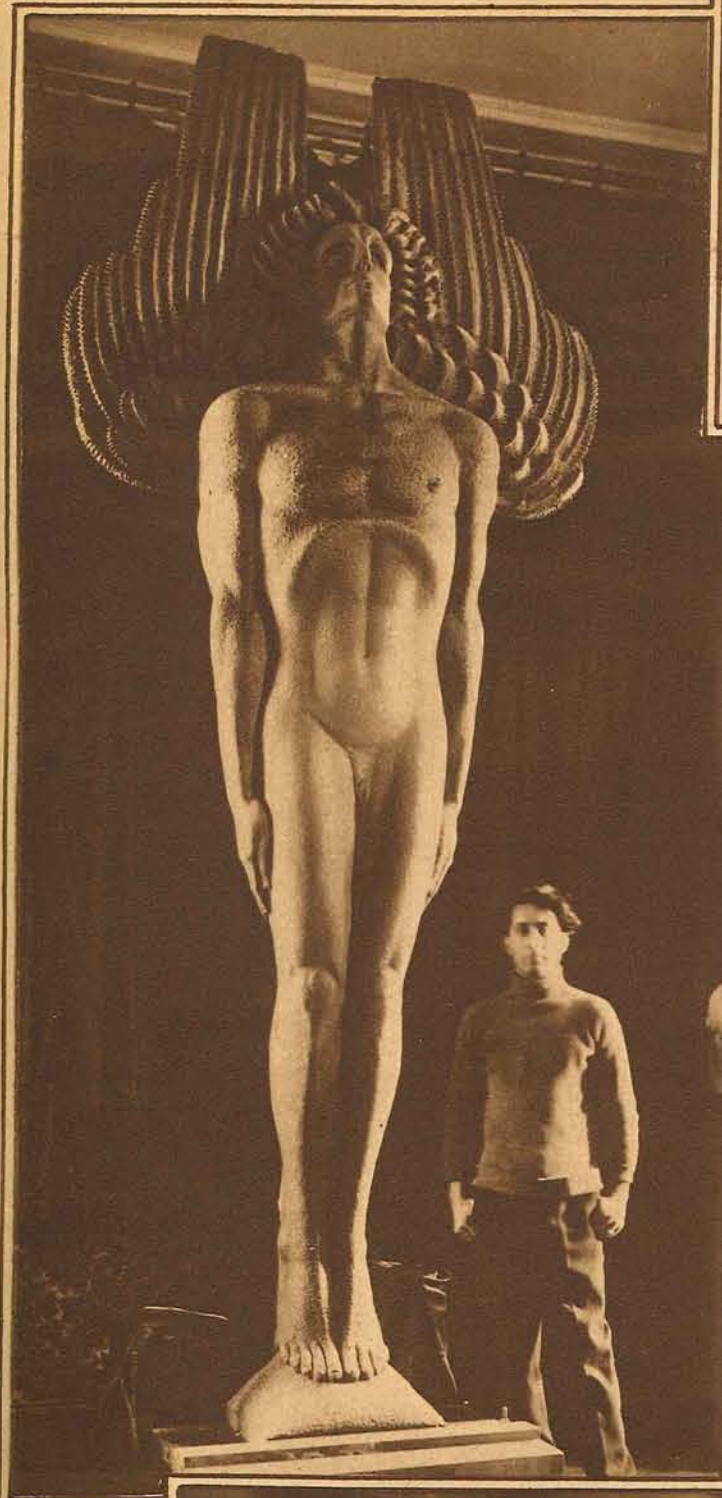


(Marca registrada)
EN EL PODER DIGESTIVO ESTÁ
LA POTENCIA VITAL DEL
HOMBRE!

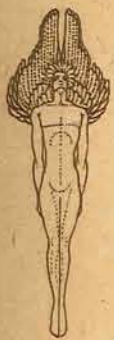
El único agradable y verdadero pan de GRAHAM a base de trigo machacado y levaduras seleccionadas. Gran alimento para sanos y enfermos. Especial para la SEQUEDAD DE VIENTRE no produce acidez como los otros panes. SU ESTÓMACO FUNCIONARÁ A LA PERFECCIÓN si en sus comidas, en vez de pan blanco usa usted PAN DOLZ. Exíjalo en su envase higiénico. Se remite a domicilio.

Elaborado por
DOLZ y SÁNCHEZ
784, Lima, 784 U. T. 6377, Riv.

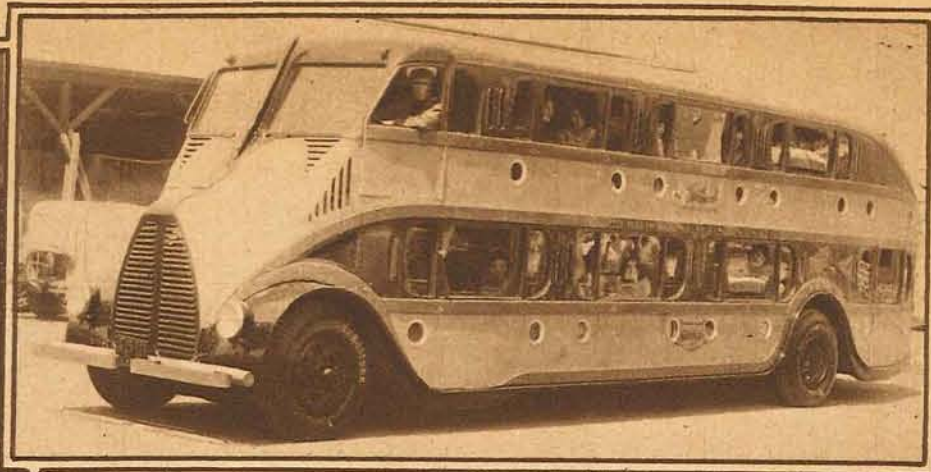




Monumento conmemorativo del vuelo del Plus Ultra, que se levantará en Palos de Moguer. La obra es original del escultor argentino Agustín Riganelli, que aparece junto a la estatua.



Estrellas bonitas de la pantalla: Mary Nolan, de la Universal.



Nuevo modelo de autobús para viajes transcontinentales que será utilizado para el servicio combinado de ómnibus y aeroplanos en los Estados Unidos. El ómnibus tiene capacidad para 28 pasajeros y recorrerá la costa del Pacífico.



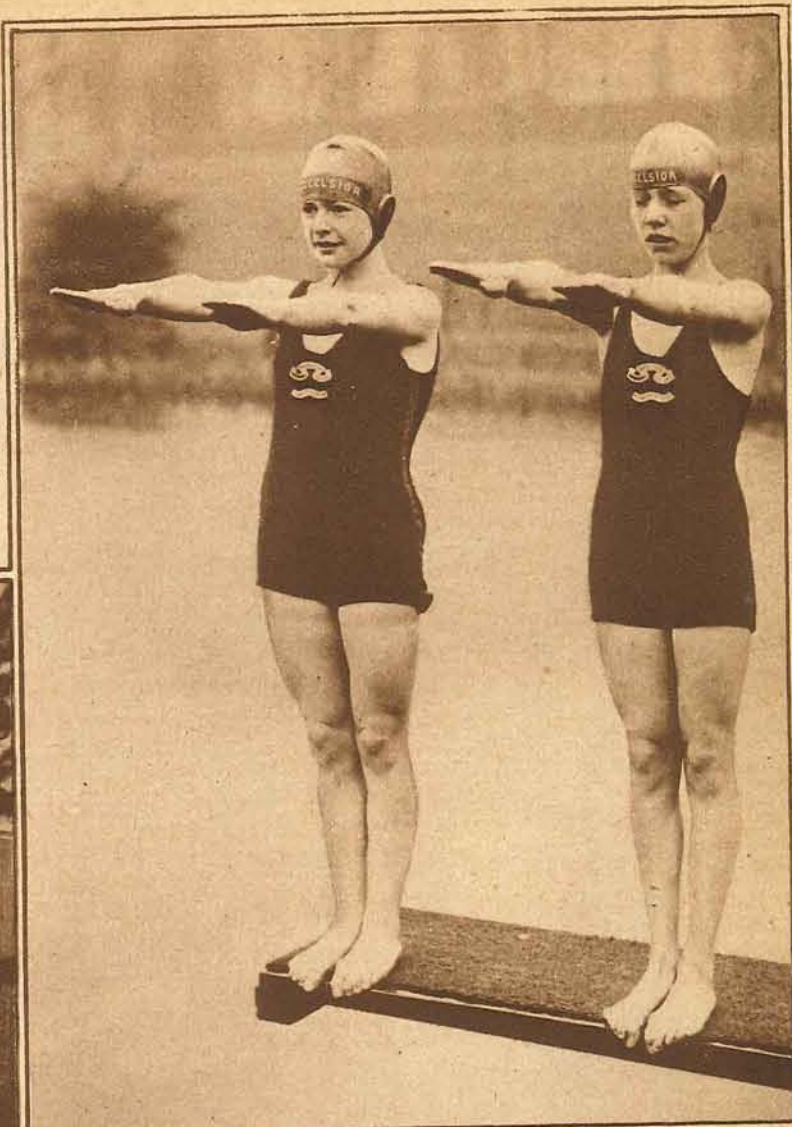
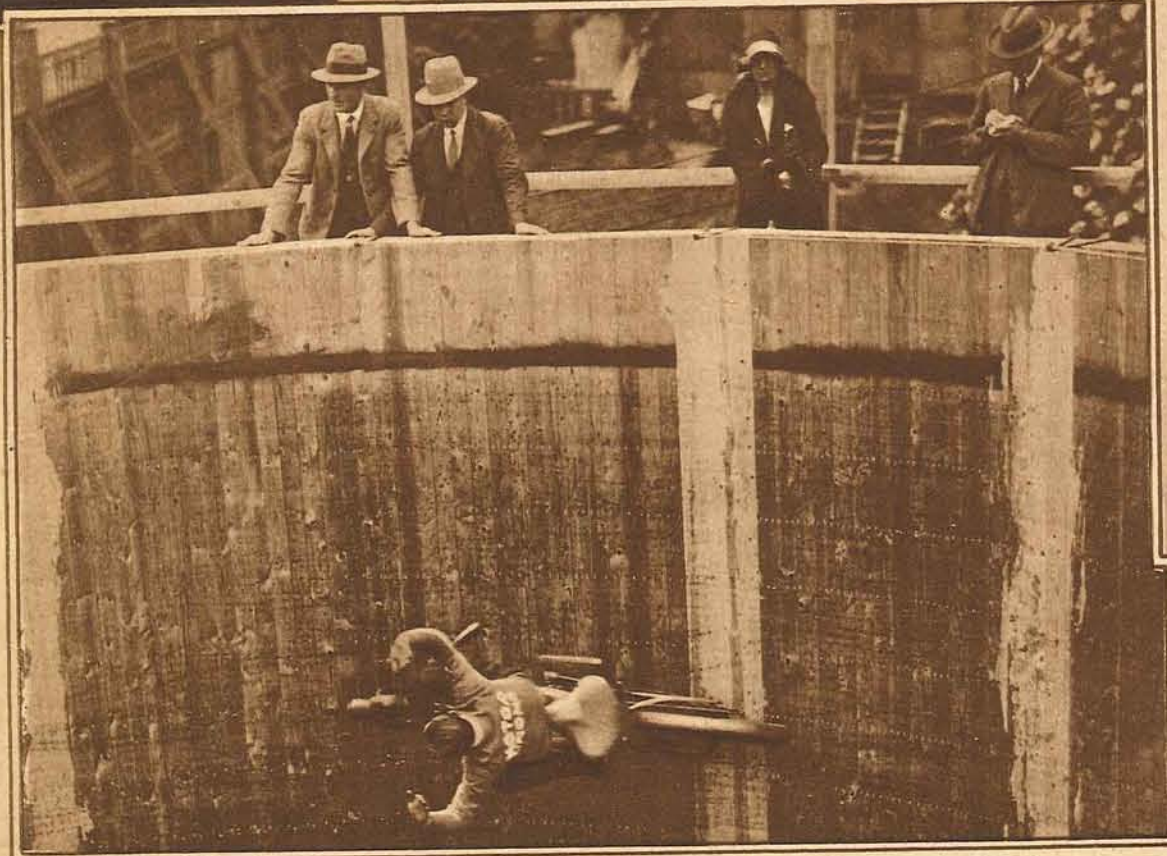
PHILIPS RADIO

modelo
2007

el altoparlante
que constituye
un adorno pa-
ra el hogar .



Recientemente se exhibió en la municipalidad de Londres la cristalería, candelabros y cubiertos de propiedad de la comuna. La exposición fué visitada por muchos personajes distinguidos, entre los cuales se contaron la princesa Ingrid, de Suecia, y el sultán de Zanzibar. El valor de estas colecciones es inmenso.



Este motociclista realiza una prueba difícilísima. Con su máquina avanza sobre una pared perpendicular al suelo, de manera que su cuerpo queda paralelo a la tierra. Con esta prueba el arriesgado piloto desafía la ley de la gravedad.



Myrtle y Olive Smith son mellizas. Han comenzado a entrenarse rigurosamente para intentar la travesía a nado del Canal de la Mancha. Dirige el entrenamiento Walter Brickett.

Belleza que confiere el Polvo de Tocador

El polvo que Vd. usa, ¿confiere hermosura al cutis o aspecto de empolvado? Si el polvo es fino, invisible y adherente, confiere al cutis lozana hermosura. Debe ser imperceptible, adherirse en todas las partes del rostro por igual, y no quedar más visible sobre la nariz y las partes más grasosas de la piel.

Esta es una de las razones por que miles de damas consideran únicos a los exquisitos Polvos de Tocador Vindobona, con base de almendras. Glorifican el cutis con nueva belleza. Son un lujo, una necesidad y un deleite para las damas que estiman su tez. Son invisibles, porque pasan por tamices finísimos contruidos de ex profeso, en Europa. Se adhieren a la perfección en todas las partes de la piel por igual. Dan aspecto de real belleza y no de mal empolvado.

Los Polvos Vindobona son suaves y extraordinariamente saludables. El contenido de almendras regula las funciones de los poros, por lo que el uso de los Polvos Vindobona, por sí solo, constituye un tratamiento de belleza. Impiden que la epidermis se reseque. Realmente, la protegen contra la inclemencia del tiempo. Impiden la formación del acné. Reducen los poros a la mayor finura, haciendo que se vuelvan imperceptibles y previenen la formación del vello y de erupciones cutáneas. ¿Ha usado usted alguna vez un polvo de tocador que reúna tales cualidades?

Se preparan en los tonos siguientes: Blanco, rosa claro, piel natural, rachel, ocre, ocre rosado y ocre obscuro, (yodado). Y en estos perfumes: Rosas de Shiras, Jacinto, Muguet, Acacia, Madreselva, Orquídea, Olginka y Cyclamen.

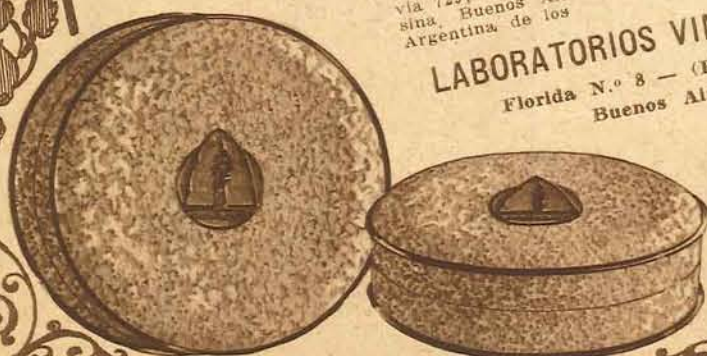
Los Polvos Vindobona se envasan en dos tamaños de cajas. La caja grande es la mayor caja de polvos entre los polvos finos, y el más barato de los polvos finos. Vale \$ 3.80. La caja de tamaño corriente cuesta sólo \$ 2.—. Usted nada paga por la diferencia de calidad.

Se vende en las buenas casas, entre ellas:
Farmacia FRANCO-INGLESA, Sarmiento y Florida; GATH & CHAVES, Casa Central y Sucursales; Casa ARGENTINA SCHERRER, Suacha 171; Tienda SAN JUAN, Alsina y Piedras; Farmacia DEL PUEBLO, Rivadavia 729; Farmacia ORIENTE, Entre Ríos y Alsina, Buenos Aires, etc., y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
Florida N.º 8 — (Piso 1.º)
Buenos Aires

GARANTIA:

Dondequiera que Vd. compre Polvos Vindobona, si no le agradaran, devuélvalos y le devolverán el dinero.



Devuelve a su cutis

los elementos vitales que le roba la vida diaria

Esos cutis claros, suaves, lisos, que Vd. ve alrededor suyo ¿los contempló alguna vez con un poco de envidia? Su propio cutis, tal vez barroso, con pecas, paños, con arrugas, le provoca un poco de desesperanza al mirarse Vd. en el espejo? Siga nuestros consejos y Vd. también tendrá un cutis claro y liso.

— o le devolvemos el dinero

Varías son las causas de las alteraciones del cutis, de las pecas, la rojez, los paños, los barros, arrugas, paspaduras, poros dilatados, etc. La tierra y la suciedad que arrastra el aire; los vientos fríos; la humedad; el sol que provoca las pecas, son pequeñas calamidades inevitables, que dejan su huella en la piel de Vd. Cualquier cutis — el cutis de Vd. — se renueva normalmente, con sólo un tratamiento sencillo y agradable.

3 minutos antes de acostarse

Cuando Vd. va a reposar, no descansa su rostro sobre la almohada sin antes haberlo limpiado bien y haber aplicado Crema de Oriente Vindobona. Con la ligera presión de los dedos, penetra por la epidermis hasta las capas ocultas de la misma y allí "trabaja". Si realmente hay bajo la superficie marchita de su cutis un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que Vd. ostentará mañana. Allí la Crema de Oriente Vindobona estimula y allí disuelve las pecas y manchas cutáneas, refina los poros, alisa las arrugas y blanquea la piel. Vd. podrá constatar los resultados ya a la mañana siguiente de la primera aplicación. Su espejo le confirmará que aparece una nueva belleza en su rostro, un cutis lozano, blanco, liso y suave que estaba oculto detrás de la máscara que sobre él había formado la capa exterior marchita. Ese proceso de renovación, de verdadero embellecimiento es agradable. Nadie se dará cuenta de que Vd. sigue un tratamiento. También de día, debajo de los polvos, la Crema de Oriente Vindobona es muy útil. Sana las grietas y paspaduras en seguida que se aplique y protege la piel contra las inclemencias del tiempo. Los resultados de la Crema de Oriente Vindobona, para blanquear la piel, librarse de pecas y manchas y alisar las arrugas son tan seguros, que los garantizamos. Si en Vd. fallara, le devolvemos el dinero gastado. Adquiera un pote hoy en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA N.º 8 (Piso 1.º)

(Atendida por señoritas)

BUENOS AIRES

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida N.º 8, primer piso — Buenos Aires

Sírvase enviarme gratis el librito descriptivo de la Crema de Oriente Vindobona.

NOMBRE

CALLE

CIUDAD

TELAS Y TONOS

Por EVA A. TINGEY

NINGUNA tela nueva nos ha llamado la atención desde que los fabricantes lanzaron su colección de primavera. Las sedas broché y las "imprimé broché" o "façonné" se llevan preferentemente para todos esos modelos que hubiesen sido en crêpe liso o "imprimé" en la pasada estación.

Louise Boulanger y Worth los patrocinan muy especialmente. Patou tiene un conjunto en broché negro a rayas brillantes y mates, con blusa blanca a rayas. Chanel tiene cantidad de modelos en telas rayadas. Algunos de los más nuevos son jerseys a rayas horizontales, que se gradúan combinando varios tonos; el marrón, crema y amarillo compone uno de los temas más comunes, en vestidos de forma recta, con cuellos fichus muy originales en la espalda.

El terciopelo va decayendo. Patou tiene dos o tres conjuntos de tarde en terciopelo verde o marrón oscuro, con un diseño de hojas o flores minúsculas, con grandes cuellos de zorro en el saco. Para la noche se ven algunos modelos de vestidos, pero menos que de tapados tres cuartos y algunos largos. Chanel tiene una capa corta en pana roja con borde de piel marrón y cuello echarpe y dos o tres modelos de vestidos, igualmente en pana roja.

Al parecer, los tonos que se usarán en París serán oscuros y de mucha riqueza de colorido para los modelos de día. Azules de tonalidades cálidas, aunque oscuras, verdes, marrones y rojos oscuros. El negro casi no debe nombrarse, pues es el color fundamental.

Para el verano los tonos son claros y brillantes, solos o combinados. Muchos opinan que de entre los colores pronosticados se preferirá el marrón. Es

indudable que están bien representados en las colecciones. Hay un marrón rojizo, que podría llamarse color caoba, que se ve en muchas de las casas más importantes.

Los beige, solos o combinados, ya se cuentan entre los colores clásicos. Vionnet usa muchos tonos "mastic" para vestidos, con tapados oscuros.

Los grises, a pesar de que algunas casas, como Lelong y Worth, los emplean mucho, no tienen la aceptación de los beige, porque son menos sensuales; convienen a aquellas a quienes sienta mucho el zorro gris.

Se ven verdes en tonos oscuros para otoño, y muchos verdes claros y vivos para modelos de sport para verano, sobre todo "chez Lanvin". El verde pálido se usa mucho siempre para tarde y noche.

Los azules oscuros son tan permanentes como el negro. Los llamados medianos se llevan en combinación con los oscuros para de día, y los claros, jacintos, celeste cielo, aguamarina y turquesa se usan mucho para la noche. Los grises azulados, que entran dentro de los llamados tonos terciarios, son muy buenos para de día. Jane Regny tiene un azul nuevo, que llama "etincelle", que tiene el colorido de esos huevos azules de pájaro. Patou tiene un modelo de sport muy bonito en turquesa. Toda la colección de Lelong tiene grises y verdes azulados, sobre todo en claros.

El amarillo es uno de los colores preponderantes en este verano y se combina mucho con marrón y también con verde. El rojo, a pesar de haberse usado tanto, persiste en las colecciones. El rosa muy pálido se ve mucho de noche, especialmente en chiffon. Hay un rosa cyclamen, que llaman nuevo, que emplean Cherruit y Louise Boulanger.

Chanel tiene una chaqueta y falda en seda lavable lisa y a rayas rosa caramelo. Patou exhibe una serie de modelos de tarde negros con faldas más largas, con puños rosa y jabots con bordes rosados.

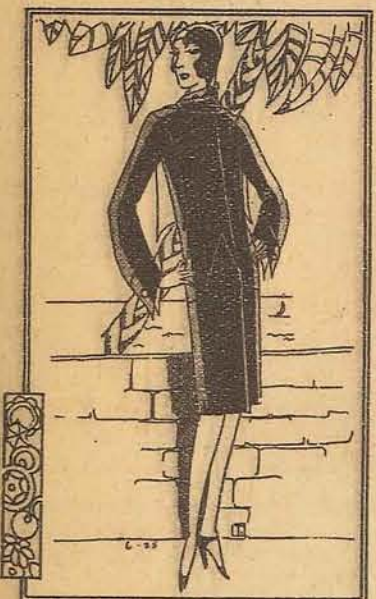
En algunas casas hay algunos violetas Lanvin, por ejemplo; Chanel tiene, como siempre, uno o dos modelos en violeta de Parma. Un modelo precioso de Lanvin es en malva rosa orquídea.

Lelong, Bernard y Lucille Faray tienen modelos color "tinta" algo violeta o azulado.

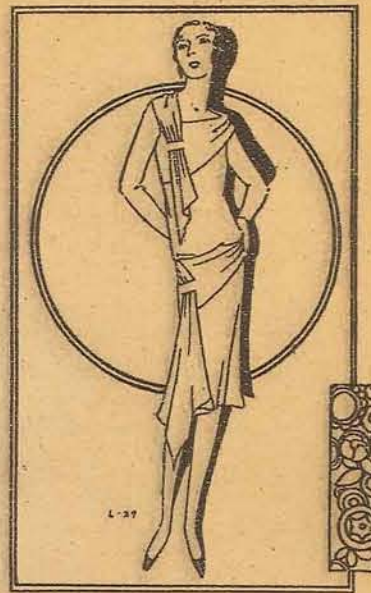
El naranja se ha usado y se sigue usando todo el verano. Las combinaciones de colores han sido muy originales; Chantal ha hecho algunas preciosas con tonos fuera de lo común.



Vestido de Chantal, en encaje dorado con breteles con pedrería



Tapado de Philippe y Gaston, en flamenga negro con cuello y echarpe con reverso en crêpe de Chine blanco



Modelo de Maggy Rouff, con dos echarpes



Traje de tarde, de Doeillet Doucet, en crêpe de Chine verde



Modelo de estilo, de Lanvin, en taffetas y tul azul



Note usted como la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar.

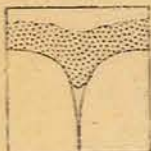


Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

Quando usted cepilla sus dientes con Crema Dentífrica Colgate hace algo más que lustrar la superficie de ellos. La penetrante espuma de Colgate posee una cualidad admirable de "tensión superficial" baja. Esto significa que penetra en todas las pequeñas hendiduras. Allí ablanda y desaloja todas las impurezas causantes de la caries eliminándolas con su detergente espuma. Esta espuma contiene un polvo fino, recomendado por los dentistas, el cual pule el esmalte de los dientes sin dañarlos, y los conserva blancos, brillantes y hermosos.

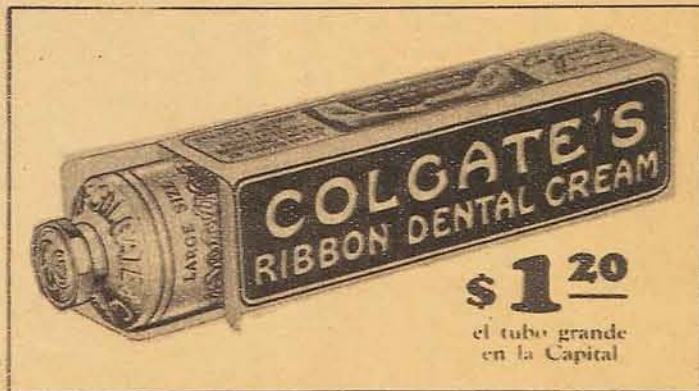
De esta manera Colgate es un dentífrico limpiador doblemente eficaz y no un "cúralo todo". Nunca hemos sostenido que Colgate cura la piorrea o corrige la acidez de la boca — cosas que ningún dentífrico puede lograr. Pero Colgate sí afirma que limpia los dientes mejor.

Millones de personas sensatas saben que Colgate es mucho más que un simple lustrador de dientes, que es el único dentífrico que elimina con éxito todas aquellas partículas de alimentos y depósitos de mucina que se echan a perder dentro de las pequeñas hendiduras donde el cepillo no llega a tocar.

También la crema Dentífrica Colgate ha conquistado muchos amigos en razón de su precio — sólo \$ 1.20 el tubo de tamaño grande. Esto

es posible debido a su enorme producción, pues Colgate es el dentífrico de mayor venta en el mundo.

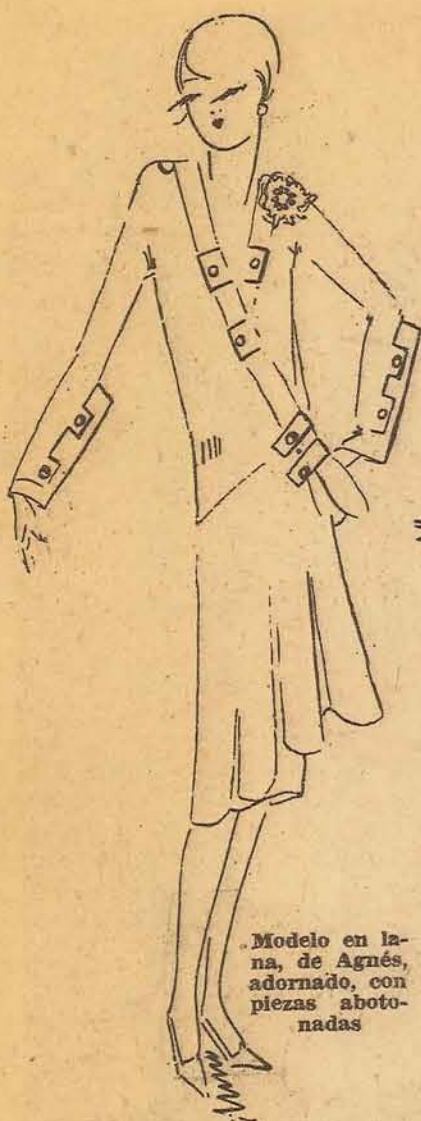
¿Por qué no aceptar este reconocimiento universal de que Colgate es doblemente superior? Considere usted ambas superioridades. Colgate no sólo lustra la superficie inmejorablemente, sino también que contiene el ingrediente limpiador más eficaz que existe, y que limpia aún donde el cepillo no alcanza a tocar. Dientes verdaderamente limpios protegen a usted contra la caries prematura.



\$ 1.20
el tubo grande
en la Capital

CREMA DENTÍFRICA

COLGATE



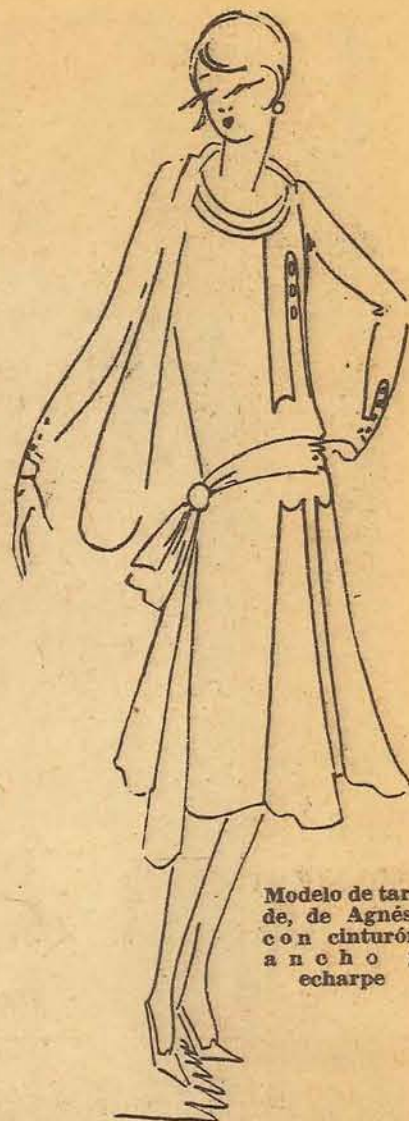
Modelo en lana, de Agnès, adornado, con piezas abotonadas



Sencillo modelo, de Agnès, en lana azul oscura



Bonito modelo, de Agnès, con volados



Modelo de tarde, de Agnès, con cinturón ancho y echarpe

ALGUNOS MODELOS DE "PETITES ROBES"

LOS modelos de vestidos "petites robes" son muy importantes, en particular para quienes no pueden cambiar muchos trajes.

Se me ha consultado sobre los trajes que se necesitan para estar vestida elegantemente. Es difícil responder a esta pregunta, porque las necesidades individuales, el medio ambiente y mil otros factores influyen en la elección, pero trataré de dar algunas indicaciones adecuadas para una persona que lleva una vida común,

que viaja de vez en cuando, maneja su automóvil, va a teatros, partidas de bridge, se ocupa de beneficencia, etc.; en una palabra, que lleva la vida general de hoy en día.

Empezaré por un conjunto de sport, que no significa serlo exclusivamente; más bien le llamaremos "un conjunto práctico", con tapado en tweed u otra lana suave, y vestido haciendo juego en jersey o kasha o cualquier otra lana que tenga buen uso. Si no se sale mu-

cho de la ciudad, tal vez convenga substituirlo con un traje sastre, aunque sería mucho mejor si se pudiera tener los dos.

Pasando al otro extremo, se precisará un traje de noche y tapado. Si no es posible elegir sino uno solo, conviene que sea negro o en un tono neutro, variándolo con accesorios distintos.

Lo más importante y lo más difícil para elegir con recursos

limitados son los vestidos de tarde. Si se tiene tres modelos, deben seleccionarse con cuidado para que sirvan para tres, partidas de bridge, para recibir sin etiqueta, etc. El tapado será en negro o azul, con forro en un tono neutro, eligiéndolo de modo que pueda formar un conjunto con cualquiera de los tres trajes; es suficiente que haya alguna relación entre ellos, ya sea en el color o cualquier otro detalle. Los accesorios bien elegidos

sugieren perfectamente la idea del conjunto. Aconsejaría que antes de elegir estos trajes se pensara con detenimiento en las ocasiones para que se precisaran y el ambiente en que van a actuar. No hay que olvidar que la sencillez elegante es siempre el mejor temperamento para adoptar con recursos limitados. Otra regla importante es que es preferible sacrificar un vestido y elegir buenos accesorios, pues el resultado recompensará los esfuerzos que se hayan hecho en este sentido.

LA VIAJERA ELEGANTE

NUESTRA época se caracteriza por el movimiento. Los viajes constituyen una parte tan importante de la vida moderna, que en el guardarropa elegante se da la preferencia, que tuvieron antes los trajes de noche, a los conjuntos para viaje. Estos son tan elegantes como prácticos.

El tweed, inventado hace siglos para cubrir a aquellos que necesitaban hacer frente a climas distintos, no sólo no ha perdido su auge, sino que, por el contrario, continúa siendo la tela preferida de viaje por mar o por tierra.

Hay una diferencia enorme del tosco tweed escocés, originario de los pastores de la montaña, a las flexibles y finísimas variedades que vemos en las grandes casas de París, en que se combina la belleza con la utilidad. Es liviano, de colorido alegre, pero tan durable y resistente al polvo y a las arrugas como sus más gruesos antecesores.

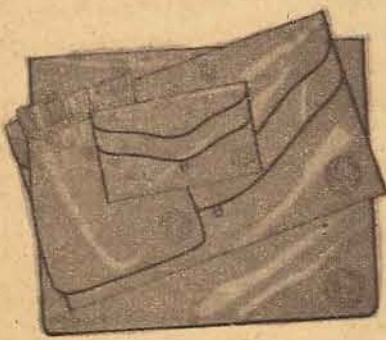
Encontramos las combinaciones más encantadoras, como el verde jade y el blanco, azul pizarra y beige, amarillo y marrón. El beige es uno de los tonos mejores, pues resiste más al polvo que los colores oscuros.

Vi el otro día en la Gare St. Lazare un lindo modelo de tapado en tweed negro, blanco y beige, con pespuntos a lo largo adelante y cruzados en los bolsillos y las mangas. El cinturón en cuero y un echarpe de crêpe de Chine en tonos vivos, que asomaba discreta-

mente dentro del saco, completaban la silueta.

Hay un cachemir de trama firme en todos los tonos de moda; también el shantung nuevo, que es una mezcla de seda y lana, muy aparente para climas templados.

El kasha liso se lleva siempre para algunos trajes estilo sastre o para conjuntos.



Bachet para viaje

Lucien Lelong ofrece un levitón algo modificado, con una lana de trama suelta, azul marino, con bolsillos grandes y cinturón atrás. Lo acompaña un echarpe en tela a lunares, en azul, verde y gris.

Se da mucha importancia en París a los accesorios de viaje, y ofrecen como novedad echar-

pes y carteras en lana con diseños.

Algunas ultraelegantes tienen sus "necesaires" cubiertos con la misma lana. Con tapados en tweed de colores vivos, los echarpes y carteras son lisos. Para quien prefiere la cartera de cuero en vez del tweed, hay modelos en becerro granulado y otros cueros, con zapatos haciendo juego. La elegancia de la viajera no puede ser barata. Todo, desde el sombrero hasta los guantes, tendrán como condición esencial el ser de duración y, por lo tanto, tendrán que ser excelentes, reflejando al mismo tiempo la elegancia en el corte y en la línea.

La viajera parisienne observa sus menores detalles, desde la hebilla del cinturón hasta su pañuelo de manos.

La viajera moderna se preocupa de su equipaje tanto como de su ropa. Worth ofrece un sachet con bolsillos separados para las sábanas y fundas en crêpe de Chine, camison, "robe de chambre" y zapatillas, que coloca en la bandeja superior de la última valija de mano, que ha creado Vuitton, en suela con reverso de moaré. En esta bandeja cabe todo lo necesario para la noche sin tocar el resto de su equipaje; en el último modelo de sombrerera encuadrada, de treinta centímetros de ancho, caben tres sombreros, uno dentro del otro, con las alas para arriba. A los lados caben guantes, pañuelos, echarpe, un libro o cualquier accesorio chico; hace juego con el "necesaire".

LA VASCONGADA

Agradecerá a su clientela de LECHE PASTEURIZADA EN BOTELLAS reclame del repartidor la



tarjeta - número que da derecho al cliente a participar de los sorteos mensuales.

Consiga su tarjeta y tendrá oportunidad todos los meses de obtener premios; además facilitará el buen servicio una vez fichado y recibirá gratis nuestra revista mensual.

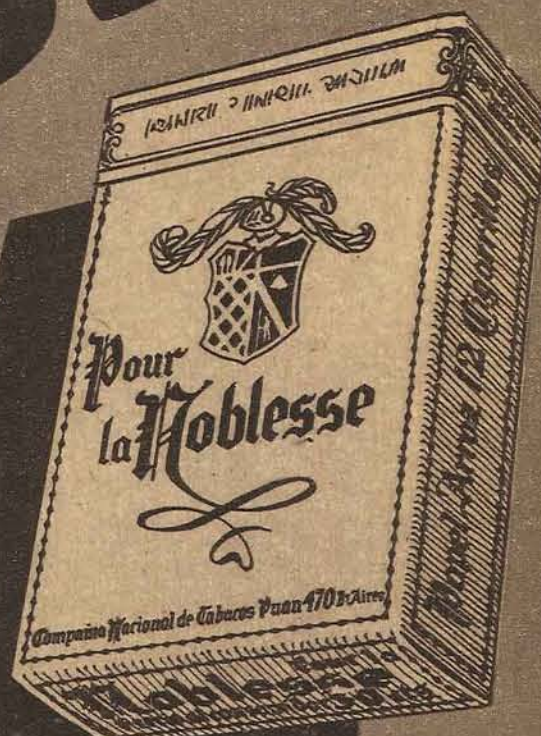
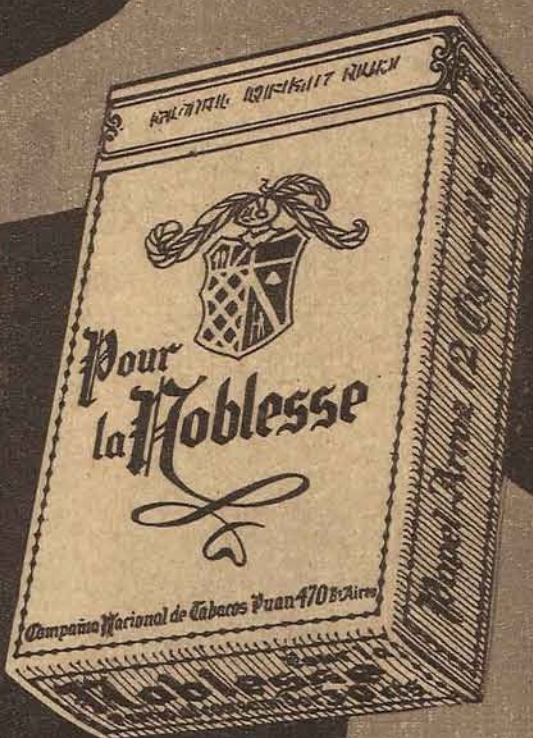
EN JULIO FUERON DISTRIBUIDOS 52 PREMIOS. Hágase cliente si no lo es; aun está a tiempo para participar en el sorteo de agosto.

La Gerencia de LA VASCONGADA atiende directamente todo reclamo que se le haga por deficiencias o irregularidades en el servicio. Inmediatamente un inspector se encargará de solucionarlas.

CANGALLO 2765

U. T. Cuyo 0096

POUR LA
NOBLESSE



ESCUDO COLORADO
30 cts.

CRONICA CIENTIFICA

EL PROFESOR EMILIO BOREL

POR

J. VARELA GIL



Es posible escribir la historia de la Matemática de la época moderna, y aun podríamos agregar de las ciencias en general, sin dedicar sendos capítulos a las dos grandes escuelas que en Francia representan en el más alto grado la ciencia especulativa. Nos referimos a la Escuela Politécnica y a la Escuela Normal Superior.

Aunque destinadas a fines diferentes, la idea de reclutar, o más exactamente, de seleccionar, grupos de dirigentes de muy elevada cultura, verdaderas "élites", predominó en el espíritu de los fundadores de ambas, por considerar que la dirección de las obras públicas y la de las enseñanzas secundaria y universitaria, son funciones capitales de la vida y necesarias para la reconstitución de todos los países.

Si de la Escuela Politécnica han salido matemáticos y físico-matemáticos de renombre mundial, como Cauchy, Poisson, Lamé, Liouville, Chasles, Navier, Poncelet, Hermite, Poincaré y tantos otros; físicos y químicos como Duong, Fresnel, Regnault, Sadi-Carnot, Gay-Lussac y hasta el filósofo Augusto Comte, la Normal Superior cuenta en su haber a los matemáticos Galois, Puisseux, Briot, Darboux, Tannery, etc.; en ciencias físicas y naturales a Pasteur, Lippmann, Duhem, Bonnier; en filosofía, a Cousin, Boutroux, Taine, Durheim, Bergson, etc., y no recordamos a los historiadores, geógrafos, filólogos, arqueólogos, críticos, novelistas, etc., pues no hay forma de actividad intelectual en donde esta escuela no figure en lugar prominente.

Pero tan sorprendentes resultados no se hubiesen logrado sin la concurrencia de esas dos cualidades tan peculiares de la instrucción pública francesa: por una parte, el conservar siempre a gran altura el nivel medio en todos los grados de la enseñanza, y, además, la universalidad, la extensión de conocimientos; la gran importancia atribuida a la cultura general, que caracteriza a toda clase de estudios en Francia.

El sabio matemático francés llegado recientemente a Buenos Aires, es un "normalien". Quien consigue unir a este título los de profesor de la Sorbona y miembro del Instituto de Francia, está ya consagrado como personalidad científica de primer orden de valor universal.

Desde su primer contacto con la Matemática ya se destaca entre sus compañeros, y era frecuente que sus profesores le propusiesen temas no incluidos

en los programas. Obtuvo el número primero en los concursos de la Politécnica y de la Normal y optó por el ingreso en esta escuela.

Siendo aún alumno se señaló por la presentación de varias notas originales. Su tesis sobre algunos puntos de la teoría de funciones sostenida en el año 1894, contiene los gérmenes de algunas ideas fundamentales que desarrolló posteriormente.

Se necesitarían muchas páginas para enumerar los títulos de las memorias, originales y monografías publicadas por el profesor Borel. Su producción científica es enorme en extensión y en profundidad; abraza desde las teorías más abstractas del análisis matemático, hasta las aplicaciones técnicas de la física matemática; desde la redacción de textos escolares para la enseñanza media y elemental, hasta la explicación de los cursos de investigación en la Sorbona y en el Colegio de Francia.

Una gran parte de ella trata de la teoría de funciones, comenzando su exposición con el curso dictado durante el año escolar de 1896 a 1897 en la Escuela Normal Superior.

Estas lecciones dieron origen al primer volumen de un conjunto de monografías sobre esa teoría, conocida en el mundo matemático con el nombre de "colección Borel". Publicada bajo su dirección, colaboran en ella matemáticos de primer orden de todos los países, y han aparecido hasta la fecha más de treinta volúmenes.

Sus lecciones en la Escuela Normal Superior sobre las Funciones Enteras, las Series Divergentes, las Funciones Reales; en el Colegio de Francia sobre las Series de Términos Positivos, las Funciones Meroformas, y en la Facultad de Ciencias sobre la Teoría del Crecimiento, forman otros tantos volúmenes de la colección de su nombre. Completan la serie de que es autor, los siguientes: Introducción Geométrica a algunas teorías físicas, Lecciones sobre las funciones monótonas de variable compleja y Métodos y problemas de la teoría de funciones.

A pesar de lo sucinto de esta reseña, no debemos dejar en silencio las aportaciones de Borel a la medida de los conjuntos. Es esta una cuestión sumamente delicada y antes de él había sido objeto de numerosos e infructuosos análisis, debiendo a este ilustre matemático un progreso decisivo, que permite estar en la actualidad en condiciones de sacarse de ella muchas e importantes consecuencias.

Numerosos trabajos del profesor Borel han inspirado en sus investigaciones a muchos de

sus discípulos, quienes han ampliado y enriquecido por caminos distintos, la gran obra de su maestro.

En el curso de sus especulaciones y por una de esas coin-



EMILIO BOREL

cidencias que no dejan de tener precedentes en la historia de la ciencia, halla Borel estrechas conexiones entre una teoría de aspecto tan abstracto como la de la medida de los conjuntos, los resultados de la física molecular y el cálculo de probabilidades.

Y es que Borel es ante todo un creador. Perteneció a ese grupo de matemáticos de la más fiel representación del genio de su patria, que son los intuitivos, los sintéticos, tomando de estas denominaciones la parte que tienen de común. Los grandes descubrimientos científicos son siempre obra de síntesis.

Los matemáticos analistas, los lógicos, pues existen entre estas categorías grandes afinidades, que son los tipos que más suelen darse en la margen derecha del Rin, encontrarán tal vez en la obra de los primeros imperfecciones de técnica, de rigor, en ciertas partes. Observarán que algunas teorías no están más que esbozadas, que hay lagunas, etc.

Estos no tienen visiones tan amplias de conjunto como los primeros, ahondan mucho en los detalles, completan y pulimentan las construcciones iniciadas, pero suelen carecer de grandes concepciones, mientras que en aquellos, la extensión de los paisajes abarcados les impiden

precisar bien los contornos. Los matemáticos del tipo de Borel, son los verdaderos conquistadores de la ciencia; a los analistas hay que colocarlos en la categoría de colonizadores; su misión más en armonía con sus condiciones, consiste en llegar a perfeccionar las teorías creadas por los primeros.

La Facultad de Ciencias de París fundó especialmente para el profesor Borel la cátedra de teoría de funciones, que desempeñó hasta que, por petición propia, pasó a explicar cálculo de probabilidades y física matemática. Un espíritu tan ágil como el suyo no puede limitar su actividad en un solo sentido por amplio que sea. Significa el polo opuesto del especialista y su curiosidad siempre abierta para cualquier manifestación del pensamiento, le arrastra a interesarse y asimilar toda nueva creación científica o filosófica. La índole de este artículo no nos permite comentar sus interesantes trabajos de filosofía matemática sugeridos por la teoría de la relatividad y por la discusión que en torno a la lógica empírica han sostenido a propósito de la crítica de Brouwer, Wavre, Levy y otros en la Revista de Metafísica y Moral.

Mencionaremos solamente de sus libros "El espacio y el tiempo", "Le Hasard", de la "Nueva colección científica", que el dirige, y a la que también pertenece "La aviación escrita con el concurso de Painlevé".

Sus contribuciones a la Teoría de Números, Cálculo de Probabilidades y Física Matemática, son también sumamente importantes. En el año 1925 da a la luz el primer volumen del Tratado de Cálculo de Probabilidades y sus aplicaciones, en el que colaboran varios matemáticos distinguidos.

Con motivo del centenario de Pasteur escribía: "Es ciertamente interesante en esta época en que los intereses materiales están a punto de acaparar la atención de los hombres, recordar lo que puede una vida consagrada a la ciencia, lo que aporta al sabio mismo, a su familia, a su patria y a la humanidad. El día en que la ciencia pura deje de atraer los mejores bachilleres, la humanidad estará perdida. Las aplicaciones industriales se continuarán automáticamente sin que se comprenda nada y terminaremos como las abejas o las hormigas, ejecutando las cosas concebidas por antepasados olvidados".

Suelen estimarse como caracteres diametralmente opuestos el reflexivo o meditativo, tan propio del hombre de ciencia, y el del hombre de acción, cuyo sujeto más representativo es el político profesional. Y, sin embargo, según la opinión del escritor Etienne Rabaud, sólo para los que desconocían a Borel pudo ser una sorpresa su entrada en la Cámara de Diputados y su incorporación como ministro de Marina en el Gabinete Painlevé.

"Llegando — dice — en el momento más álgido de una campaña electoral, se condujo desde el primer momento como el dueño de la situación. Todo se le aparecía en contra, la mentalidad de una región espléndida en su aspereza, abrigada por sus montañas contra el viento de las ideas modernas; el tener como contrincante a un militar que ostentaba ruidosamente su nobleza y su gloria. Modestamente y sin gran estrépito, el capitán Borel derrotó al general de Castelnau. El recién llegado supo encontrar el lenguaje capaz de interesar y de convencer a aquellos rudos montañeses, desconfiados acaso, pero dotados de un sólido buen sentido. No era seguramente el suyo el lenguaje del político de carrera, del lugar común ampuloso y de la declamación de gran efecto; era algo que estaba al alcance de todo el mundo; la exposición de los grandes principios de la post-guerra y de las necesidades que se imponían a toda la nación que quiere vivir en paz y desenvolverse en perfecta armonía con sus vecinos".

Durante el poco tiempo que el profesor Borel permanecerá entre nosotros, no podrá tocar sino uno o dos puntos de su dilatado campo científico. Parece que sus lecciones y conferencias versarán principalmente, sobre el Cálculo de probabilidades, aunque no es difícil que nos hable también de la teoría de la relatividad, en sus aspectos científico y filosófico.

En el curso de análisis superior de nuestra Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, se explicó, en uno de los últimos años, la teoría de Borel sobre las series divergentes, y se han hecho aquí sobre ella algunos trabajos.

Esperamos que cuando se le puso en conocimiento de esto, se haya proporcionado una pequeña satisfacción al sabio matemático francés.

REFLEJOS DE PARIS

KLOTZ, EL JUEGO Y LAS MUJERES

(Continuación de la pág. 6)

gado que defiende al reo, intenta su propia defensa. Su intención era buena, pretende explicar. Estaba negociando un importante empréstito con el que pensaba liquidar sus atrasos. Precisamente, en el momento en que le fué levantada la inmunidad parlamentaria, iba a concluir la operación.

Esa medida — dice — quebró todos mis planes. Treinta años de parlamento, cuarenta de foro... Era senador, presidente del Consejo General del Somme, alcalde de mi comuna y jefe de escuadrón de reserva. Un día renuncié a todo. He querido que desapareciera el hombre público y que sólo comparezca ante vosotros el ciudadano privado.

Luego afirma que sus cheques, jurídicamente, no son cheques sin fondos, sino "obligaciones civiles que iba a convertir en obligaciones comerciales". Pero sus colegas del Senado le malograrán la ingeniosa operación.

En su requisitoria, el fiscal

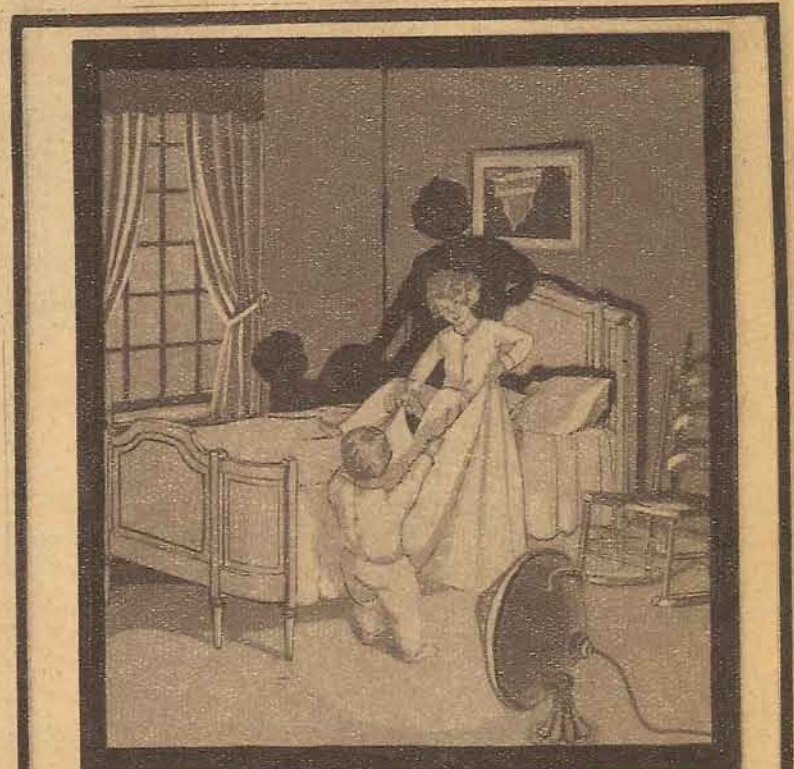
subrayó con tristeza, el derumbe definitivo e irremediable del hombre político que habiendo tenido un papel importante, no sólo en la vida nacional, sino en la universal, ya no era más que un reo. No conozco nada tan emocionante — agregó — como el contraste entre el pasado brillante, tan rico todavía en promesas, de este hombre público, y la hora de esta audiencia que va a consagrar su lamentable caída.

La elocuencia brillante de Torres, no pudo hacer nada. La defensa no intentó discutir los hechos. Su tesis consistió en recordar la intachable carrera política de Klotz. Si por él fuese — dijo el defensor — esta causa no se habría visto. Klotz quería morir. Yo le impedí matarse. ¿Por qué? Porque su honor público está intacto. Nadie puede reprocharle nada en su vida de hombre político, de hombre de Estado. La famosa fórmula que se le atribuye de "Alemania pagará" es una leyenda. Jamás pronunció M. Klotz esa frase. Al contrario, puso en guardia al Parlamento contra los entusiasmos excesivos.

Y después de analizar el temperamento del acusado "vividor", jugador, acostumbrado a una existencia fastuosa, la de-

fensa concluye: "A los sesenta años, por una aberración senil, ha cometido los errores de un niño pródigo a los diez años. Permitidme que se rehabilite modestamente".

Dos años de cárcel. Fallo cruel, dicen algunos. Sentencia ejemplar, afirman otros. ¿Quién es más justo? Con un criterio humano, los primeros. En estricta justicia, los últimos. Se fueron con la guerra, aquellos tiempos en que "el personaje" gozaba de privilegios especiales, cuando imponía temor y respeto, y en nombre de un vago "interés social" se hacía el silencio alrededor suyo, cuando así convenía a su interés. Hoy ya no es posible — por lo menos en Francia y con Poincaré en el Gobierno — "echar tierra" a un asunto. La guerra se ha llevado, con otras muchas, esa tradición francesa. Hoy se puede ocupar el más alto puesto en el país, haber legado un nombre a la historia, tener todas las influencias... Con todo eso, se va a la cárcel como cualquier ratero. ¿No está bien? Algo ha cambiado en el mundo. Antes de la guerra, "el prestigio del honorable Senador habría salvado a Klotz de la cárcel. Hoy Klotz en la cárcel salva el prestigio del Senador".



Las bajas temperaturas requieren calentar sus habitaciones.

¡USE ESTUFAS ELÉCTRICAS!

COMPAÑÍA HISPANO-AMERICANA DE ELECTRICIDAD



A Y días fatales, juegos pobrisimos, monótonos, imposibles de hacer actuar ni aun en un sentido defensivo.

Los pocos honores capaces de hacer bazas, mal ubicados; las finezas desfavorables. Si un jugador, por descuido y deficiente comprensión efectúa una jugada errónea, hará víctima a ese pobre jugador que está en un día de "mala suerte". Es real y no hay duda que hay momentos en que todo conspira contra la equidad y el reparto proporcional de los elementos de lucha, y contra la normalidad deseada y a esperarse lógicamente.

Sin embargo, muchos jugadores exageran la nota confundiendo "mala suerte" con malos sistemas, falta de iniciativa o escasez de recursos para sacar provecho de determinada posición de cartas. Y así, la mayoría de las veces "mala suerte" resulta sinónimo de mal juego.

Cuántas veces oímos elogiar la buena suerte de un jugador que, extremando los recursos, busca y encuentra una carta determinada en posición favorable o, en el transcurso de un remate difícil, arriesga una declaración forzada y llega a descubrir el triunfo, que combina mejor su juego con el del compañero. No hay duda que el azar lo ha ayudado, pero no se debe olvidar que ese jugador se ha ingeniado, ha razonado, y, sobre todo, ha hecho un ensayo, corriendo peligros, en relación con su osadía. ¿Cómo puede pretender llegar a ese mismo resultado aquel que no trabaja con los mismos riesgos? Es lo mismo que pretender sacar el premio mayor de la lotería sin comprar billete.

La timidez de algunas personas las anula para ciertas audacias, aminorando sus proba-

bilidades en busca de la "buena suerte".

Por otra parte, no es posible acusar a la "mala suerte" del mal resultado de finezas ridículas e ilógicas o declaraciones fantásticas sin base, ni razón de ser. Hay momentos del remate en que declaraciones, aparentemente perfectas y encuadradas dentro de todas las reglas, no corresponden, y una declaración forzada es lógica y justificada. La causa verdadera de muchos desastres atribuidos a la "mala suerte" es la falta de respeto a ese principio fundamental que no me canso de repetir para bien de mis lectores: en los bridges de remate no hay fuerza real en un palo, a los fines de una primera de-

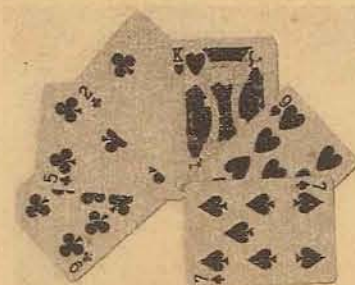
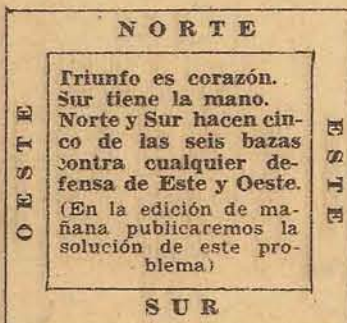


claración, si no se tiene los honores mayores en ese palo.

La tendencia a la superstición, tan propia del espíritu humano en toda clase de jugadores, cualquiera que sea su condición, preparación y cultura, hace atribuir un poder oculto y misterioso a las personas como a las cosas y a las circunstancias.

En algunos afectada y en otros positiva, esta debilidad permite imputar a ciertas personas cualidades de "jettatore" y a otros de "mascottes". Cambiar de silla o dar vuelta alrededor de ella, elegir las cartas con las que se ha gana-

BRIDGE BUENA Y MALA SUERTE



do la elección del asiento, tocar madera, usar "fetiches" y miles de otros actos más o me-

LEON
CASABAL

nos ridículos son utilísimos en el criterio del jugador supersticioso para cambiar por buena la mala suerte.

Estas aberraciones de personas normales e inteligentes fuera de la mesa de juego tienen, aunque parezca ridículo, su pequeña influencia en las actividades a desplegar en el transcurso de la partida. Lo prudente y práctico, cuando nos enfrentamos con un supersticioso es no contrariar sus raras manías, pues ellas pueden hacerlo jugar tranquilo y confiado, con provecho para su paciente compañero.

Recuerdo haber visto un jugador que en cada dada de cartas, y después de examinar su juego pobrisimo, fulminaba

con sus miradas, sin decir palabra, a un insistente mirón que no se daba por aludido y continuaba indiferente al lado de su víctima. El asunto tuvo sus consecuencias: el jugador en cuestión no podía comprender que ese mirón persistiera en hacerle daño y así se lo dijo. "No tiene usted derecho a privarme de los ases y reyes".

Es claro que estas debilidades de origen místico o fisiológico deben dominarse, pero no pudiendo descartarse en absoluto, hay que consentirlas con criterio condescendiente.

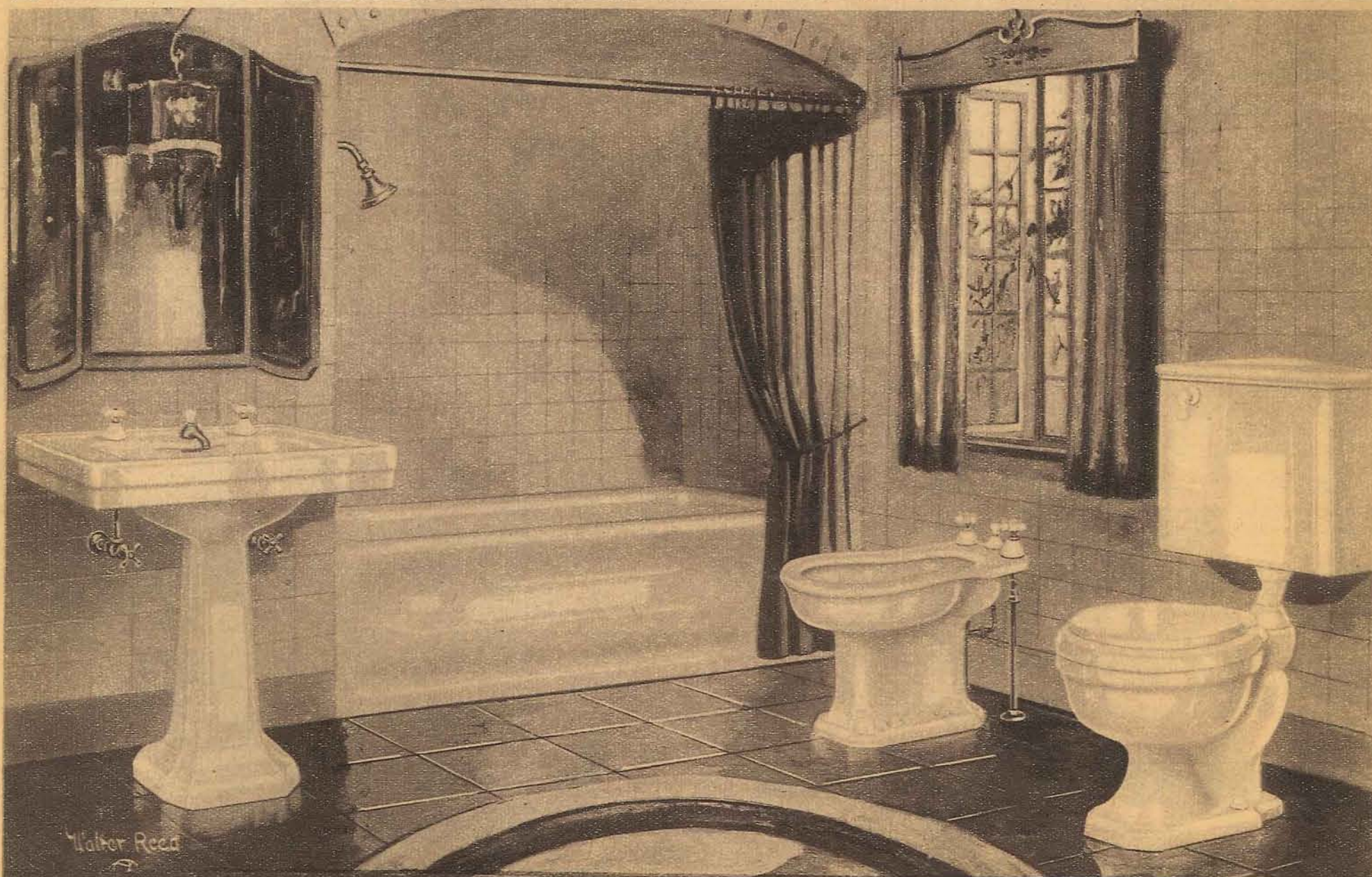
La "mala suerte" implica para cierta clase de jugadores

quejas interminables, furtivas "lágrimas", como decimos entre nosotros. Es el amor propio, tan común, por cierto, que pretende hacer notar la evidencia de que se pierde, por falta de elementos y no por ignorancia. Otras veces puede ser el inevitable sacudimiento que produce un juego perdido por un descuido o mala jugada del compañero o propia. Todo esto es perfectamente humano aunque resulte más elegante no perder la serenidad, soportando la "mala racha" con ecuanimidad.

Menos cómodo es el "llorón" sempiterno, una especie rara, felizmente, pero no extinguida. Es un ejemplar de jugador siempre quejoso, sea que gane o pierda, que no se conforma nunca con su suerte insuficiente o incompleta. Hay dos clases de llorones: el expresivo, que explota en lágrimas más o menos disimuladas, y el de cara mustia, con gestos de resignado, que conmueve y sólo se conforma si es interpretado por algún condescendiente, que justifica sus faltas de éxito, atribuyéndolas a "mala suerte".

Por contraste, tenemos también el jugador arrogante y soberbio en los momentos de éxito. Su "buena suerte" llega a convencerlo de su superioridad sobre el resto de los mortales, sintiendo inmenso placer en hacerlo sentir a los contrarios. Declara y cartea con acción quijotesca y aire de suficiencia, permitiéndose todas las audacias que justifica y explica a su paladar. Resulta también un jugador molesto, aunque no tenga mala intención.

El jugador debe ser ecuanime para soportar animosamente la "mala suerte", sin manifestar contrariedad y conducirse con moderación en los buenos tiempos.



"Standard"
Artefactos Sanitarios

Standard Sanitary Mfg. Co.

EXPOSICIÓN PERMANENTE

CORDOBA 817-1ER PISO

BUENOS AIRES

EL LIBRO UNICO

POR

GIOVANNI PAPINI

ROMA, julio de 1929



HUYE, dice el adagio, del hombre de un solo libro. Pero ¿y cuando el libro ha sido escrito bajo el dictado de Dios? El pueblo de un solo libro — Israel — el pueblo profeta y apóstol, el pueblo depositario de la verdad, es víctima del malhadado depósito.

Pero la Biblia, si realmente da miedo el unívoco, no es un libro, es una biblioteca, un plural. Desde la aparición de la luz hasta la aparición de la Nueva Jerusalén, contiene toda la historia ideal, pasada y futura, de la progenie creada y redimida por Dios. La historia del pueblo hebreo es como el arquetipo y el modelo de todas las historias humanas; el Evangelio narra en su cuadro concorde el momento más sublime de la vida de los hombres: la intersección de lo divino y de lo humano ocurrida en la persona de Jesús. El que ha leído la Biblia ha leído el mundo superior y el inferior; el que ha entendido la Biblia sabe lo que los ángeles recuerdan y lo que los santos adivinan. De las tablas del Sinaí a las beatitudes del Monte, la poca sabiduría celeste que podía ser traducida en palabras terrestres, está consignada y maravillosamente conservada en este libro que representa, hasta como obra visible, una de las formas de Cristo: la unión de Dios y del hombre; el espíritu que inspira y el escriba que escribe.

El que no ha leído este libro único es un ignorante, aunque haya leído los otros libros compuestos en el mundo; el que no ha comprendido este libro está ciego, aunque tenga contacto con las estrellas y trazado el ultramundo de los conceptos; el que no ama y obedece a este libro es un proscrito, que ni siquiera tiene el consuelo de la nostalgia.

Los protestantes esparcen la voz de que la iglesia de Roma

prohíbe la lectura de esta Biblia. Es una calumnia estúpida. La Iglesia, en la admirable corona del año litúrgico, hace leer al pueblo gran parte de la Biblia: casi todo el Nuevo Testamento, casi todo el libro de los salmos y muchos pasajes de los profetas y de las epístolas.

La Iglesia prohíbe, y muy justamente, la lectura de los libros santos en lengua vulgar, cuando no van acompañados de aclaraciones históricas, teológicas y morales, que libran a los lectores de las interpretaciones erróneas de los textos inspirados. La Biblia es un libro limpidísimo y al mismo tiempo misterioso: es el alimento de los santos, pero puede volverse el veneno de los ignorantes o de los mal preparados. La Iglesia, que es la depositaria de este legado sobrenatural, tiene el deber, más aun que el derecho, de hacer de modo que el alimento no se vuelva tóxico. Muchos libros de los hombres no deben emplearse sin comen-



GIOVANNI PAPINI

CARICATURA DE ENRICO SACCHETTI

rios; ¿qué decir de un libro en que la lengua humana, pobre, imperfecta y traicionera, aun cuando expresa pensamientos humanos, se esfuerza por expresar pensamientos divinos?

Solamente la Iglesia de Roma, apoyada en la tradición apostólica y la de los Padres e inspirada por el Espíritu Santo, puede determinar el significado histórico y simbólico, ético y doctrinario, de estos libros confiados a su custodia, como heredera del pueblo que abdicó su misión en el Calvario.

Dos son, pues, las obligaciones de los católicos: leer siempre la Biblia, toda y repetidas veces; no leerla jamás sin la ayuda de anotaciones aprobadas por la autoridad. ¿Puede ser cristiano quien no se preocupe de los repetidos mensajes y recuerdos de Dios? ¿Y podrá llamarse católico quien no obedezca a una orden de la Iglesia?

No tenemos desgraciadamente en Italia una Biblia completa, manuable y legible. La tra-

ducción de Martini está anticuada y tiene pasajes demasiado flojos; de la realmente óptima, e impresa por el Instituto Bíblico Pontificio, bajo la dirección del padre Vaccari, sólo han aparecido dos volúmenes: el Pentateuco y los Libros Poéticos, y se esperan con impaciencia los demás. La librería Editora Fiorentina, de la Obra Cardenal Ferrari, nos ofrece, por fin, toda la Biblia (1) en la traducción de los monseñores Zampini, Pistelli, Bonaccorsi, Riccioni, Castoldi, Mezzacasa y de otros autorizados estudiosos.

Había hasta aquí muchas ediciones del Evangelio, pero los dos Testamentos reunidos en un volumen no se encontraban en Italia sino en las versiones protestantes. Y muchas personas, aun católicas, se valían de éstos, decían, por comodidad. Hoy ya no caben estas excusas: también los católicos italianos poseen en un volumencito de bolsillo y bien presentado, la Revelación escrita, en su integridad. No debe faltar en ninguna casa italiana.

La lectura de la Biblia debería de formar parte de nuestra refección espiritual cotidiana. Otros libros podrán ser más sabrosos en un principio, pero la Biblia es el pan, el segundo pan después del que Cristo ofrece todos los días a nuestra flaqueza.

En la Biblia el protestante ve la suprema autoridad, el historiador un archivo de documentos, el poeta una floresta maravillosa. Y en verdad, en la Biblia hay todo, hasta piedras angulares para los fantaseadores. Pero para el católico es, sobre todo, la demostración del gran concepto divino, la fuente de la liturgia, la credencial de la Iglesia y la guía de la vida perfecta, y, por lo tanto, necesaria. En el orden de los conocimientos, ella corresponde a aquello que la Eucaristía es en el orden de los Sacramentos.

(1) La Sagrada Biblia, Libreria Editoria, Florencia.

CERCANO ORIENTE Y LEJANO ORIENTE

(Continuación de la pág. 3)

peas del Mediterráneo. Para nosotros, argentinos, la presencia de sangre morisca en nuestro pueblo es más evidente que para los españoles, los franceses o los italianos. En las provincias andinas abunda el perfecto tipo morisco tanto como en Andalucía, en la Campania o en Sicilia. Sarmiento, con un albornoz, no habría llamado la atención en Marrakesh o en Túnez. Y los apellidos árabes no son escasos: Albarracín, Almonacid, Barreda y muchos otros.

Veamos ahora el idioma. Si el francés y el italiano tienen poco del árabe, no ocurre lo mismo con el español. ¿Qué porcentaje de palabras árabes cuenta nuestro idioma? Los arabistas entusiastas llegan hasta el treinta por ciento; siempre resultará una formidable cantidad de voces árabes en nuestro idioma. Leopoldo Lugones, en perspicaces estudios filológicos, viene demostrando, desde hace años, que el número de palabras españolas de descendencia arábiga es mu-

cho mayor de lo que imaginábamos.

Pero no solamente la semejanza de filosofía y de teología, el idioma y los parentescos étnicos nos aproximan al cercano Oriente. También la religión nos emparenta, aunque parezca extraño. Durante siete u ocho siglos el África del norte fué cristiana, y es de suponer que algo del espíritu cristiano se habrá infiltrado en el mahometismo que en aquellas comarcas se practica. Así es, en efecto. Paul Lapie, en su interesante libro "Les civilisations tunisiennes", advierte cómo los musulmanes, cuya religión no reconoce la santidad femenina, han instituido en Túnez varias santas, por ejemplo, Lela Manubia, que tiene un túmulo en uno de los oscuros zocos. Y no olvidemos que los coptos son cristianos, aunque herejes monofisitas; y que todo el Cercano Oriente, tanto en Egipto como en Palestina, en Turquía como en Siria, está lleno de cristianos.

La influencia racial del Cercano Oriente es mucho mayor para nosotros que para los europeos. Si la Siria, durante la baja Edad Media, envió a Eu-

ropa sus arquitectos, a estos países de la América del Sur envía, en la actualidad, millares de inmigrantes. Y de inmigrantes que se mezclan a nuestro pueblo y que en poco tiempo se hacen criollos.

Queda, todavía, otro nexo importante: la cultura francesa, que obra sobre los orientales del Mediterráneo como sobre nosotros. Turquía, a pesar de la política alemana anterior a la guerra, es un país de cultura francesa. Para el turco distinguido París es, como para nosotros, una segunda patria. En Egipto la influencia inglesa es nula. El diario oficial del Cairo, "La Liberté", está escrito, como su nombre lo dice (3) en francés. Las damas de la aristocracia egipcia, como las de Siria y las de Constantinopla, ante lectoras de Bourget y de Loti, ahora, lo mismo que las argentinas, devoran las novelas de Maurice Dekobra... Y respecto de los sirios nada mejor que recordar las palabras de Luis Bertrand, el gran escritor francés, para quien los sirios son, entre todos los orientales, los que más cerca se encuentran de la mentalidad francesa. Chinos, hindúes y japoneses tienen una cultura propia y típica. Los pueblos del Cercano Oriente carecen, en la actualidad, de una cultura propia. Su cultura es la francesa.

Lo que a estos pueblos les separa realmente de nosotros es la injusta opresión de los gobiernos europeos. En el Egipto "independiente" he visto a los polizontes ingleses cruzar a latigazos el lomo de los pobres nativos por el delito de pedir unas monedas a los visitantes extranjeros. Francia se ha hecho antipática en Siria, entre

los drusos. A pesar de todo, la admiración y el afecto a Francia, y, en algunas partes, a Italia, como en Marruecos a España, persisten.

Creo que el Cercano Oriente se aproximará cada día más a la Europa, a la Europa latina. Ello será obra del cristianismo. No quiero decir que esos pueblos se convertirán, sino que la obra paciente y maravillosa de las instituciones católicas de cultura y de caridad conquistará cada día nuevos afectos a nuestra civilización. Los jesuitas, con su gran universidad de Beirut, para no citar sino el más importante de sus institutos en aquellos países; los franciscanos, con sus obras caritativas y sus "Casanovas" en Palestina; los Padres Blancos, en Argelia; los Asuncionistas y Benedictinos con sus magníficos trabajos arqueológicos y bíblicos, y cien otras congregaciones, son los grandes obreros de la unión entre el Occidente y el Cercano Oriente. La cultura grecolatina, por el esfuerzo de esos hombres abnegados, perdurará y se impondrá entre los viejos pueblos orientales del mar azul.

(1) El latín era la lengua oficial y popular en casi toda el África romana, aunque ciertos dialectos, como el libio y el púnico, no habían desaparecido completamente.

(2) Antes de la invasión árabe existió el moro, que era el habitante de la Mauritania. Los que huyeron de los árabes, refugiándose en las montañas, son los actuales berberiscos, bereberes o cabilas.

(3) Existe otro diario oficial, escrito en árabe.

(4) En esta Universidad, como en todas las escuelas católicas del Cercano Oriente, se admiten alumnos mahometanos y judíos, sin que se les exija el cambio de religión. Conviene que esto lo sepan quienes ha-

blan de la intolerancia del catolicismo. Barrés en su magnífico libro "Une enquête aux pays du levant" y Luis Bertrand en "Le mirage oriental" dan interesantes pormenores sobre el tema. Entre nosotros puede certificarlo mi noble amigo el Emir Arslan, que se ha educado en la Universidad de los jesuitas, en Beirut.

Loción al Agua de Colonia
MI IDOLO
MIS AMORES
BRISAS DE MAR
Primavera Florida
y Mignon

Colonias, Lociones, Polvos y Jabón.

Las mejores del Mundo (92)



El poseedor de este cupón deberá canjearlo en las casas citadas en este aviso para no ser engañado o defraudado.

Loción m. m. . . \$ 2.10
Caja de Polvo m. m. . . 0.70

GRATIS contra entrega del presente cupón, más 25 ctvs.; atrasados y más de uno 30 ctvs. para la Capital o 40 ctvs. para el interior, entregará un frasco de colonia o loción o una caja de polvo o un jabón o una brillantina líquida o sólida o una pasta dentífrica o un esmalte para uñas o un tarro de gomol para fijar el cabello o crema de almendras para el cutis o Jabón para afeitar. Dirigir la correspondencia a:

NOGUES
CARLOS PELLEGRINI 559
SUAREZ 1833
JUAN JAURES 757
CABILDO 1932
RIVADAVIA 11456
RIVADAVIA 6912
MONTES DE OCA 1907
SAN JUAN 3602
Avda. SAN MARTIN 1717

COLOR DE ORO

porque contiene toda la Jalea.

Es exquisita la
SUPER CREMA DE MEMBRILLO

nueva creación argentina, lo mejor de hoy basado en algo muy bueno de antaño

CROSSE & BLACKWELL

La marca conocida hasta en los más apartados confines del mundo.





POR JOHN W. COX

EN toda su longitud y anchura de varios cientos de millas, la isla de Sumatra, en las Indias Holandesas, es casi un solo y enorme bosque. Las innumerables plantaciones de goma, café y té, donde cientos de javaneses y chinos trabajan, son simples islas en un mar de vegetación y follaje; los pueblos, por más que sean palacios muchos de sus edificios, son meros claros en una ilimitada extensión de vegetación que termina sólo en el mar. Cada plantación en Sumatra ha tenido que ser realizada a costa de enormes sacrificios y de grandes gastos para librarla de la selva.

En lo más intrincado del bosque se encuentran toda clase de fieras y animales selváticos; el tigre de Sumatra, el más atrevido y más feroz de la especie; el orangután, el rinoceronte y el elefante, como también numerosas variedades de ciervos, en un completo estado de salvajismo y ferocidad.

Los habitantes del fértil país son los malayos, que viven con relativa comodidad mediante el producto de sus plantaciones de arroz y de la venta de los cocos y otras frutas.

A fines de 1927, Bandar-Siantar, pueblo de alguna importancia en un distrito de populosas plantaciones en la costa este, sufrió enormemente con las fechorías de un par de tigres, macho y hembra.

Dos hombres, un chico y tres mujeres casadas, fueron llevadas por las fieras en menos de un mes, y algo así como un reinado de terror se adueñó del pueblo.

El viejo Kassim, el "penhhu-lu", o jefe del pueblo, me dijo un día en que discutía conmigo el tema de actualidad:

—Estas fieras no quieren saber nada con los chivos, ni con los perros, y dicen los hombres, que absorben más sangre que lo que comen de carne, lo que prueba lo bien que les está el nombre de "Si-pudong", que quiere decir "el de la cara peluda", que es uno de los nombres que los malayos supersticiosos dan al tigre.

Jamás, al hablar del tigre, dicen "tigre" por miedo de que el nombre llegue a los oídos del animal y lo atraiga.

—"El de la cara peluda"—continuó Kassim—fue en el comienzo un hombre como los demás, Un Sakai, un aborigen de la selva virgen, y que por sus maldades y sus brujerías fué dejado de lado por sus compañeros, y desde entonces vivió solo en los bosques. Cuando cae la noche se transforma en tigre y entonces mata animales y también hombres. Cuando ve a los hombres se esconde, pero todos saben que es el que hace todas las fechorías. Si salimos de casa de noche, Si-Pudong está siempre alerta y diariamente aumenta el número de sus víctimas.

Lo cierto es que los tigres

llegaron a aterrorizar el distrito de tal manera, que la gente de Bandar-Siantar habló de abandonar el pueblo.

Una noche, a fines de septiembre del año 1927, estaba yo tranquilamente recostado en un sillón en la galería de mi "bungalow" leyendo y fumando; serían alrededor de las diez de la noche.

Estaba bastante cansado y sacaba la ceniza a mi pipa, preparándome para irme a acostar, cuando entró, mi valet, Din, quien abriendo violentamente la puerta del fondo de la casa, me dijo sumamente excitado: "¡Hay un tigre en el jardín!"

Parece que ya se había acostado y estaba por quedarse dormido cuando lo despertó el ruido de un animal que se deslizaba contra la pared de la choza. Al principio supuso que sería algún jabali, animales que con mucha frecuencia andaban por el jardín, pero el persistente rondar le demostró que era un tigre que estaba al lado de la frágil pared de la choza.

Mientras rondábamos cautelosamente la choza de los sirvientes, y yo estaba con todos mis sentidos alerta, sentí el olor característico del tigre, que indicaba la presencia de la fiera.

Entonces, haciendo un alto, me preparé para un ataque, pero el tigre no se hizo presente, y por más que buscamos en el jardín y alrededor de la casa, nuevamente me retiré disgustado a la cama, y a Din lo hice dormir en un cuarto en el "bungalow", pues era muy arriesgado que durmiera en la choza.

A la mañana siguiente estudié detenidamente las huellas del tigre, y éste había estado frente a la choza, exactamente en el sitio de la cama de Din.

Las marcas de las zarpas estaban clavadas en la tierra profundamente, lo cual demostraba que el animal había estado varias horas en acecho.

Era tan frágil la choza que hubiera bastado un empujón del tigre para que éste hubiera entrado sin la menor dificultad, y el no haberlo hecho posiblemente fué porque la fiera sospechó que era una trampa como las que se les preparaban, y a pesar de estar hambriento no se atrevió a hacer la prueba, felizmente para Din!

Después de ver que los indígenas estaban ya trabajando, salí en mi bicicleta para verificar si todo estaba en orden y regresé al "bungalow" a tomar mi desayuno.

Al llegar a las plantaciones de palmeras detrás de la casa, bajé de la bicicleta y me dispuse a caminar por entre las filas de árboles, pero de repente me llamó la atención un hombre que se hallaba en el camino y me hacía señas para que me retirara.

Al acercarme vi que era un anciano javanés, de nombre Jickan, el capataz principal de los indígenas.

El anciano, cuyo rostro estaba gris de terror, me contó que mientras marchaba a través del palmar, en dirección a la plan-

LOS TIGRES CEBADOS DE BANDAR-SIANTAR

tación de goma con objeto de vigilar la recolección de cocos, un tigre enorme había pasado a su lado sin mirarlo siquiera y había enderezado tranquilamente hacia la zona de los árboles gomeros.

Cuando vió a la fiera, lo primero que trató de hacer fué treparse a un árbol, pero la proximidad de la fiera lo paralizó, y lo único que pudo hacer fué arrimarse al tronco del árbol, lleno de pavor. El tigre cruzó a unos pasos de él.

Según el capataz, el tigre era, sin lugar a dudas, un devorador de hombres, que estaba explorando un nuevo campo para sus hazañas.

Examinando detenidamente las huellas, pude comprobar que era, efectivamente, un enorme tigre, probablemente el mismo que la noche anterior había rondado cerca de la cama de Din y que, después de haber pasado la noche en la plantación, se volvía a la selva.

Apresuréme en llegar a mi

"bungalow" y, cargando mi rifle, salí con Din en busca de nuestro peligroso visitante.

Luego de pasar por las plantaciones de palmeras, llegué hasta las plantaciones de goma, donde los nativos estaban trabajando. Apenas llegué, se me acercó uno de los capataces, sumamente agitado, diciéndome que el tigre acababa de pasar por allí.

Parece que había pasado muy tranquilamente al lado de los horrorizados trabajadores, y sin



Reflexione...

sobre la importancia que tiene el evitar en todo momento los inoportunos ataques de

T O S

Cuando en su bolsillo lleve

PASTILLAS FUCUS

podrá estar seguro de evitar esos molestos ataques, cuidando al mismo tiempo la garganta y las vías respiratorias, pues los componentes de las **PASTILLAS FUCUS** son los elegidos por la medicina por sus propiedades balsámicas, sedantes y desinfectantes.

SON DE GUSTO EXQUISITO

Cuando con **RESFRIO** debe salir de su casa, lleve consigo

PASTILLAS FUCUS

\$ 1.20 la Caja.

En las Farmacias.



hacerles caso, saltando con elegancia un pequeño charco, había desaparecido en la selva.

Agregó que el animal era muy grande.

Me senti muy desilusionado por no haber podido ver la fiera, que habíase paseado con tanta tranquilidad e impunidad entre un centenar de javanese. Al volver a mi casa tomé mi desayuno, no sin antes maldecir al animal por haberse ocurrido retirarse tan temprano a su guarida en la selva.

Cuando, después de haber desayunado, volví a hacer mi inspección por la plantación, llevaba mi rifle listo para cualquier emergencia, pero con muy poca esperanza de hallar a la fiera.

Alrededor de las nueve y media dejé a los "coolies" en su labor y me fui hacia una parte de la plantación en que los hombres estaban haciendo unos pozos para plantar unos árboles de goma, que quedaba en un claro del bosque, y encontré a los trabajadores muy excitados y asustados.

Unos diez minutos antes de mi llegada me dijeron que el tigre acababa de presentarse y parecía que estaba indeciso en pasar entre los hombres que estaban trabajando.

Aparentemente asustado por los gritos de terror de los javanese, luego de haber gruñido amenazadoramente, desapareció entre unas matas de pasto, a unos doscientos cincuenta metros de ellos.

Los valientes nativos, aun cuando no estaban armados más que con sus útiles de labor, consistentes en unos cuchillos de madera, me sugirieron la idea de que yo me escondiera entre el pasto "lallang", mientras ellos trataban de sacar al tigre del lugar donde se había escondido.

El pasto era de una altura de cerca de dos metros, de modo que los hombres no se podían divisar; únicamente se veía el movimiento del pasto a medida que avanzaban.

De repente me gritaron que tuviera cuidado, pues la fiera se encontraba allí, y sentí que todos mis nervios se ponían en tensión.

No podía ver a nadie, pero tenía la seguridad de que ellos habían oído tan bien como yo la voz de alerta.

Los nativos estaban aún bastante lejos, pero era fácil imaginarse su excitación.

Entre ellos y yo, deslizando tranquilamente entre los pastos, venía un gigantesco y amenazador tigre cebado.

Hubo un momento de silencio y de repente sonó el grito de guerra de los javanese.

Como respondiéndoles, el tigre rugió de una manera impresionante, que hizo que los nativos tomaran más firmemente sus armas, pues ni por un instante titubearon.

Poco a poco continuaron acercándose al tigre con un coraje que era realmente de admirar, pues no es cosa tan sencilla acercarse a un tigre armado únicamente de cortas espadas.

Sólo en ocasiones parecidas, cuando se avanza acompañado

de una fila de hombres a pie armados con cuchillos o espadas cortas, únicamente se puede comprender lo peligroso que resulta un tigre.

Desde un árbol, o sobre el lomo de un elefante, es posible cazar tigres con relativa impunidad, pero es muy distinto esperarlos a pie y avanzar hacia él o esperar que lo traigan hacia uno, pues hay que estar dotado de una agilidad equivalente a la del animal. Además, el tigre avanza con tanta cautela que no se le oye aun cuando se encuentre a dos pasos de uno; en cambio el hombre, con el menor movimiento rompe una hierba o quiebra una ramita, y ello es suficiente para poner a la fiera sobre aviso.

En el momento oportuno la fiera salta sobre la persona—que por lo general está tan indefensa como una criatura—y puede matarla de un golpe. No hay fuerza humana capaz de contener un animal que es capaz de matar un búfalo de un solo zarpazo.

Los cazadores estaban muy nerviosos, y a pesar de no poderlos ver me daba cuenta de que no estaban lejos.

De repente un pájaro que estaba en un árbol situado entre los javanese y yo dió una nota de alarma, y otro pájaro le contestó, lo que demostraba claramente que habían sido asustados por algún animal. Comprendí entonces que la fiera estaba cerca.

Vi algo que se movía cautelosamente debajo de una mata de mimosa, cuyo tupido follaje me impedía tener una visión clara de lo que se trataba, pero ese "algo" que adelantaba con tanta cautela también me vió, pues a poco salió de su escondite una enorme fiera rayada y de un salto casi pasa por encima de mi cabeza; entonces disparé mi rifle una y dos veces y sin un bramido el tigre cayó a tierra y clavó sus zarpas en el suelo; luego se quedó quieto. ¡Había matado a uno de los terrores de Bandar Siantar!

En seguida el cuerpo de la fiera se vió rodeado por los javanese, quienes con sus "klewangs" en alto se acercaron para dar el golpe de gracia al terrible carnívoro, pero el animal estaba bien muerto.

El primer balazo le había roto una de las paletas y el otro le había perforado el corazón.

Resultó ser un magnífico ejemplar de tigresa en espléndidas condiciones, que medía de la cabeza al rabo cerca de tres metros. Su piel lustrosa decía de una buena alimentación.

Muy pronto se corrió la voz y llegó al lugar de la hazaña el señor Rogge, ayudante mayor; la señora Henning, la esposa del gerente y varios otros. La señora Henning tomó una instantánea del grupo.

La mayoría de la población de Bandar Siantar se reunió también y por largo rato se oyeron sus exclamaciones de asombro mientras examinaban al terrible felino.

Colgada de una caña de bambú y llevada al hombro por seis

jubilosos javanese, la fiera muerta fué traída a mi casa, donde se le sacó la piel.

Después del almuerzo me fui en la bicicleta hacia la fábrica, para vigilar a los "coolies" mientras sacaban el líquido crudo de la goma.

A las tres de la tarde, cuando estaba escribiendo en mi escritorio, un muchacho javanés de nombre Karmat vino corriendo con la noticia sorprendente de que en la calle 25 había otro tigre escondido, a noventa metros escasos de la fábrica.

Me dijo el chico que estando él subido en un árbol le llamó la atención un movimiento en el pasto a corta distancia del mismo, y que mirando con cuidado vió horrorizado que un tigre, al parecer dormido, estaba casi cubierto por altos pastos; entonces Karmat no perdió tiempo y bajó corriendo hacia la fábrica.

Al principio no di crédito a la historia del muchacho, pues me supuse que podría ser una alucinación, debido a los acontecimientos de la mañana, pero como él se ofreciera a guiarme hacia el lugar, no dudé más, y montando en mi bicicleta me fui hacia la fábrica, no sin antes llevar mi rifle cargado. En la fábrica se me unió el señor Rogge y el ayudante mayor, un hombre de reconocido valor, quien a pesar de estar armado sólo de un rifle de escaso alcance, me pidió que le permitiera acompañarme y ayudarme, aunque si a mí me fallaba el tiro el tampoco podría escapar si el tigre nos atacaba.

Inmediatamente nos pusimos en camino, guiados por Karmat y seguidos a una pequeña distancia por varios cientos de javanese, deseosos de asistir al fin del segundo tigre.

Karmat nos señaló un espacio abierto, donde habían sacado una cantidad de árboles y en que el pasto crecía muy tupido.

Avanzamos unos noventa metros hacia el lugar, con Karmat al frente, quien caminaba valientemente, guiándonos, a pesar de mis advertencias de que se estaba exponiendo a un ataque de la fiera, y que, además, obstruía el campo de acción de mi rifle; pero de repente Karmat hizo alto, respirando afortunadamente.

Empinándose en la punta de los pies, miró con suma atención hacia algo que estaba en el pasto, a unas cincuenta yardas de distancia.

Yo también miré, pero no vi nada, y continué avanzando con la vista fija en los matorrales y con el rifle listo.

La fiera posiblemente haría rato que nos estaba observando, pues de golpe las matas se abrieron y un enorme tigre se levantó y salió trotando por entre las filas de los árboles.

Cuando la fiera salió, una nube de moscas se levantó del suelo; me acerqué y vi los restos de un nativo, que luego identificamos como los de Sariem, un pobre trabajador a quien sin duda el tigre sorprendió cuando estaba trabajando,

pues su canasto y su cuchillo de trabajo estaban al lado de los restos.

Como el tigre se alejaba dándole la espalda, no quise hacer fuego, pues en esa forma el animal no presentaba ninguna parte vital para herirle, de modo que comencé a correrlo y a gritar para hacerlo dar vuelta. De improviso la fiera, como molestada por mis gritos, se dió vuelta y me enfrentó, mostrando los dientes y gruñendo amenazadoramente.

¡Era en realidad un soberbio y enorme tigre! Inmediatamente hice fuego y le alojé una bala en medio del cuerpo, que lo volteó, pero casi en seguida se repuso y dando un poderoso gruñido, con la cola en alto, me hizo frente y arremetió.

A una distancia de diez pasos, pues lo dejé acercarse, volví a hacer fuego, y el tigre cayó para ya no levantarse más.

Me aproximé con cautela, para ver si daba señales de vida, y a pesar de que Karmat le arrojó piedras, el animal no se movió.

El terror de Bandar Siantar había desaparecido!

Luego le tomamos el largo a la fiera y media más de tres metros, una enormidad para un animal de la costa del Este.

Era un macho; sin duda alguna, el compañero de la tigre que habíamos cazado por la mañana.

Y antes de terminar quiero rendir un justo homenaje al señor Peter Rogge, quien a pesar de estar insuficientemente armado me acompañó en todo momento y con toda valentía. También debo hacer notar el coraje de Karmat, quien sin ninguna clase de armas nos guió hasta donde se encontraba el tigre, sabiendo que si la fiera lo atacaba sería devorado, o por lo menos muerto, antes que yo tuviera tiempo de hacer fuego para salvarlo.

Sin lugar a dudas, la pareja de tigres se estaba preparando para hacer una incursión en la noche, de modo que su muerte evitó no pocas desgracias personales.

Fuí muy felicitado por las autoridades locales y me dieron un premio de doscientos cincuenta "gulden" oro, por haber librado al país de los feroces carnívoros.

Completamente aparte de eso, sentí una satisfacción muy grande por haber muerto dos fieras tan terribles en un solo día y de haber podido vengar la muerte del pobre Sariem y de algunos otros.

"No hay nada mejor que la Crema Hinds para conservar el cutis blanco, aterciopelado, juvenil..."

—dice LUPE VELEZ

y la conocida y apreciada estrella mexicana agrega:

"Desde los principios de mi carrera artística he venido usando la Crema Hinds para proteger mi cutis contra los rigores del clima frío de la ciudad de México y para conservarlo blanco bajo los ardientes rayos del sol de tierra caliente. No he encontrado otra crema que supere, ni siquiera que iguale, para ello, a la Crema Hinds."

Es bien sabido que las inclemencias del tiempo son las que aviejan el cutis más despiadadamente. Más de cincuenta años de uso han comprobado la eficacia de la Crema Hinds para proteger el cutis contra el daño que causan el aire y el frío, el polvo y el sol, y para conservarlo deliciosamente blanco, fresco y juvenil. Un ensayo la convencerá.



CREMA HINDS

LAS VEINTE MIL ENAMORADAS DE JOHN GILBERT

(Continuación de la pág. 14)

cio cabal y enérgico, una bella cabeza de melena oscura y cuello muy fino, y los ojos, que son grises, verdes o castaños. Tres pares de ojos, Mona Maris, tiene usted tres pares de ojos. Está contando tranquilamente, con alguna que otra observación llena de malicia porteña, su llegada a la finca de Schenk, las cuatro noches y días de fiestas que la siguieron, su cansancio del viaje, la multitud de impresiones diversas acumuladas sin ritmo y que ahora recuerda como a través de un sueño. La figura de Gilbert pasa repetidas veces en su conversación.

—Es un muchacho muy simpático... Y atropellador como él solo. También, no es para menos, con los miles de mujeres que se mueren por él... ¡Oh!, no; pierda cuidado, no me interesa. Hay otras cosas que me preocupan más que él por el momento. No, no; ni siquiera para hacerme cartel. Creo que voy a trabajar con él.

El director Fred Niblo hizo

las pruebas de Mona Maris, pero no correspondió al tipo que se buscaba para Gilbert. Pero el inconveniente mayor estuvo en que la nueva película de Gilbert iba a ser hablada, y el inglés que habla Mona Maris, con ser muy bueno, carecía de sentido "americano", según opinión de Niblo.

Las películas habladas fueron las que desviaron el éxito segurísimo de Mona Maris en Hollywood. Las películas habladas pararon en el aire el salto de la artista argentina, que a los pocos días de llegar era ya el tema de los círculos hollywoodenses e invitada especial a las fiestas de gran tono. John Gilbert no hacía otra cosa que hablar de ella y mandarle sus coches a cada momento para que los usara a su gusto. Linda muchacha y con tan tremenda suerte... No vaya a perder los estribos, Mona Maris, y el año que viene voy a tener que mirar muy por arriba para encontrarla. Atenta con Gilbert.

—He dicho que no tengo miedo. Ya va a ver.

Al día siguiente almorzábamos en el comedor del hotel y seguíamos en broma los comentarios sobre Gilbert, a quien me había sido imposible

entrevistar. En su estudio nadie se animaba a molestarlo.

—Señorita Maris, el señor Gilbert llama por teléfono.

—Dígame que estoy ocupada...

—Bravo, pero eso es para despistar. No había transcurrido un cuarto de hora cuando volvió la secretaria alemana.

—Señorita Maris, el señor Gilbert llama por teléfono...

—Dígame que estoy almorzando...

Bueno, ahora si que la cosa se pone bien... Vamos a levantar esta copa de agua helada, no hay más remedio, para brindar por las muchachas argentinas. Y otro cuarto de hora después:

—Señorita Maris, el señor Gilbert llama por teléfono.

—Dígame que estoy almorzando con mi compatriota el periodista que le pidió una entrevista esta mañana.

La alemanita giró con una precisión militar sobre sus talones y llevó el mensaje.

—Señorita Maris, dice el señor Gilbert que invite a su amigo para la tertulia de esta noche.

¡Lindo! Viva la patria; el favorito de las veinte mil se

(Continúa en la pág. 38)

EL MONASTERIO DE SAN CLODIO DE LEIRO



Fachada de la iglesia del monasterio de San Clodio de Leiro

POR JOAQUIN
PESQUEIRA

(Para LA NACION)
VIGO, julio de 1929



Nuestras frecuentes y largas correrías por Galicia hemos pasado muchas veces por Leiro, en esta tierra admirable del Ribero de Avia. Unas veces, íbamos a ver la maravilla arquitectónica del Escorial gallego: el enorme monasterio de Santa María la Real de Osera. Otra vez, al ir para Banga, balcón del Ribero, a casa de D. José Blanco, comerciante de Buenos Aires. Otra vez, en pleno invierno, a contemplar la ingente sierra del Paraño, toda nevada, más arriba de Carballino. Otra vez, arrastrado por el diputado don Emilio Gómez Arias, a visitar su excelente y acreditada bodega de Gomariz. Otra vez, también a Banga, invitado por el general Cavalcanti, para visitar los Pazos de Ulloa, en donde su suegra, la ilustre Condesa de Pardo Bazán, hace transcurrir la acción de su famosa novela del mismo título. Y otras veces más... Pero nunca nos fué dado detenernos en Leiro, porque siempre, con mala suerte, fuimos de prestado, en automóvil de amigo. Y como en alguna ocasión tenía que ser, ahora hemos venido a Leiro a comer, fritas con unto de cerdo—que es como están mejor—, las sabrosas truchas asalmonadas que, lo mismo en invierno que en verano, pesca a nado en el Avia el viejo mesonero Carballeira.

Empero, por lo que a mí respecta, la finalidad de nuestra excursión no es ciertamente, esta finalidad material y succulenta. Salimos de Vigo en las primeras horas de la mañana y subimos y bajamos, rápidamente, por la carretera serpenteante, los macizos montañosos de Puxeiros, del Confurco y de Fuente-fria para descender al valle de La Cañiza, y desde allí, por Melón a Ribadavia. Entramos así en el Ribero, ubérrima tierra de vino. Los caldos del Ribero son famosos en el mundo. Lo fueron más, es verdad, hace siglos, cuando las naves inglesas cargaban en Bayona y en Vigo

los odres del néctar con que se brindaba en las comidas de la corte de Inglaterra. Pero aun hoy los vinos del valle del Avia y del Miño compiten en fragancia, en sabor y en calidad con los mejores de Francia y de Italia. Y no hablemos de la fruta de hueso: no tiene parangón. La pavia del Ribero—¡hay ahora tan pocas!—, “sabe a gloria”, como dijo un célebre jesuita... Borneando el Avia, que corre mansamente a morir en el Miño, dentro de un paisaje de ensueño, seguimos el viaje a Leiro. Vamos, entre viñedos que lucen ya todo su verdor, por Quinza, Regodeigón y Vieite. Nos cruzamos con muchos carros y camiones que llevan a la estación ferroviaria de Ribadavia pipas de vino para Pontevedra, para Vigo, para Compostela, para toda Galicia, y para Cuba y la Argentina. Nuestros compañeros—el maestro nacional de Gomariz, D. José Gómez; el fundador de Casa de Galicia, de Buenos Aires, D. José Barrio, y el escritor D. Manuel Lustres Rivas—, gustan y saborean, por anticipado, las truchas del Sr. Carballeira. Y yo, en cambio, oyéndolos, pienso que, mientras el anciano tabernero las pesca y las fríe, podré, al fin, visitar con calma por vez primera el antiguo monasterio de San Clodio.

A esto principalmente, he venido a Leiro.

El monasterio de San Clodio o San Claudio del Avia es uno de los más antiguos de Galicia y aun de España. No son muy claras las noticias que se tienen relativas a su fundación. Según especifica su abad Pelagio (Pelajo) en testamento otorgado en 1158 y según afirma también el historiador López Ferreiro, fué fundado por los condes Alvaro y Savita a mediados del siglo sexto, en un lugar llamado Emeineris o Emeteris. El P. Flores dice que no hay memoria alguna de este convento hasta el año 928. Otras informaciones aseguran que al principio era dúplice. Pero se cree que sus primeros frailes, fueron monjes fugitivos de San Claudio de León, en donde los suevos, arrianos fanáticos, habían martirizado en el año 544 al abad San Vicente, al prior San Ramiro y a otros doce religiosos. Muños de la Cueva indica que le dieron privilegios el rey Chindasvinto y la reina Reciber. Se supone, por algunos, que el monasterio fué destruido por los sarracenos de Almanzor, en su “razzia” por Galicia. La ver-

dad es que—lo expresa en su citado testamento—, lo reconstruyó el abad Pelagio González, que hizo muchas obras de fábrica, adquirió y roturó tierras y plantó viñedos. El primer privilegio conocido que tuvo el convento cisterciense de San Clodio lo expidió el rey Alfonso IX en 1218, y lo confirmaron Fernando III, el Santo, Alfonso X, el Sabio y otros monarcas posteriores. En esos privilegios se consideraba hijodalgo a los monjes y se les eximía de los tributos reales. A partir de entonces, el monasterio creció en importancia y en riqueza. Lo demuestra el hecho de que en 1469 el papa Paulo II nombro juez apostólico a su abad Aries de Santa María, con jurisdicción sobre el de Osera. También fué juez apostólico, por nombramiento papal, otro abad: fray Juan de Grijoa. Por esos años, el famoso Conde de Camiña, D. Pedro Alvarez de Sotomayor, bastardo apodado Pedro Madruga—“porque madrugaba moito para hacer sus cabalgadas”, dice el cronista Vasco de Aponte—, saqueó el convento y paseó a su abad, en son de burla, por las calles de Ribadavia, montado en un burro y con una ristra de ajos al cuello. No se sabe, a ciencia cierta, qué naturaleza de ofensa o de daño habría causado el abad al turbulento señor de Sotomayor.

Desde 1520 a 1536 el monasterio fué gobernado por superiores no monjes, que residían en Roma o en la Corte, y que arrasaron sus rentas. Igual aconteció con el de Osera y suponemos que con el de Celanova. Al fin se le devolvió su autonomía. Pero ahí debió comenzar su decadencia, pues en 1753 no contaba más que con 31 monjes y en 1789 su jurisdicción sólo abarcaba ya las feligresías de Lebosende, San Clodio, Vieite,

Cuñas y Gomariz. Sin embargo, en 1752 aun contribuía, con una gran aportación, al sostenimiento de los colegios de la Orden de San Bernardo que funcionaban en Salamanca, Alcalá y Palazuelos. Posteriormente, el monasterio de San Clodio contribuyó también con fuertes sumas a los gastos de la guerra con Francia que terminó con la paz de Basilea, y más tarde a la de la Independencia. Cuando en 23 de septiembre de 1820 se decretó la abolición de las órdenes religiosas, los frailes abandonaron el convento, y aunque después les devolvieron sus bienes y documentos, tuvieron de nuevo que huir y ocultarse para escapar de las matanzas de 1834. Vino luego la desamortización, y el archivo, que era riquísimo, fué trasladado a Orense. Allí lo destruyó el reciente incendio de la Biblioteca Provincial, igual que otros miles de documentos importantes y necesarios para la historia de Galicia. El monasterio quedó convertido en cuartel de la Milicia Nacional, casa rectoral y escuela pública, y sus salones sirvieron en diversas ocasiones para fiestas y representaciones teatrales. En subasta adquirió la propiedad, en 1880, el P. Veremundo Dieguez, benedictino de San Juan de Corias, que lo cedió a la comunidad del monasterio de Samos. Pero ésta no debió hacerse cargo de la encomienda, por cuanto, en 1885, el sacerdote D. Manuel Noya Martínez, dolido del abandono en que estaba el edificio, procuró su arreglo con las limosnas que recogía a pedir de puerta en puerta. Y, nuevamente, en 1891, volvió a San Clodio—hoy priorato—, la comunidad de San Benito—llevada por el P. Gaspar de Villarreal—, que también ha venido trabajando, desde entonces, por la mejor

conservación de este monumento arquitectónico.

...Atravesamos las pequeñas calles de Leiro y el sauzal de Santa Cruz, donde canta siempre el ruiseñor, y pasamos el río por un viejo puente de granito. Luego subimos una pequeña y pina cuesta. Y ya estamos en la plaza de San Clodio. Es un pueblecito de casas antiguas, espaciosas, con balcones volados. Algunas, señoriales, adornan sus fachadas con escudos historiados. Al fondo, se alza la iglesia con su torre roma y la mole achaparrada del convento. El pórtico del templo, de carácter románico, y su roseón central—en parte tapiado y destruido—, tienen su mérito principal en su antigüedad. Pertenecen, según nos dicen, al siglo catorce. El claustro, muy esbelto, es ya posterior: del Renacimiento. Cuando entramos en él sentimos una honda impresión de frescura y de quietud. Junto a la fuente, al suroeste del agua que canta en la taza su tonada cristalina, un monje lee, recogidamente, sus oraciones. Respetamos su meditación, y cuando termina viene a saludarnos. Nos enseña, gentilmente, las pocas cosas interesantes que la desamortización ha dejado en San Clodio: un trozo de la Cruz de Cristo, que trajo de Jerusalén un obispo de la orden; la escalera monumental, alada y casi sin sostén; las bóvedas y columnas de la iglesia; la celda de fray Vicente Garza, que fué general del Cister, y unas bellas pinturas murales que empiezan a descubrirse, con sumo cuidado, en el claustro, bajo recias capas de cal...

Hemos satisfecho nuestro deseo de visitar el monasterio de San Clodio. Y vamos ahora, tranquilamente, a comer las truchas asalmonadas del Sr. Carballeira.



PARIS-MEDIAS MARAVILLOSAMENTE BELLAS

¡Y, sin embargo, tan económicas!



Son en verdad sorprendentes los valores de las Medias París.

Creaciones de fina y compacta seda, en hermosos colores que sólo expresan la real moda, y con artísticas e incomparables cuchillas y talones, las Medias París agregan al encanto de sus cualidades una sin igual economía: en su precio inicial y en la extraordinaria duración que proporcionan.

Talón en punta, medio talón y talón cuadrado, con y sin cuchilla.

En seda natural con sello de garantía y otros tipos.

En venta en: CASA ARGENTINA SCHERRER, Suipacha 161-CIUDAD DE MEXICO, Florida y Sarmiento-PARADA & CIA., Corrientes 802 y Av. de Mayo 699, y en muchas otras buenas casas del ramo.

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.

Distribuidores LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273 al por mayor: STAUDT & Cia. S. A. C. — B. de Irigoyen 330 Buenos Aires

UNA FAMA USURPADA

CONFESABA yo, en las palabras que servían de "hors d'oeuvre" a mi charla inaugural, que algo había conspirado para que se me tuviese por "gourmet". Como siempre es bueno precaverse contra las sonrisas que puede provocar una actitud pretenciosa, voy a referir aquí — por si acaso — una anécdota del muy agradable escritor francés del siglo pasado Charles Monselet, que — como es sabido — conquistó fama imperecedera por haber tenido la feliz ocurrencia de llamarle líricamente al cerdo: "Mon ange!"

Es el caso que Monselet tenía fama de ser autorizadísimo árbitro en cuestiones de boca. Esto le valía no pocas ventajas y, en primer término, la de ser el hombre más convidado a comer que había en todo París. Un amigo de Monselet, gran "gourmet" que no se jactaba de serlo, se percató de que el famoso árbitro sólo debía ser un hábil sofisticador. Para comprobar la sospecha, un día lo in-



Charles Monselet

vitó a almorzar y previamente le recomendó a su cocinero que preparara un "menu" compuesto de platos netamente burgueses, a los que bautizaría con imponentes nombres exóticos. Monselet saboreó aquellos manjares, los declaró inéditos y los cubrió de hiperbólicos elogios. Luego, al servirse el café, el dueño de casa le reveló a Monselet la celada que le había tendido.

Monselet se puso intensamente pálido, luego se tornó etimológicamente lívido y, por último, como era un hombre de "esprit", se volvió con aire implorante hacia su travieso amigo y con lágrimas en la voz y las manos "haciendo un bendito", le dijo: — ¡Por Dios, no me pierdas! ¡Guarda para ti este terrible secreto! ¡Ten en cuenta que soy un padre de familia!

POLLO A LA MARENGO

Decía yo también en mis palabras liminares, que la gastronomía mantiene relaciones con todas las artes y ciencias (menos con la metafísica, por supuesto: "Metafísico estás — Es que no como"). Y claro está que la ciencia o arte con que cultivaba más antiguas relaciones es la historia. Basta citar como ejemplo la prodigiosa enciclopedia del pueblo hebreo. Sin asomo de irreverencia puede decirse que el libro del Exodo contiene el primer tratado de cocina que se haya escrito y que establezca prolijos regímenes dietéticos. Al lado de la estupenda "rotisserie" mosaica, toda oro, plata, tapices y maderas preciosas, en cuyos vastos hogares de bronce se asaban las

CHARLAS GASTRONOMICAS

POR

JOTAFE

ben agregar otros; como ser perejil, tomillo y medio vaso de vino blanco. Dicen que una trufa cortada en rodajitas, perfecciona el gusto y el perfume de la salsa de una manera superlativa.

"BOISLESVE"

Este pollo a la Marengo me ha traído a la memoria un pintoresco detalle de vida parisiense. Una tarde de los tristes días de la guerra, conversando con el ilustrado autor de "Zogolbi", recayó la charla sobre platos raros y restaurantes curiosos, sólo conocidos por algunos iniciados. Yo hablé con entusiasmo del pequeño "Boislesve", puesto de moda en su círculo político por Briand y que Larreta no conocía. Aproveché la coyuntura para invitarlo a que fuéramos a almorzar allí al día siguiente (¡vaya un pollo por tantas gallinas!). El restaurante de Boislesve está situado a unos doscientos metros de los grandes bulevares, en el punto en que se encuentran las calles de Joffroy Marie y Montyon, frente al Faubourg Montmartre. El modesto edificio de un solo piso, forma un ángulo agudo y chaffanado, quedando la entrada en esa ochava. Boislesve era primitivamente un "marchand de vin" y su propietario, para halagar la tendencia a la antitesis, tan frecuente en los artistas y en los "gourmets", le conservó a la entrada de su establecimiento, cuando se puso de moda, todo su característico aspecto de "mastro-quef", con la diferencia muy agradable de que sobre el cinc, en vez de proletarios vasos de "aperós", se veían cestas de maravillosas frutas y fuentes de "aspic de foie gras" de una elocuencia arrebatadora. Entramos al saloncito del piso bajo y en seguida nos atendió Louis, instalándonos en una mesita de rincón, libre, nos dijo, "de cou-

rants d'air". Este Louis, calvo y sesentón, era el dictador de la casa. En mangas de camisa y vistiendo pantalón y chaleco de smoking, atendía él solo el salón, con maneras afables, pero perentorias. Al combinar el "menu" vi que el plato del día era "poulet Marengo". Entonces le recomendé a Louis que hiciera acompañar ese plato con unos huevos fritos en aceite. Louis se congestionó ligeramente y con voz y gesto que debían ser como los del Primer Cónsul, dijo: "¡Imposible! Aquí se cocina a la francesa!" En balde quise lucir mi erudición histórico-culinaria, demostrando que los huevos fritos no podían faltar en el "poulet Marengo". Louis se mostró inflexible y poco faltó para que nos insinuara que podíamos retirarnos. Larreta fingió o hubo realmente de sulfurarse — pues es sabido que, a pesar de sus modos afables, tiene la sulfuración fácil — pero yo salvé la grave crisis por medio de una transacción, ordenándole a Louis que sirviera aparte, al mismo tiempo que el pollo, un par de huevos fritos.

Un día Rubén Darío — a quien yo acababa de solucionar grave incidencia — me descargó cómicamente esta palabra: ¡Bismarck! Se me ocurre que ante el conflicto de los huevos fritos me hubiera llamado ¡Talleyrand!

"J'EN FERAIS MON ORDINAIRE"

Tomo de los apuntes de Gustav Anheim sobre el general Mitre (que ya cité en mi charla anterior), esta bonita anécdota que tiene el mérito de dar a conocer modalidades del general, desconocidas para el público, pero muy características para los que le conocieron en la intimidad:

"Al general Mitre, dice Anheim, le agradaban mucho las locuciones parisienses que yo solía emplear bromeando. Así ocurrió, por ejemplo, una noche en que comíamos en lo de Dressel, el suntuoso y selecto restaurante de Berlín. Yo conocía los gustos del general y era quien generalmente componía el "menu". El general se encargaba, por su parte, de elegir los vinos. Aquel día hizo servir con las ostras un Chablis delicado. Como me viera saborear aquel vino, realmente delicioso, pero desgraciadamente inaccesible para mi bolsillo, el general me preguntó cómo lo encontraba. Le respondí riendo: "J'en ferais mon ordinaire!"

Poco tiempo después, estando en Eidam, tomábamos el té en casa de un buen campesino holandés, que nos hizo ver cómo se fabrican allí los famosos quesos. Junto a los cristales de una ventana estaba sentada bordando la niña de la casa, una soberbia Rubens de diez y seis años. Llamé la atención del general respecto de aquella rozagante belleza rústica, y él, dando muestra de su gran memoria y de su "á propos", me contestó riendo: "J'en ferais mon ordinaire!"

PAN Y QUESO

El delicioso Courteline, cuya reciente desaparición ha sido tan sentida, llamado a dar su

opinión como "gourmet", contestó:

"Nunca me ha agradado comer más que dos cosas: el pan baso de los campesinos y el queso de Brie, cuando lo había aún. Pero ha desaparecido, ¡hélas!", como muchas otras de nuestras instituciones. Lo que yo lloro de la mañana a la noche, como aquel buen señor cuya mujer había caído... ¡en la desgracia!"

COCINA MODERNISTA

La gran guerra pasada, entre los infinitos males que produjo, le arrebató al arte culinario el hombre que prometía ser su innovador. No recuerdo su nombre, pero tengo bien grabados en la memoria los principios en que pensaba fundar su reforma, urgente, según él, porque la cocina francesa hace dos siglos que no da un solo paso hacia adelante. Yo voy a tratar de ser, decía, el Guillaume Apollinaire de la gastronomía.

Las bases esenciales de la reforma eran dos y consistían: la primera, en que todo plato, para ser grato al paladar, debe estar compuesto por dos substancias de desigual resistencia, y así, por ejemplo, una tortilla debe contener dentro riñones saltados o simplemente trocitos de pan frito en manteca, evitándose de ese modo la repugnancia que a algunas personas causa la "omelette... babeuse". La segunda base consiste en modificar los perfumes de la condimentación, empleando los de algunas esencias de flores de uso corriente en la repostería.

Basado en esos principios he



Georges Courteline

tratado de inventar (¡Dios me perdone!) un plato cubista, al que he bautizado con el nombre de una de nuestras más talentosas ultraístas.

Se toman filetes de pejerrey (uno por persona, y quizá sea demasiado), se los pone a marinar durante dos horas en buen ron, ese ron que hay en todos los almacenes y que no nombro por no hacerle publicidad gratuita. Después se sacan los filetes del ron — que se reserva —, se los pasa por huevo batido y pan rallado en cantidad — para obtener el principio de las dos densidades desiguales — y se los dora hasta formar una corteza quebradiza. Colocados los filetes en una fuente de metal bien calentada, se agrega el ron al aceite que ha quedado en la sartén, se derraman cuidadosamente en esa salsa dos gotas de "Vera violeta" y se sirve. "Vous m'en direz des nouvelles!"



Viento fino del alba

Viento fino del alba
pálido de rocío,
viento cristalizado
en un torrente altivo.
¡Qué distinto, en el habla,
del viento atardecido!
Tu voz es amarilla
como llama de cirio,
tu voz que arde en el fuego
de una antorcha de frío.

De la zona sin límites
llegas a nuestro abismo;
tu voz clara y sombría
dice: — Yo soy el nímbo
de Dios — Y tus palabras
salvan como el bautismo.

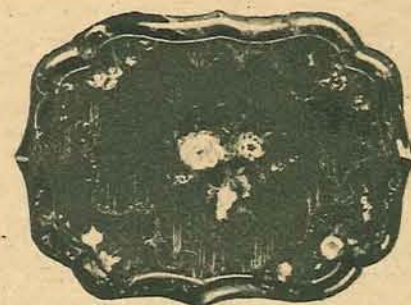
Eleva voces puras
el sueño de los niños
en tu atmósfera. ¡Oh viento
del alba, viento fino!

Fragor de aguas celestes
y de cristales místicos.
Canción de árboles nuevos
y pájaros antiguos.
La luz no sazónada,
muestra arcángeles lívidos,
aun húmedos de noche
los párpados caídos.
Sus voces desafinan
al entonar los himnos.

Viento augural, pureza
del alba y del rocío.
Cuerpo y alma desnudos,
libre de humano oficio,
camino por tu estepa
tras un nocturno signo:
llevo una cruz: mi verso,
y un Cireneo: Cristo.

Viento del alba, hermano,
hermano mío.

González Carbalho

BANDEJA
EN
"PAPIER
MACHE"

LA BOGA DEL "PAPIER MACHE"

El mundo de los coleccionistas está lleno de sorpresas, y lo que hoy se ignora por completo puede ser mañana buscado con afección. Sin embargo, nunca se hubiera creído que las mesas, bandejas, floreros y otras piezas de "papier maché", que hace cincuenta o sesenta años que no se usan, volvieron a ponerse de moda con tanto entusiasmo que hasta el Museo Victoria y Alberto le haya dedicado un sitio especial. Hay piezas que alcanzan hoy a valer veinte o treinta veces lo que han valido

siempre, y se dice que día llegará en que hasta ese precio se triplique.

La historia del "papier maché" cuenta más de cien años de existencia. En 1825 llegó el arte a su culminación en Inglaterra, y en ese año se patentaron los adornos de nácar y madreperla. Las bandejas pintadas a mano con motivos de flores y con madreperla tenían una demanda enorme, y estos son los ejemplares que alcanzan hoy precios fantásticos, sobre todo si se considera lo que es en realidad.

CREDITOS

ARTICULOS
PARA
HOMBRES, SEÑORAS,
NIÑOS Y NIÑAS

CASA ZABALA
= B^{ME} MITRE y ESMERALDA

DIARIO DE NAVEGACION DE UN LOBO DE MAR

gleses que acompañaran a Shackleton al Antártico. No estaban de acuerdo en absoluto con mis procedimientos árticos, que aprendiera con Peary. No pretendo censurarlos; pero en mi defensa diré que los métodos de Peary los aprendió éste, en su parte principal, de los esquimales, habitantes milenarios de los hielos y las nieves.

Dije a Murray que creía que él y sus amigos iban a emprender una aventura riesgosa; pero yo quería ser completamente equitativo, así es que convine en entregarles su parte proporcional de perros y provisiones. Sin pérdida de tiempo, el médico, que también se iba, empezó a revisar las provisiones y a prepararse para el viaje. Antes de partir el grupo de Murray me dejó la siguiente carta:

"Expedición Ártica Canadiense.—Domingo 10. de febrero de 1914.

"Capitán Roberto Bartlett—Capitán: Los infrascriptos, considerando la crítica situación actual, y deseosos de hacer una tentativa para llegar a tierra, pedimos a usted que nos ayude entregándonos de los depósitos generales todos los elementos necesarios para el equipo de un trineo, así como provisiones de campamento para el proyectado viaje, conforme a la solicitud que le hemos presentado ya. En la inteligencia de que usted accederá a nuestro pedido y seguirá proporcionándonos, como hasta aquí, nuestra parte proporcional de provisiones mientras permanezcamos en el campamento, y en caso de que creamos conveniente regresar a él, declaramos que emprendemos el viaje con nuestra propia iniciativa y libertad a usted de cualquiera responsabilidad que de ella pueda surgir. — A. Forbes Mackay, James Murray, H. Beuchat y S. S. Morris."

El grupo fué equipado con trineo, perros, carpa, estufa, combustible, rifles y cien cargas de municiones. Estas provisiones, junto con otro equipo necesario, bastaban para las necesidades de las expediciones durante cincuenta días. Estos partieron en la mañana del

5 de febrero entre los aplausos y los votos de éxito de los que se quedaban. Yo estreché la mano a cada uno de ellos.

Esto fué lo último que supimos de esos cuatro valientes; ni una sola huella se descubrió después. Sospecho que murieron de agotamiento. Estaban habituados a la meseta antártica, que es llana, pero no al terrible caos del Mar Polar. Me figuro su trineo rompiéndose tan amenudo como se rompieron los de Peary, el debilitamiento gradual de sus perros y el agujoneo de la helada estorbando su avance, porque ninguno era diestro en el manejo de perros, ni en el cuidado de sus vestidos y del equipo en el medio ambiente del Mar Polar, todo lo cual supone una técnica que cuesta años enteros aprender.

Pero la verdadera tragedia estaba más cerca de nosotros que de los que partieron.

Aquella misma tarde, dos compañeros, Mamen y Williams, regresaron al campamento del naufragio. Mamen se había deslocado la rótula y Williams había caído entre el hielo nuevo, unas cuatro millas más lejos. Por fortuna, los esquimales que los acompañaban no perdieron la cabeza. La temperatura era de 35 grados bajo cero. De haber habido viento u oscuridad, el grupo no habría regresado jamás. Conduje a Williams a la cabaña, en donde le hice servir té y lo envolví en cobijas secas. Nuestro ingeniero segundo, en ausencia del cirujano que se había marchado con los expedicionarios a Alaska, masajeó la rodilla del marinero y, finalmente, lo puso en pie. No es la primera vez que he visto a la habilidad mecánica igualar a la pericia quirúrgica.

Al día siguiente regresaron el primer ingeniero y Malloch en misero estado. Habían perdido su carga de tasajo y arruinado efectivamente su equipo de campamento.

A la sazón los escépticos del campamento empezaban a creer varias de las cosas que yo dijera en contra del proyecto de los cuatro expedicionarios.

Nuevas pruebas llegaron al



HACIA SIBERIA

POR EL CAPITAN
ROBERT A. BARTLETT

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI



O primero que hice después que desapareció el Karluk en el mar de hielos fué volver a nuestro iglú a dormir. Había estado de pie hacia treinta y seis horas. La tensión nerviosa de la espera, la ansiedad por el futuro y el pesar por la pérdida de nuestro hermoso barco, habían agotado mis energías.

Después de doce horas de sueño, desperté. Todavía era comandante según la ley naval, pero comandante de una banda de naufragos. De haber arribado a una isla desierta, las cosas hubieran tenido mejor cariz; pero hallarse en medio de la movediza extensión de los hielos, lejos de la tierra y frente a los más fríos meses de la noche polar, no era para mirar tranquilo el porvenir.

Lo primero que hice fué ordenar a los expedicionarios que armasen una carpa para cobijar las últimas provisiones que sacáramos precipitadamente del barco momentos antes de hundirse. Nos quedaba una linda colección de prendas de vestir: 70 juegos de ropa interior, 200 pares de calcetines, 100 pares de botas, etc. Nuestra principal provisión de víveres consistía en más de 9000 libras de tasajo, 200 latas de leche condensada y 250 libras de azúcar. Del equipo general teníamos lo siguiente: 250 sacos de carbón; 33 cajones de gasolina, 9 trineos y 2000 pies de madera. De todo esto, sólo los alimentos concentrados y los vestidos más livianos eran de vital importancia. Nuestra seguridad dependía de la rapidez con que nos retirásemos de inmediato hacia el sur.

Yo estaba familiarizado con la deriva de los hielos polares y sabía que si permanecíamos donde estábamos nos deslizaríamos probablemente hacia el oeste, en torno del Polo, hasta que, al cabo de algunos años, tal vez surgiríamos en el mar de Groenlandia. Tal fué lo que le ocurrió al Fram, de Nansen, veinte años atrás; pero, antes de que completásemos esa jira,

ya estaríamos todos congelados.

La temperatura no era muy baja. El termómetro marcaba un promedio de unos 40 grados bajo cero; en cambio, el viento azotaba y hacía sufrir a los que aun no estaban endurecidos por él.

El 17 de enero hicimos planes para que un destacamento de vanguardia fuese al sur. La tierra más cercana era la isla Wrangel, al norte de Siberia, en donde hallaríamos madera de deriva y caza. Yo proyectaba trasladar a todos los expedicionarios a la orilla meridional de aquella isla. De allí podría proseguir al sur con dos o tres de los mejores tripulantes, llegar al continente y de allí cruzar a Alaska, en donde esperaba encontrar un barco de auxilio que nos llevaría en el verano. Lo malo era que no todos los naufragos eran suficientemente fuertes para soportar un viaje tan duro en trineo, y había cierta discrepancia de opiniones en cuanto al mejor partido que se habría de adoptar. La situación se hacía más incómoda día a día.

Se me preguntará por qué no ordenaba a todos de inmediato que empaquetasen las cosas y marchasen al sur. La respuesta a esto es que las condiciones del viaje en trineo en el mar polar son harto terribles en la región septentrional de Alaska. Aun en el caso de que lográsemos llegar vivos a la isla de Wrangel, habrían de transcurrir semanas y semanas antes de que pudiéramos conseguir caza allí. Lo que había que hacer era trasladar a ese punto parte de nuestras provisiones actuales; pero mientras durase ese traslado habríamos de tener cuidado de que no perdiésemos contacto entre sí los pequeños grupos en que se fraccionaría nuestra expedición. Sabía yo, por la experiencia adquirida con Peary, lo fácil que sería que el movimiento del hielo quebrase el camino. En tal caso nos desviaríamos por completo de nuestros víveres y equipo, y en tales condiciones nos podría borrar fácilmente una sola tormenta fuerte.

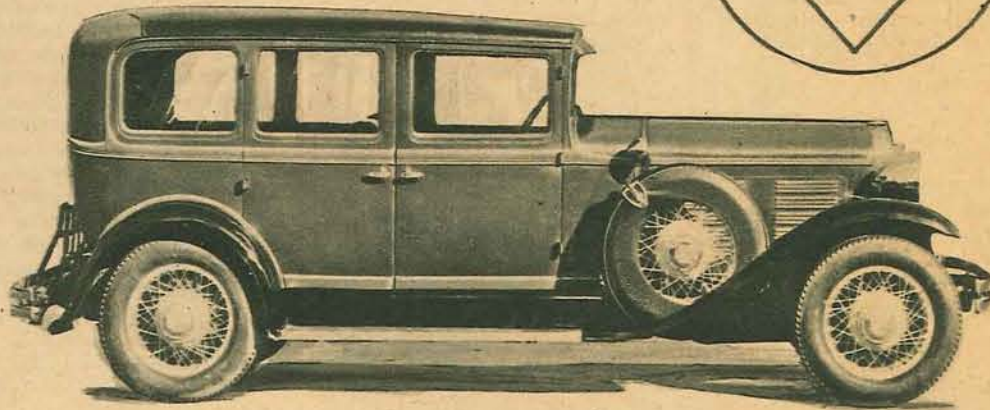
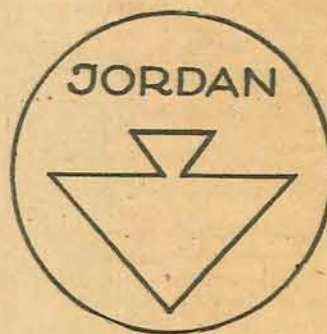
Recién el 21 los pilotos primero y segundo y dos marineros, llevando tres trineos y diez y ocho perros, se pusieron en camino con rumbo a Wrangel. Me sentí reanimado al ver perderse en las rugosidades de los hielos a los equipos. Por fin nos habíamos movido en direc-

ción a la orilla. Ya empezaban a oírse murmullos entre la gente, y era que la inactividad empezaba a poner en tensión los nervios de todos.

El 25 de junio volvió el sol, después de cerca de tres meses de ausencia, y no hizo más que asomar la nariz sobre el horizonte; pero, al fin y al cabo, infundió nueva esperanza en nuestros corazones.

Hacia el 28 empecé a inquietarme por mi destacamento explorador. Aun no había regresado y no se sabía nada de él. Por otra parte, me salió al paso uno de nuestros científicos, Mr. Murray, pidiéndome provisiones para cuatro hombres y cincuenta días y un trineo. Expresó que él y algunos de sus amigos habían resuelto intentar llegar a Alaska. Eran in-

EL AUTOMOVIL QUE YA NADIE DISCUTE



EL JORDAN

es el coche de la MUJER ELEGANTE

U.T. Plaza 0170 Ricard Blanco y Cia. Santa Fé 1102

LAS VEINTE MIL ENAMORADAS

(Continuación de la pág. 34)

está dando de cabeza contra el empaque de la criolla.

LA TERTULIA DE JOHN GILBERT

Había que ir a Beverley Hills, de las suntuosas residencias, hasta una de las colinas más pintorescas, donde está la casa española de John Gilbert. Hacia un lado la perspectiva del mar y hacia el otro, en el bajo, las luces radiantes en la noche de Hollywood y Los Angeles, y más allá las colinas que se escalonan hasta el desierto lejano.

La luna redonda, que se había levantado sobre el horizonte del Pacífico, caía ahora a lo largo de las cintas plateadas de los caminos, se filtraba en las frondas y exaltaba el blanco lechoso de los "bungalows" coloniales en las laderas de las colinas. El coche corría en la noche de una tierra fresca primaveral, que daba ganas de gritar a todo pulmón que la vida es muy hermosa. ¡Invierno de California!

Hubiera querido ver en esta casa la figura inquietante de

Greta Garbo, que ahora navegaba rumbo a Europa. Pero en cada rincón me parecía sentir algo del espíritu de la gran artista sueca, la del idilio trágico y magnífico con John Gilbert. Esta vivienda de ensueño, sabia y estaba invisiblemente impregnada de la pasión vivida y agotada, y tenía por ello, para mí, no sé qué misterioso prestigio de leyenda poética y lejana.

Mr. John Gilbert, un muchacho maduro, inquieto y muy afectuoso y, en verdad, de una extraordinaria simpatía repentina. Un fino bigote en sus labios, los ojos oscuros muy brillantes y vivos, cabello crespo renegrido y una gran nariz; sí, una gran nariz.

Se adivina la recia musculatura dentro de su relativa delgadez. A la vista está el hombre apasionado y de empuje. Por este muchacho, que no es hermoso, se mueren de amor las norteamericanas. ¡Veinte mil cartas de enamoradas, en dos semanas, rogándole que hable para deleitarse con su voz! Son capaces de cerrar los ojos cuando habla, para hacerse la ilusión de que les habla a ellas.

Pero si el día que hable todavía se van a decepcionar, porque este Gilbert tiene la voz que es una desgracia de atiplada y pobre de seducción. Pe-

ro si no va a embromar a nadie con la voz...

—Mucho gusto, Mr. Gilbert. Encantado de decirle que en la Argentina lo queremos mucho.

Ni grande ni pequeña la idea que Mr. Gilbert tiene de nosotros. Muy atento, sin embargo, en un aparte, antes de entrar a los salones, me dice que está en esos momentos en lo mejor de su carrera, y habla también del ventajoso contrato que acaba de firmar. Y está contento, sobre todo porque podrá elegir sus obras, que no pasarán de dos por año, y luego podrá viajar mucho y a gusto. Precisamente, la primera película que va a impresionar cuenta las aventuras amorosas de uno de esos marineros de corazón alegre que recorren los mares y los puertos y tienen en cada puerto un amor siempre distinto y siempre apasionado. Será una película de escenarios exóticos y de situaciones pasionales, pintorescas y crudas. Hará un crudo personaje. Nada de galanes lindos; un crudo personaje, seductor hasta en su brutalidad, donde han de despuntar los arranques sentimentales y románticos. Entre las artistas que han trabajado con él recuerda a Renée Adorée, la de "El gran desfile", con gran simpatía. Silencia el nombre

de Greta Garbo, y a mi pregunta sobre ella responde con elogios, aunque no muy calurosos.

Hacia poco que un rompimiento brusco, en el que mucho primaron celos antiguos de Gilbert y su despecto y desamor actual, había puesto fin al idilio de la vampiresa y el tenorio.

Nada más tengo que preguntarle, en realidad, y lo que interesa son las quince o veinte personas que hablan y rien cerca de nosotros.

Todo el mundo a la pileta, y que vengan los guitarreros. Cuatro guitarreros exóticos, entre hawaianos y andaluces, tocan lánguidas melodías tropicales y cantan canciones quejumbrosas.

Una hermosa piscina con bordes de arena, brillante bajo la luna, y el aire perfumado de mar y de flores. Circulan las bandejas de "cocktails" y champaña. Divididos en grupos, los concurrentes rien y charlan y beben.

Vilma Banky, al fin, ojos de turquesa y cabellos de oro derretido y en las manos una copa y una flor. Vaya a saber uno por qué ríe en el otro lado de la piscina. Fué Lyllian Thashman que saltó desde el trampolín, se extendió en el aire y pegó la primera zambullida.

da. Y al salir, la malla se irizó de gotitas luminosas y los brazos blancos cortaban el agua con un ritmo lento. Y una fila de seis cayó detrás de ella. El agua estaba fría y los nadadores gritaban y zambullían, y las copas descansaban al borde de la piscina y siempre estaban llenas aunque las bebiesen.

En la pechera de un "smocking" o en el broche de brillantes de un descote, en el descote de usted, mis Norma Shearer, o en los muslos temblorosos de la nadadora brillaba la luna como en el cielo.

Toda la noche asedió Mr. Gilbert con su galantería a Mona Maris.

Y el lánguido sonar de las guitarras, ni la romántica lágrima que acaso temblaba en la canción, quebraron las risas de nadie. Porque el champaña siempre alegre, y la belleza entristece cuando está lejos, pero cuando está casi al alcance de la mano alegre mucho más que el champaña y hace que las horas vuelen y que, por fin, en el lejano horizonte del Pacífico, se alce una claridad que es la del día que se viene encima cuando nadie lo desea, como aquel que hizo palidecer la arena de la piscina y enmudeció las canciones y las guitarras.

día siguiente junto con Chafe y su esquimal. Chafe dijo:

—Capitán, no creo que volvamos a ver más a esa partida del trineo.

—¡Cómo!—casi le grité. —Como lo oye. Los vi a treinta millas de la isla Herald. Mackay, Murray y Morris iban tirando a mano de un trineo. Una milla atrás seguía Beuchat con los pies y las manos helados y semidelirante de dolor. Morris se había infectado la sangre por un corte de navaja en la mano. Me parece que Beuchat murió esa misma noche.

No seguí tratando del asunto con Chafe. No podíamos hacer nada por ellos. Hubiera sido una aventura loca tratar de alcanzarlos, pues seguramente no hubiéramos podido dar con ellos y devolverlos al campamento. Por otra parte, se estaba desencadenando una pesada galerna. Comprendí que en esos instantes ya habrían muerto, probablemente, los desgraciados, pero no dije nada al respecto.

En la mañana del 19 de febrero iniciamos de verdad nuestra marcha hacia tierra. Nos repartimos en dos grupos, provisto cada uno de un trineo y cuatro perros. Cargamos los trineos con tantos víveres y vestidos como creímos que pudieran arrastrar nuestros animales. En uno de aquéllos pusimos a un gato negro, una mascota que embarcamos en Esquimault.

Las semanas siguientes fueron de pesadilla. A medida que nos aproximábamos a la isla Wrangel el hielo se volvía cada vez más rugoso. Camellones formados por la alta presión y deshechos infranqueables nos cercaban. Pasaba el tiempo y nuestros trineos se destruían y nuestra gente se quebrantaba. La temperatura fluctuaba constantemente entre 45 y 55 grados bajo cero. A Malloch y a Maurer se les helaron los pies. Era algo deplorable en circunstancias en que había que

caminar. Templeman se había perdido; al cabo apareció. Empecé a sentirme como la vieja en el zapato. Lo malo era que yo sabía lo que había que hacer y la mayoría de mis compañeros no, así es que sobre mí recaía una gran responsabilidad.

El 12 de marzo llegamos a la isla de Wrangel. Es un lugar desolado, una lengua de tierra montañosa y árida de ochenta millas de largo; pero tierra sólida, al fin y al cabo, que no iría a la deriva ni se quebraría bajo nuestras plantas como la sábana de hielos. Una de las primeras cosas que hicimos fué encender una hermosa hoguera con alguna madera de deriva.

No era posible emprender la retirada desde este punto con el total de los naufragos. Algunos se hallaban en malas condiciones y todos eran inexpertos en materia de viajes polares. Lo más seguro era reanimarlos con los alimentos que habían traído y con la madera de deriva, mientras yo iba en busca de auxilios.

El 18 de marzo, con siete perros, un trineo y el esquimal Katiktovick, me encaminé a Siberia tomando rumbo al sur. Llevaba víveres para cuarenta y ocho días y alimento para los perros suficiente para un mes. De la orilla meridional de la isla Wrangel a Siberia medaban 109 millas; pero antes teníamos que contornear la isla y desembarazarnos del horrible hielo que la cercaba. Partimos en medio de una mugidora galerna de nieve azotadora. Podíamos haber aguardado; pero yo opinaba que saliendo con nevazón teníamos probabilidades de gozar de buen tiempo en el resto del viaje, creencia que frustró la tormenta que nos fustigó durante toda nuestra travesía al continente.

El 30 de marzo divisamos tierra, o mejor dicho, la vieron los esquimales, porque yo sufría terriblemente de los ojos a consecuencia de la nevasca y no acertaba a ver muy lejos.

El 4 de abril tocamos tierra. Probablemente habíamos recorrido unas 200 millas. Nevaba y la tierra estaba completa y profundamente desolada y sin alma viviente; pero pisábamos tierra del continente, tierra que se extendía a 5000 millas al sur de nosotros, y sentíamos la necesidad de tocarla con los pies, sensación que, aseguro, es muy grata.

Marchamos al este en dirección a Alaska y al día siguiente encontramos a cuatro esquimales. Katiktovick estaba seguro de que iban a matarlo. Me dijo que era tradicional en su pueblo el creer que los esquimales siberianos practicaban la antropofagia. No era ésta, como se ve, una noticia alentadora, pero aparente no darle crédito, y al acercarnos a los desconocidos levanté la mano y les dije:

—¿Cómo les va?

Inmediatamente se precipitaron a nuestro encuentro y nos dieron la mano entusiasmados. Nos hablamos un buen rato, pero sin entendernos.

Ellos nos llevaron a un iglú hecho de gruesa madera de deriva, cubierto con pieles de morsas. Hedía peor que cualquier iglú groenlandés que yo haya visitado, lo cual es mucho decir; pero Katiktovick parecía dichoso de encontrarse en él y aspiraba a pulmón pleno aquel hedor. Nuestros hospedadores nos sirvieron un poco de carne descompuesta de morsa y yo preparé un poco de té.

Después de la cena saqué mi carta geográfica y mediante un lenguaje mimico traté de persuadir a algunos de nuestros anfitriones a que nos acompañaran. Katiktovick se sentía fatigado y quería quedarse por los alrededores a descansar. Me di cuenta de que debía apresurarme si quería pasar a Nome a tiempo para atraer a nosotros a algún barco de socorro. Mis compañeros que esperaban en la isla de Wrangel no disponían de muchos víveres y era forzoso que se les recogiera en la primavera inmediata.

Dije a uno de los indígenas siberianos que quería que me condujese al Este.

—¿Cuánto me paga?—preguntó el indígena.

Creí que importaba mucho el que me apresurara, así es que le contesté:

—Cuarenta dólares.

Al punto me di cuenta de que había cometido un error. Si hubiera sido hombre de negocios, habría dicho veinte dólares. Leí esto en la cara del sujeto. Este se hallaba acostumbrado a negociar en pieles de zorro y sabía que en cualquier trato de

esta clase, cada una de las partes busca aprovecharse de la otra. Y en este trato yo había superado mis recursos y en adelante sólo me quedarían cinco dólares.

—Muéstreme el dinero—me dijo el indígena.

Por aquel entonces yo tenía olvidada la costumbre de encolerizarme.

—No, por adelantado no—le dije.

El replicó:

—Tal vez no lo trajo.

Yo repuse:

—Usted me lleva a Cabo Este y yo le doy los cuarenta dólares.

Así discutimos por espacio de dos horas, hasta que se enrojeció de gritarme y yo de gritarle a él; pero nos mantuvimos en los cuarenta dólares, así es que resolví llevarme. Viajamos en trineo tirado por perros sobre la nieve rugosa. Era faena dura y el tiempo estaba frío, pero nosotros sentíamos calor a fuerza de discutir acerca de los cuarenta dólares. Parte del tiempo lo pasamos discutiendo si yo tenía el dinero o no, otra parte acerca de si el precio convenido era o no el justo. Cuando el indígena no me miraba, yo aprovechaba el momento de contarlos para asegurarme si aun los tenía. Así transcurrió una semana entera.

Apenas quedaba ya qué comer y casi no podía mover los pies. Mi guía parecía cada vez más preocupado, no sé si por los cuarenta dólares o por el peligro de no llegar a Cabo Este.

Mis temores se realizaron cuando se acercó y me dijo:

—Yo regreso.

—¿Y los cuarenta dólares?—le pregunté.

Me respondió que había resuelto dejar las cosas como estaban y ocuparse en negociar pieles de ciervo. Me confesó que sabía que cuarenta dólares era un precio demasiado elevado en aquellas regiones por el trabajo a que se había comprometido. Añadió que él sabía que si yo lograba llegar a un sitio en donde pudiese hablar con algunos hombres blancos al respecto, me iba a dar cuenta de ello y negarme a pagarle.

Lo gracioso del asunto fué que al llegar aquella noche a una parada en otro hospedaje indígena, el guía se me acercó y me dijo:

—Ahora preciso dinero.

Esto me sacó de quicio, y le grité en la cara:

—¡Ni un centavo!

Nos pusimos a discutir por espacio de veinte minutos, él en su lengua y yo en la mía, en voz tan alta como pudimos.

Finalmente resolví ser generoso y le di cinco dólares.

Luego, para molestarlo, le mostré las cuatro piezas de oro de diez dólares que le reservaba. Se le saltaron los ojos, pero no profirió palabra. Esto muestra las dificultades con que tiene que tropezar el marino que naufraga en país extranjero.

Por último llegué a Nome y encontré allí al guardacostas Bear. Su capitán me llevó generosamente a la isla Wrangel a principios de septiembre. Abriéndonos paso entre el hielo flojo divisamos un pequeño schooner en calma chicha, que resultó ser el King and Winge, un barquito mercante. Viró en torno nuestro y pronto estuvimos lado a lado. Llevaba a bordo a nuestros sobrevivientes.

—¿Están todos allí?—fué mi primera pregunta.

En seguida supe malas noticias.

—No—dijo McKinlay—; Malloch, Mamen y Bredy murieron en la isla.

Averiguaciones por el norte y el sur de la costa de Alaska no arrojaron la menor luz acerca de la suerte del grupo de los ingleses que nos abandonaron en los hielos. Ahora estamos seguros de que perecieron.



Son las más MODERNAS

Para conseguir la calidad "Malugani", Vd. debe comprar una "Malugani" o gastar mucho más dinero.

Solicite Catálogo "N" VISITE LA EXPOSICIÓN

HUMBERTO 1084 al 1086 BUENOS AIRES



TRES CORONAS

El mejor enlozado importado. Marrón jaspeado de blanco.

En todas las Ferreterías.

VISITA AL MAUPASSANT DE 1900

—Tengo junto a mi corazón todos estos hombres —añade Henri Duvernois—. Adoro los hombres que aman los árboles, las flores, los niños, las mujeres, los libros, los poetas.

Ya lo he dicho: Pierrot, Pierrot por fuera y por dentro; Pierrot en el dulce y sencillo semblante todo malicia, velado de melancolía; Pierrot todo sentimiento en el corazón y pena escondida en la aparente vivacidad de las sonrisas. Es ésta la diferencia profunda entre Duvernois y aquel Maupassant al cual en Francia lo comparan como un hermano a otro hermano, todos los admiradores de su arte sintético, de su maestría soberana en sus narraciones breves que en pocas páginas cierra un episodio y en el episodio toda la vida, Maupassant no sonreía. Un pesimismo absoluto pesa sobre su desencanto de los hombres y de las pasiones. Duvernois es todo sonrisa y no es que sonría tan sólo en los momentos en que le divierte el juego de las marionetas, sino también en donde la miseria humana en el drama le llena de amargura el corazón. En la desilusión de Duvernois, como en Pierrot, una esperanza sonríe aún y con la sonrisa la ilusión renace. Un pesado sedimento de escepticismo está en el fondo del alma de éste como de los demás observadores del alma humana.

Pero a Duvernois no le basta la observación. Si Maupassant, realista exacto, vuelve las espaldas a la ilusión, refleja los hombres con el ojo inexorable de una realidad desnuda y ruda, Duvernois, poeta, busca todavía en la catástrofe una tabla de salvación cualquiera, viste con velos los esqueletos rápidamente para no tener miedo, cubre de supremas ilusiones la extrema realidad, ve la vida no como un mundo destruido para siempre por la racha de la verdad, sino que la vida rehace cada vez, la vuelve a sembrar de esperanzas y de ilusiones como un jardinero que después del invierno siembra en la tierra para reproducir todos los años, aun sabiendo la brevedad, la luminosa fantasía de la primavera.

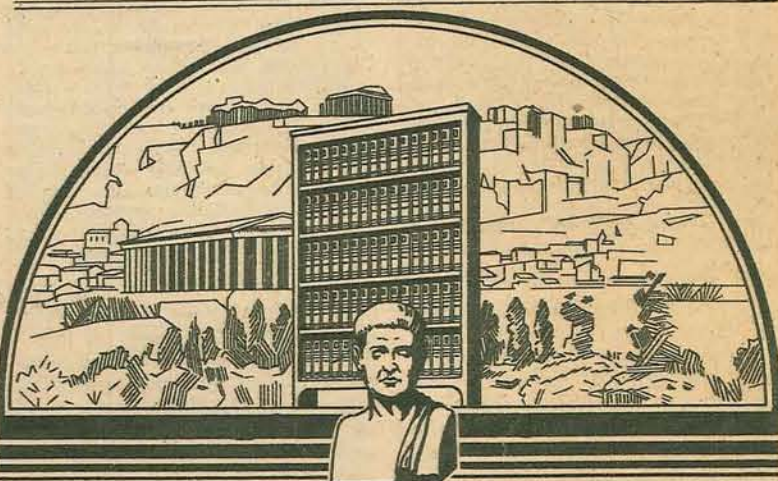
Impasible y como insensible el primero, áspero y atormentado el segundo, riente y sereno el tercero, los tres más grandes narradores de Francia, los tres más excelsos maestros de la novela corta, en cien años de literatura francesa, Merimée, Maupassant y Duvernois, han amado igualmente esta paz radiante de la Costa Azul, este paraíso terrestre cubierto de "palacios" y de "casinos", esta libertad de aire y jardines, de mar y de sol extraordinariamente coartada por esclavitudes sociales y mundanas elegancias.

Hay a dos pasos de aquí, en Cannes, entre el puerto y la iglesia de Notre Dame du Bon Voyage, una plazoleta que tiene el nombre del autor de "Colomba" y de "Carmen"; es el square Merimée. En Cannes vivió largo tiempo y allí murió el ágil e intenso narrador que escribió en páginas escuetas las más ásperas pasiones. Entre Cannes, Antibes y Niza, errando constantemente en su yate en el mar abierto, frente al hermetismo de estas villas enterradas en los bosques, Maupassant vivió perseguido por fantasmas misteriosos y sólo aquí encontraba una tregua relativa a sus tormentos. Aquí vive y trabaja, cinco o seis meses al año, en esta villa suya: "La Marguerite", que es casi un milagro si se llega a descubrir en medio del bosque, entre mar y cielo; tan admirablemente oculto se halla Henri Duvernois, el escritor que ha sabido mejor que nada y en sólo ochenta páginas (recordad aquellas obras maestras que se llaman "Morte la bête", "Un soir de pluie", "La fugue",

"Servante", "L'eunuque "Gisèle"), encerrar maravillosamente fuertes dramas humanos, sencillos, desnudos, silenciosos, arrancados a la misma humildad de verdad, a la cual Maupassant pedía también sus mejores obras maestras, que fueron las ochenta páginas de "Boule de suif" y las trescientas de "Une vie".

Merimée, Maupassant. Grandes nombres. Y Duvernois añade ahora a éstos los otros a los cuales profesa su mayor y más fiel admiración: Stendhal, Balzac, Bourget, Zola, Daudet...

—No eran solamente—me dice—formidables maestros, gigantes escritores... eran asimismo ejemplos maravillosos de virtud literaria, de dig-



Las cinco preguntas que puede Vd. hacernos sobre la ENCICLOPEDIA ESPASA

Y POR ULTIMO...

5a.

¿El momento oportuno?

A H O R A

¿Por qué? Por una sencilla razón. Esta gigantesca obra española llega a su fin. Dentro de unos meses estará completa. Esto puede suponer algún cambio en las condiciones de venta a plazos. Actualmente rigen unas

muy estudiadas, para que se acomoden a todos los bolsillos. Nunca tendrá mejor ocasión que ahora. Decídase y no sólo ahorrará dinero, sino que tendrá a su disposición la más importante Enciclopedia de la época.

¿Qué le falta para decidirse?

Si ha leído los cinco avisos de esta serie, habrá Vd. quedado plenamente convencido de que la ENCICLOPEDIA ESPASA es la más útil y moderna, por su autoridad, por su detalle, por ser completa y no olvidar tema alguno. Ofrece cantidades fabulosas: 155.000.000 de palabras, 8.000.000 de voces y 150.000 ilustraciones.

Es igualmente la más autorizada, desde que han colaborado en ella los más altos representantes de la ciencia española, de Menéndez Pi-

dal al ingeniero Terradas. Es la más económica proporcionalmente, toda vez que es útil en todos sus aspectos y supone la equivalencia de una maravillosa biblioteca de 2.000 volúmenes.

Si aun le resta alguna duda, examine en su librería el tomo 65, que acaba de aparecer. Compare alguno de sus artículos, tales como Túnez, Turquía, Tutan-khamon, Uruguay, Unión, Unidad, etc., con los de cualquiera obra similar. Es la prueba más completa y decisiva.



PERO DEBE DECIDIRSE HOY

POR SOLO \$ 38 como cuota inicial, puede usted entrar en posesión del tesoro que significa la Enciclopedia Espasa pagando el resto en cómodas mensualidades.

SIN FIADOR, A SU SOLA FIRMA

Estas condiciones favorables regirán por pocos meses; una vez terminada la Enciclopedia, serán otras. Mándenos hoy mismo debidamente llenado este cupón y le remitiremos, gratuitamente, un folleto ilustrado y condiciones generales de venta.

Deseo recibir gratis y sin compromiso, folleto ilustrado y condiciones para la adquisición de la Enciclopedia Espasa.

Nombre _____ Calle _____
Profesión _____ Localidad _____ F. C. _____
N. _____

ESPASA - CALPE, S. A.
MONTEVIDEO 22 BUENOS AIRES



CONVERSACION CON HENRI DUVERNOIS

POR LUCIO D'AMBRA

(Para LA NACION)
ROMA, julio de 1929



ICEN que Henri Duvernois, el Maupassant del siglo XX, el mayor "conteur" que vive hoy en tierra de Francia, se parece a Pierrot. Es cierto. Pero no al Pierrot infantil, se entiende, de las galantes fantasías de Watteau, sino al Pierrot ya hombre de la pensativa melancolía de Willette, al Pierrot doloroso y apasionado que el gran mimo Dubureau evocaba desde la fantasía de las máscaras a la realidad de los hombres. Es alto, ancho de espaldas, con el cabello separado a los lados de la alta frente, negros aun, si se quiere, pero con algunas hebras de plata aquí y allá; eruido y elegante en su chaqueta azul, cruzada, con el ojal ornado de rojo por la roseta de oficial de la Legión de Honor. Y sobre su mesilla de estudio en el despacho que da al jardín y al mar, un montón de cuartillas para corregir, como un alpinista de las erratas de imprenta; setecientas grandes hojas que exigen la paciencia visual del escritor durante dos días. Nada nuevo, sin embargo, sino una nueva edición a 10 francos, de su deliciosa novela "Máximo", publicada a 3 francos y las pruebas de una gran edición de lu-

jo de la novela más fuerte y mayor de Duvernois, "Fau-bourg Montmartre", un fresco entre sus pinturas al pastel.

Ante la puerta-ventana se contempla uno de los más maravillosos paisajes del mundo; más allá de los jardines y los bosques de la punta de Bacons resplandece el azul del golfo de Antibes, y más allá de los pinos y las rojeas de la costa, los montes azulados, y al fondo, cubierta de nieve aun, con el sol de mayo, la cumbre de los Alpes italianos. Y Pierrot, sedentario metódico, enemigo de los viajes, literato sin "sleeping", viejo "enfant de Paris", satélite de Montmartre, suspira:

—Italia. He ahí todo lo que yo conozco de Italia. Las cumbres blancas de aquellos Alpes detrás de los cuales se esconde aún para mí vuestro paraíso.

De Italia conoce también Henri Duvernois, pero sin moverse de esta su tranquila villa a las orillas del mar, un antiguo presidente del Consejo. El célebre escritor me conduce a su jardín, que desde la colina descende sobre el mar en una serie de verdes terrazas. Y se detiene sonriendo ante un tilo.

—Este tilo vive de milagro—me dice—. Como veis, se halla precisamente delante de la ventana de nuestro salón, quita la vista y la luz. Y mi mujer y yo especialmente, aquí en el Sur, viniendo de las nieblas de París, tenemos ansia de aire y de sol... La suerte del tilo estaba ya echada; dimos orden al jardinero que lo derribase al día siguiente, liberando la ventana. Pero un amigo de los árboles, que era nuestro huésped aquel día, invocó gracia para él y nos hizo jurar que no atentáramos a la vida del tilo. Era la única respuesta que podíamos dar a un ex presidente del Consejo que había sido varias veces ministro de Justicia. Y el tilo vive. Su propio salvador ha querido grabar en la corteza su nombre y la fecha.

Leo una fecha reciente y un gran nombre político del antiguo régimen: Victor Manuel Orlando.



EL D'ANNUNZIO DE LA ARGENTINA



ENRIQUE Larreta, nombrado ministro de la Argentina en Francia, llegaba a nuestro continente con un hermoso libro, "La gloria de Don Ramiro" que Rémy de Gourmont tradujo del español, y como embajador de las letras fue como vino a traer el abrazo de la hermana latina. Larreta tenía tanta juventud y entusiasmo, que despertó en los franceses el deseo de conocer mejor a los argentinos. El ardor de algunos diplomáticos vale tanto como un tratado de alianza, y ciertamente data de Larreta un sólido comercio de espíritu entre Francia y la Argentina. La Condesa de Greffulhe le llamaba el d'Annunzio de la Argentina. Al fin sabíamos lo que eran las "estancias", sabíamos que los habitantes de Buenos Aires

son grandes hombres de negocios y pasan sus veladas en familia, que el puerto de Rosario está en el río Paraná, que el tango se baila solamente en sitios malos y que lo bailan parejas desnudas (sic). Fueron lanzados periódicos y revistas, circularon nombres de poetas modernos de la América del Sur y Valéry Larbaud se puso a traducirlos.

Elisabeth de Gramont, después de haberse quitado definitivamente el escudo en la firma, sigue contando la historia a su modo. Mundano. Ella es la autora de aquel libro publicado antaño con el bonito título de "Au temps des équipages", que traducido al castellano sería más largo: "En el tiempo de los coches de lujo" (pero ¿no son coches todavía más lujosos los automóviles?), primer volumen de las memorias de una aristócrata de ese tiempo — en

POR CORPUS BARGA

(Para LA NACION)
MADRID, julio de 1929

Francia — de los coches de lujo y de los políticos de lujo, es decir, de la Segunda República. Si en el Segundo Imperio todo el mundo era príncipe, en la Segunda República, desde la caída del Imperio o guerra de 1870 hasta la guerra de 1914, en el entre-dos guerras, todo el mundo era político.

Así, Elisabeth de Gramont, en el segundo volumen de sus recuerdos, próximo a publicarse bajo el título, no ya lujoso, del París lujoso, sino del París callejero, del París de las aceras y no del arroyo, del París de

las castañas en vez de los coches, del París fijo en lugar del que pasa, del París más París, bajo el título, en fin, de "Les maronniers en fleurs", pasa revista de gran gala a los salones políticos y diplomáticos en vísperas de la gran guerra. A las embajadas más importantes en París, sobre todo, claro está, la de Alemania, la de Inglaterra. A los políticos y diplomáticos franceses, Poincaré, Berthelot. A Clemenceau le trató precisamente en la Embajada argentina.

Elisabeth de Gramont conoce superficialmente bien París. Del resto del planeta tiene la idea que tenían en su tiempo todos los que se echaban al cuello el lazo estrangulador del Sena. (No sólo se ahogan los que se tiran).

Cuando se llegaba a ser tan parisense como un indígena de las islas (San Luis y la Cité

hoy) del Sena, un indígena que viviera de la pesca, y esto no es más que una suposición, porque ¿quién ha visto pescar algo en el Sena que pasa por París?

Entonces, es decir, si los peces del mar llegaron realmente a París como los he visto llegar de incógnito, me parece que a los salmones Giraudoux, el escritor que ve más cosas, y esto parece un platé de cocina: salmones Giraudoux...

Entonces, un indígena de París sería un hombre natural y, esto es, universal...

Pero cuando se llegaba a ser tan parisense como un indígena de París sin serlo, entonces es cuando se desconoce el mundo porque se le olvidaba, se le consideraba inexistente.

Hoy el mundo existe para París, se le ha metido en los libros y en las casas. Elisabeth de Gramont es de otro París y de otro mundo.

nidad profesional, de desinterés de artista ante su obra. Hoy los escritores firman a fecha fija sus retratos en las oficinas de los editores parisenses para ofrecerlos a las señoras que compran ejemplares de una edición numerada. ¿Qué diferencia con Maupassant que, treinta años antes, entablaba un proceso contra un editor porque éste se permitió exponer en el escaparate, con los primeros ejemplares de un libro nuevo, la fotografía del autor!...

Hoy se desea la fama, la gloria, la academia, el panteón, desde el primer libro de doscientas páginas, escritas con grandes caracteres. ¿Qué diferencia con Balzac, quien, mártir y santo literario, héroe increíble de su pluma, escribía cinco o seis novelas al año, escribiendo noche y día, a una de caballo! Verdadero Napoleón de los cien libros, a semejanza del Napoleón de las cien batallas, construyendo, no para su tiempo, sino para la posteridad, un verdadero monumento de la literatura... Y todavía subsiste uno firme en su fecunda y útil vejez a los que nombran todos los maestros: Paul Bourget. Todavía con setenta libros escritos y setenta y cinco años, curvado sobre su mesa, el día entero, él sigue escribiendo con la facilidad, la decisión y el ardor de los jóvenes de otros tiempos, de los heroicos... Hoy los jóvenes, si bien no todos, se encogen fácilmente de hombros al escuchar el nombre de aquellos maestros que se les pone como ejemplos... El snobismo amenaza toda sinceridad futura de los escritores. Y ocurre a veces que una señora cualquiera con pretensiones intelectuales y modernistas os dice (como me sucedió a mí con una vecina de mesa en una comida): "¿Es posible que hoy día se lea a aquel imbécil y pesado, que fue Balzac? ¿Cómo es posible leerlo? ¿Escribía tan mal!" ¿Qué queréis responder en tales casos? Yo, en aquel caso, recordando la conocida anécdota que repetía Alfonso Daudet, la de las tres muchachas sobre sus gustos literarios: "Yo adoro a Daudet, él es mi gentil...", respondió la primera. "Yo adoro Zola, él es mi vrai...", dijo la segunda. "Yo adoro Javier de Montepin", añadió la tercera. Y para justificar cada una su

preferencia, todas a un tiempo exclamaron: "Il écrit si bien". Esta anécdota de Daudet, citada por mí aquella noche en defensa de Balzac, fue un jarro de agua fría que eché sobre mi vecina y del cual toda la conversación se resintió. En toda la comida no se volvió a hablar de literatura. Cuando llegó el momento de levantarse estábamos aún, gracias a Dios, con la política...

Duvernois, el famoso escritor, el cuentista popularísimo de quien los grandes diarios de París con tirada de millones de ejemplares se disputan sus raros cuentos, fué en los años de juventud periodista, auténtico reportero, modesto relator del pequeño y del gran acaecimiento, de los tribunales, del hipódromo, del hospital, de entre bastidores y del camerino de la bailarina, como del despacho del célebre escritor, del novelista de moda, del dramaturgo azevado a los triunfos, del académico recién nombrado. Y entre gaceta y gaceta, en un ángulo de la mesilla, en las conversaciones tumultuosas de las salas de redacción, fué donde Duvernois escribió, hace treinta años, su primera novela, aquel "Roseau de fer" que hoy repudia.

Hay cinco o seis libros míos juveniles que dejaré borrar de la lista de mis obras — nos dice Duvernois, numerándolos, y los enterraría sin lágrimas. Agotado, no permito ya la reedición. Y preparo al mismo tiempo una selección de mis mejores narraciones cortas. Empujado por las necesidades profesionales, impelido por las peticiones, comprometido sentimentalmente por los contratos, he escrito de mil doscientas a mil quinientas. Pero no conservaré en las obras que daré con mi nombre para el porvenir sino unas trescientas, en seis volúmenes, que titularé simplemente "Cuentos". Periodismo también es a fin de cuentas; el cuento a fecha fija, el compromiso sentimental, el ingenio obligado a producir. Pero si por una parte ello os obliga a leer más tarde lo escrito y ordenar nuevamente con un severo criterio de selección una obra rápidamente improvisada, a la voz de mando del director del periódico, esta necesidad de estar siempre dispuesto

a narrar, de tener siempre ágil la imaginación para el cuento, excitada la fantasía, suelta la mano, crea en el escritor la espontaneidad y la frescura de las que vosotros más tarde consideráis vuestras mejores páginas. Hoy el hombre de letras comienza a escribir en la torre de marfil del literato de calidad, del estilista refinado, de la estética pura. Nosotros, en cambio, empezamos el arte en la vida, fuera de todo recinto, en el tumulto de las redacciones. Pero aquel periodismo vivo, batallador, fantasista, genial ha desaparecido hoy con la "standardización" de los diarios de información en los cuales el periodismo improvisador de antaño ha degenerado en una burocracia metódica y exacta. ¿Lástima que aquel periodismo haya desaparecido para siempre! ¿Qué escuela para los escritores! ¿Yo le debo todo lo que soy! Y comenzaré yo también con la nostalgia de aquellos tiempos a escribir mis memorias. Escribiré el primer volumen aquí mismo, en la quietud de Antibes, el verano próximo: será un volumen en el que evocaré mis primeros tiempos de reportero, de mi juventud de periodista. Es uno de mis mejores recuerdos. Conocé la alegría de vivir y de escribir a medio centímetro la línea. A los cincuenta años, una vez pasada la juventud, y con treinta volúmenes escritos, aun cuando los periódicos me paguen a dos francos la línea, "on est beau coup moins heureux".

Menos feliz... Y me parece ver que, aun sonriendo con dulce resignación, Duvernois no es feliz.

Mi verdadera alegría, mi gran placer, es escribir. Me gusta tener ante mí, sobre una gran mesa vacía y limpia, una hoja de papel blanco y llenarla... cubrirla de pequeños signos negros, vocales, consonantes, palabras...

Palabras no, Duvernois. Jovias, pequeñas piedras preciosas de observación, de verdad, de sensibilidad tan humana, de deliciosa fantasía, de espíritu brillante, de sutilísimo humorismo, que una de las exquisitas y ligeras plumas de la mejor tradición francesa — la pluma de Voltaire y de Musset — sabe poner en la gracia aérea de un período fluido en cada línea de vuestros magistrales cuentos cortos.

La narración breve, o, mejor dicho, la narración de desarrollo medio, que no es cuento y que no es novela, dice aun Duvernois, creo que debe resurgir, que pueda acoger aún en su limitada y sabia arquitectura verdaderas obras geniales. Fundé con este objeto y dirigí "Les Oeuvres libres", del editor Fayard. ¿No era una narración corta "Candide"? ¿No lo era "Manón"? ¿No lo era "Boule de suif"? ¿No lo eran también "Un coeur simple", de Flaubert, o "Un scrupule", de Bourget? ¿Por qué hemos de estar sujetos a comprimir aquello que es casi una novela en

la columna y media de un diario o, lo que sucede más a menudo, alargar una novela corta hasta las doscientas cincuenta páginas obligatorias y sacadas a bocados de una "novela sin novela"?

Duvernois está ahora ante su escribanía dispuesto a reanudar, con la noche que llega, en las horas en que se apagan los resplandores del golfo de Antibes, el trabajo interrumpido. Su mano acaricia las cuartillas impolutas con la pluma en ristre.

"Oui... j'aime ça... Ecrire... J'aime ça" a los cincuenta años, como a los veinte.

Pero no dice qué es lo que no ama ya. Me parece adivinarlo, sin embargo; escribir es aún su alegría de artista. Pero la vida literaria de hoy, áspera, de negociantes y arribistas, es acaso su más íntima pena de profesional. Célebre cuentista, novelista famoso, benjamín de sus editores, autor dramático aplaudido, mañana o pasado, cuando le llegue su turno en la Academia francesa, Duvernois siente aún

que le falta algo; es decir, el entusiasmo que rodeaba a los escritores que ahora tienen cincuenta años, cuando hace treinta comenzaron a escribir, es decir, el sentido de la fraternidad, el antiguo fervor de admiración hacia los maestros, la vieja poesía de amar la obra pensada y escrita más bien que el volumen impreso y vendido. Escribir era un arte todavía para aquel entonces, un arte con sus sacrificios y sus heroísmos y no un oficio con sus sindicatos, sus tarifas y sus luchas brutales de intereses y de negocios...

En el jardín, acompañándome nuevamente, Duvernois se detiene aún un momento ante el tilo salvado por el ex presidente del Consejo italiano, y apoyándose en él dice en la sombra con verdadera ternura: "Ce pauvre petit tilleul".

Pierrot sonríe pero no es feliz. ¿Y cómo puede serlo en la aridez sentimental de 1929 un corazón viejo y romántico que prefiere un añoso tilo de Antibes a un joven literato de París?

DURANTE EL MES DE AGOSTO

REALIZACION SORPRENDENTE

de NUESTRO INMENSO SURTIDO DE
LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS

(Nada de Saldos ni de restos de ediciones invendibles)

PRECIOS VERDADERAMENTE INCOMPETIBLES

Blasco Ibáñez, Glyn, Palacio Valdés, Valle Inclán, Pereda, Novelas Hogar, Valera, Unamuno, Azorín, Baroja, Alvarez Quintero, Benavente, Camba, D'Ors, Mata, Perez de Ayala, Zamacois, Guido de Verona. Todos sus títulos.	1.75
CADA VOLUMEN	
Delly, Chantepleure, Nervo, Loti, Courwood, Maryan, Baronesa Orczy, Pérez Galdós, Pérez Zúñiga, Pirandello, Prevost, Sabatini, Rubén Darío.	1.45
CADA VOLUMEN	
Biblioteca Clásica, Clásicos Garnier, Obras de Marden.	2.20
CADA VOLUMEN (encuadrado)	
Biblioteca de Novelistas. CADA TOMO (encuadrado)	1.20
Las mil noches y una noche, Obras de Shakespeare, Clásicos Prometeo, Obras de D'Annunzio, Victor Hugo, Dickens, Dostoyevsky, Tolstoy, Zola, Brahmé, Quetzcoz.	0.80
CADA TOMO	
ZEROLO — Diccionario Enciclopédico (3 grandes tomos encuadrados)	28.
CORONA BUSTAMANTE — Diccionario inglés-español y viceversa	3.20
SALVAT — Diccionario español-francés y viceversa	2.40

—ooo—

ADEMAS de la rebaja en los PRECIOS puede obtener un valioso obsequio, entre otros tenemos:

RADIOLA RCA y ALTOPARLANTE 100B

Aparato Fotográfico, Reloj de chimenea, Sujetalibros, Obras de Rojas (19 tomos), Alberdi (18 tomos), Sarmiento (18 tomos), Biblioteca Argentina (29 tomos).

PIDA CATALOGO EXPLICATIVO

Librería "LA FACULTAD" - Juan Roldán y Cia.
359 FLORIDA — U. T. 31 - Retiro 2882 — BUENOS AIRES

EL AHORRO
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN EL AÑO 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

SI BUSCA USTED

una buena colocación para sus economías, abra su cuenta en el Banco "El Ahorro". Abona el 8 % de interés anual, y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden ser retirados en cualquier momento.

Opera desde hace diez y nueve años a completa satisfacción de sus clientes.

LOS AUTORES Y LAS OBRAS POETAS JOVENES DE ESPAÑA

consta. Unas cuantas citas marcarán el desarrollo de esta poesía.

Comienza el tomo con unos cuantos sonetos alejandrinos muy bellos, pero no tan característicos, con imágenes llenas de fragancia y atrevimiento. Véase a las islas Canarias.

Yo sé, Claudio, que un día
[tus islas naturales
navegarán con rumbo ha-
[cia la playa mía,
y verdes cañoneros, miran-
[do a Andalucía,
dispararán al alba sus ár-
[boles frutales.

(Amaneramiento también: el término de comparación siempre es más chico, más cotidiano, más contingente que lo comparado).

Busco un ejemplo de poesía con abolengo popular: "El herido".

— Dame tu pañuelo, hermana,
que vengo muy mal herido.
— Dime qué pañuelo quieres
si el rosa o color de olivo.
— Quiero un pañuelo bordado,
que tenga en sus cuatro picos
su corazón dibujado.

He aquí esta poesía popular que Jiménez llama "sin acarreo" y en la cual, como precedente de Alberti, es imprescindible señalar a Federico García Lorca, que ha metido lo popular en el "alma" de su poesía. Sus versos y canciones, sobre todo los coleccionados tardíamente, con posterioridad al primer libro de Alberti, pero conocidos de mucha gente literaria, a quien el autor gustaba de recitárselos, pueden haber ejercido cierto influjo en el arranque de esta poesía. Dice el "Marinero en tierra":

Nací para ser marino
y no para estar clavado
en el tronco de este árbol.
Dadme un cuchillo.

— Por fin me voy de viaje!
— Al mar, a la luna, al
[monte?
— ¡Qué sé yo! ¡Nadie lo sa-
[be!

— Dadme un cuchillo!

Bulle aquí la sensación de secreto romántico, que es el mensaje de la poesía de Federico García Lorca (su abolengo ilustre está en el romance del Conde Arnaldos; palpita en todo el cancionero español) Alberti, más joven que Lorca, canta al son de un clavicémbalo, y García Lorca al de una guitarra, afinadísima a veces, destemplada otras, punteada siempre por unos dedos nerviosos.

Al lado de la poesía popular, en su manadero, hay que señalar, pues, a Alberti, el influjo de García Lorca, con el de Juan Ramón Jiménez, más difuso. La tradición española viene de dos fuentes: de los cancioneros del siglo XV como en las cuartetas cuya proposición es:

Vengo de los comedores
que dan al jardín de Amores,

y de la poesía gongorina. La de los cancioneros, que se muestra, alquitara, en las canciones de Gil Vicente, es evidenciada. Alberti ha declarado también su gusto por el cancionero de Barbieri. La de Góngora no hace más que iniciarse, en "Marinero en tierra".

La observación que antes apunté con respecto a la cronología de estas composiciones, me da el carácter del libro, como renovación de aquella actitud espiritual en que se combatían, a comienzos del siglo XVI, la solera española y el aporte italiano. Alberti parece iniciar, al final de su libro primero, una manera más amplia, más pomposa, que ha de tener florecimiento pleno en "Cal y canto". Góngora supo también algo de esa dualidad, tomada del pueblo y manera culta, siendo siempre el mismo.

Yo, marinero en la ribera
[mía,
posada sobre un cano y
[dulce río
que da su brazo a un mar
[de Andalucía...

Así empiezan los majestuosos tercetos de Alberti; el metro, el metro decaído y avulgarado se remozca en la luminosidad de esta inspiración juvenil (que, por de pronto, más que a Góngora, me recuerda, aunque el tono sea tan distinto, al autor de la "Epístola moral a Fabio"). El amaneramiento que señalé, y que implica, más que nada, carácter—delicioso amaneramiento, se le podría llamar—, vuélvese pompa decorativa en las poesías mayores. Estas marcan el punto en que ante el poeta, el camino se ensancha.

Más aun, como señalé asimismo, otros dos volúmenes, el breve manojito de canciones que titula "La amante" y "El alba del alhelí", prolongan la primera traza de su personalidad poética. En aquéllas, la nota de fresca visualidad confina con el esbozo dramático: véase "Asalto en el río" (Miranda de Ebro):

Las lavanderas, lavando,
y una escudrilla de ánades,
picos al viento, bogando.

— ¡Cuidado la lavandera!
Mira que el ánade chico
ha izado, al sol, en su pico,
un pañolín por bandera.

Y adviértase el contraste en "De paso (El chopo de la muerte)". Madrigalejo del monte:

Aquí los mataron, vida,
aquí los mataron.
Eran mis buenos amigos,
vida,
y aquí los mataron.

Cada una de estas breves poesías lleva su indicación geográfica: sierra de Guadarrama, llanos de Castilla, parajes de la Montaña, playas de Vasconia. Nada descriptivo, directamente. Anotaciones de puro lirismo, desiguales en expresión e intensidad.

Música nada más "El alba del alhelí", con sus tres libros, blanco, negro y verde.

... Y el ciervo, arrodillado,
gimiendo: ¡Vida!

La cierva, por el vado,
llorando: ¡Hija!

La cervatilla, niño,
muerta, en la orilla.

Más acentuadas todavía en este libro algunas siluetas españolas que le prestan carácter: gitanos, pastores, vaqueiros, toreros... Tampoco está ausente el mar. Pero aquel "Marinero en tierra" va volviendo la espalda a las olas, como si la caminata de "La amante" le hubiera despertado otra curiosidad y cada corola de alhelí fuese una voz de los campos. Pero no cabe olvidar que, al final del libro primero, le llamaban otros caminos. Hemos de verle avanzar por ellos otro día, llevando en la mano los dos nuevos libros: "Cal y canto" y "Sobre los ángeles".



RAFAEL ALBERTI POR ENRIQUE DIEZ CANEDO

I
CUMPLE a un escritor notorio, Rafael Alberti ha publicado ya su autobiografía, en una revista

juvenil. Por ella sabemos que es hijo de diciembre y de Andalucía. Un 16 de diciembre, el de 1903, nació este poeta en el Puerto de Santa María, clara villa andaluza, rodeada de montoncitos de sal aun más blancos que ella y sobre el más azul de los mares. ¡Diciembre andaluz! Los días cortos son finos, sutiles, templados. Nada sugiere la imagen del nacimiento en el portal nevado, entre montañas de corcho.

Los demás lances de la vida de Alberti, según su propio relato, no son excesivamente descomunales. Al contrario, su infancia y su adolescencia de muchacho libre, más a gusto en los libros cuando los deja que cuando le obligan a tomarlos, su rebeldía intrascendente contra la disciplina escolar y el orden académico de los estudios son frecuentes en suma. Y hasta ese comienzo de vocación pictórica que le lleva a dibujar, a pintar, a exponer y hasta vender cuadros ("Vendí un cuadro en 300 pesetas" dice, como Aníbal pudo haber dicho: "Gané la batalla del lago Trasimeno"), con ser acaso decisivo en su formación y hacer como acto de presencia en el fondo de su obra de poesía, es hervor pasajero en que ha tenido y tendrá siempre compañeros a miles.

De pronto un descubrimiento: el de Gil Vicente. En sus primeras lecturas de poesía tropieza con el lírico-dramático portugués. Y declara, con deliciosa ingenuidad: "Nadie se había fijado en Gil Vicente. Dámaso Alonso, M. Trench, Pepe Bergamín y yo lo descu-

brimos". ¡Esta es vuestra gloria, eruditos! Carolina Michaelis, Menéndez Pelayo, Aubrey Bell, López Vieira: vosotros no habíais visto nada.

Pero ya está aquí Gil Vicente, y Rafael Alberti con un puñado de canciones en que la sonrisa lusitana del "mestre da balança" de la Casa de Moneda en Lisboa es como bendición de madrina. El público lector las conoce desde fines de 1925, por el libro que se llama así: "Marinero en tierra". Sus cadencias se prolongan en algunas canciones de "La amante", impreso en 1926 y de "El alba del alhelí", posterior en dos años como volumen. Las fechas 1924-1926 abarcan este período de inspiración albertina.

II
"Marinero en tierra" fué premiado en el Concurso Nacional de Literatura. Alberti olvida en sus notas autobiográficas este galardón que le señalaba a la atención de un grupo de gentes más amplio que el habitual interesado en cosas de poesía. Juan Ramón Jiménez le daba el espaldarazo: "Poesía popular", pero sin acarreo fácil: personalísima; de tradición española, pero sin retorno innecesario; fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, parpadeante, andalucísima". Todas estas cualidades saboreadas por ese buen paladar del gran poeta español. Yo, en una reseña crítica, puse reparos que no contradecían en nada al puro goce. Señalé, para mí, los límites, los riesgos, las fuentes de esta poesía fragante. Vuelvo a leer el "Pregón submarino":

Tan bien como yo estaría
en una huerta del mar
contigo, hortelana mía!

En un carrito tirado
por un salmón, ¡qué alegría
vender bajo el mar salado,
amor, tu mercadería!

— ¡Algas frescas de la mar,
algas, algas!

Y releo mi comentario. Popular, fresca y acabada, andaluza: todo esto se ve en la poesía transcrita. Además, un cierto amaneramiento, que se percibe pronto al recorrer el libro. Toda una imaginaria del mar, marinera y costera, pescadora y viajera, vista con sus colores eternos, azul, blanco y plata, penetra con su yodo y su sal los cantos de Alberti.

Más también halló ya en este libro un comienzo de transformación. Se atisba en la poesía primera "Sueño del marinero", y en algunos otros versos de arte mayor, posteriores a los de arte menor, según me



"Estos Últimos Años"

Pone al día a toda enciclopedia

LA OBRA más moderna en su género

Es una obra nueva que sirve para poner al día todas las enciclopedias existentes. Publica los más importantes acontecimientos de los últimos años. Tiene un extenso capítulo dedicado a los hechos salientes de la Guerra Mundial. Comenta, entre otros, los famosos vuelos de Franco, De Pinedo y Lindbergh. Explica los nuevos inventos y las mejoras efectuadas por el hombre en todos los ramos y constituye la obra más moderna e interesante en su género.

Sus dos grandes volúmenes de 31 x 23 cms. c/u., abarcan 1760 páginas, con más de 3.000.000 de palabras y muchos grabados. Contienen cerca de 5000 artículos diversos y muy modernos. La obra se ofrece en tres estilos de encuadernación: Tela, Roxburghe y 3/4 de tafilete.



Facsimil muy reducido de la obra, encuadernada en 3/4 tafilete.

"ESTOS ULTIMOS AÑOS" se vende a un precio INTRODUCTORIO, el cual aumentará, en cuanto se hayan vendido los pocos ejemplares que quedan, dedicados a esta oferta excepcional.

Sólo se exige una pequeña cuota inicial, y, una vez aceptado el pedido, entregamos la obra completa. El resto se paga después, en pocas y reducidas cuotas mensuales. Sin garantías ni pagarés.

Solicite Folletos explicativos. Se remiten GRATIS.

Editores y únicos vendedores de esta obra:

W. M. Jackson, Inc.

Bmé. Mitre 1092-BUENOS AIRES

En ROSARIO: Entre Ríos 1107

En MONTEVIDEO: San José 907

En ASUNCION, PARAGUAY: Estrella 408

No damos curso a cupones enviados por menores.

ESCRIBA CLARO EN EL CUPON

Sres. W. M. Jackson, Inc.

N. 6

Casilla Correo 1542— Buenos Aires

Sírvanse enviarme GRATIS, Folletos explicativos de "ESTOS ULTIMOS AÑOS":

Nombre

Calle

Ciudad

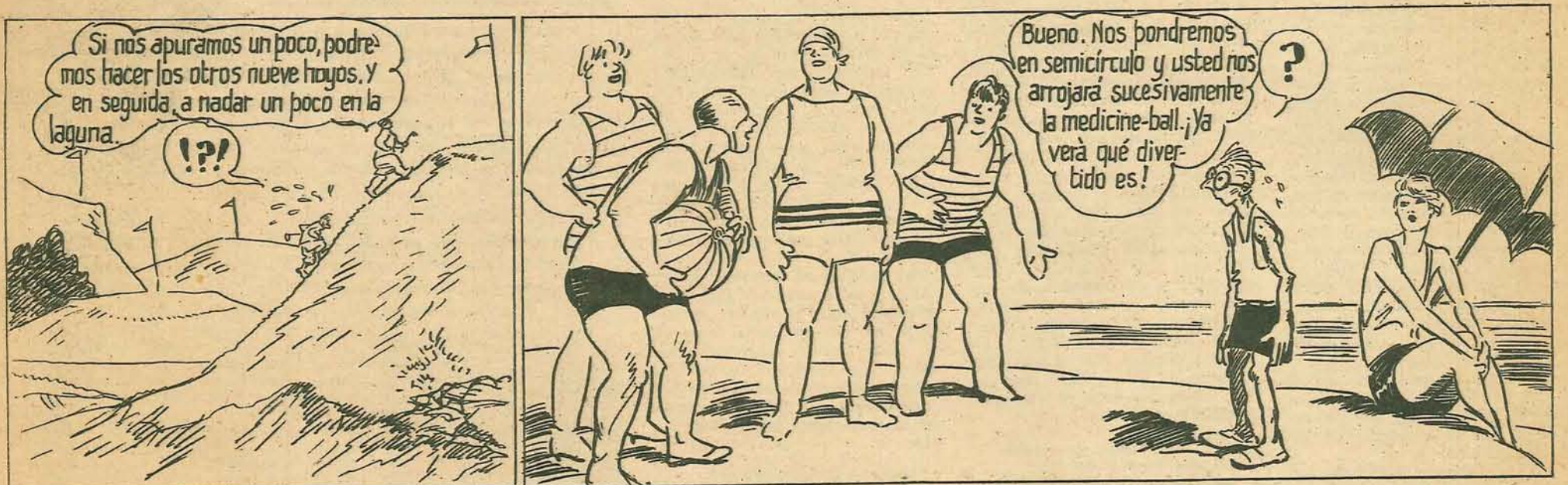
..... F. C.

BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A. Voight

LA BUENA VOLUNTAD PERJUDICA A VECES



Por qué dan preferencia a LA NACION los grandes avisadores?

La respuesta se encuentra en la carta del Señor Grenier de la Casa Henry Grenier y Cia, importadores de gran número de productos de fama mundial entre ellos:

PERFUMES COTY
PERFUMES ATKINSON
CHAMPAGNE VEUVE CLIQUOT
CIGARRILLOS ABDULLA
PROD. CROSSE & BLACKWELL
HARINAS Y FECULAS BLOCH
etc. etc. etc.

DIRECCIONES
TELEGRAMAS
LABOR-B. AIRES
POSTAL
CASILLA CORREO 291
TELEFONO
U.T. 3472-RETIRO

SUCURSALES
51 RUE DU ROCHER
PARIS
URQUIZA 1120
ROSARIO
MONTEVIDEO
CALLE RIO BRANCO 1392

S. A. IMPORTADORA & EXPORTADORA
HENRY GRENIER & CIA
AVENIDA LEANDRO N. ALEM 621-39
BUENOS AIRES
7 de Agosto de 1929.

Señor Jefe General de avisos
de "La Nación"
Calle San Martín 368
Capital

Muy estimado señor:

Adjunto nos es grato devolverle firmado nuestro contrato por \$ 150.000.- (ciento cincuenta mil pesos) que gastaremos en avisos en "La Nación" de acuerdo con su tarifa.

Nos place aprovechar esta oportunidad para manifestarle que durante los años de experiencia transcurridos, hemos comprobado que ese diario nos ha dado inmejorables resultados porque reúne en su vasta circulación las clases mas selectas y pudientes de nuestro país, que es precisamente la que consume los variados productos que vendemos.

Con tal motivo, nos reiteramos de Ud. como sus attos. y

Ss. Ss.
S. A. IMPORTADORA Y EXPORTADORA
HENRY GRENIER Y CIA



COLONIA
LE SANCY
Cada Gota es una flor

Frasco	Grande	\$ 5,90
..	Medio	\$ 3,30
..	Cuarto	\$ 1,80
..	Chico	\$ 0,70

POLVO

LE SANCY

Invisible y de
adherencia Perfecta

Se elaboran en cinco tonos
Riel Natural Rachel Morocho Ocre Rosado
Caja Grande \$1.90 Caja Media \$0.70

Perfumeria
Dubarry

